

# **MONTEVIDEO SIN ORIANA**

J. C. Mondragón

¿Se te han franqueado las puertas de la muerte y viste  
las puertas de la sombra?

Job, 38 / 17.

**Es** que apenas intento la primera frase con sentido y ya intuyo los ruidos espurios de la noche a venir. En esa madrugada de incierta localización futura daré por terminada esta relación y sólo entonces conoceré la razón que me decidió a escribirla. Si pretendo despegar del espacio en blanco para emprender el vuelo, antes que nadie necesito yo mismo convencerme hasta alcanzar la Fe: Claudio exageraba al afirmar que para recordar sin ser importunado él debía marcharse lejos de lo ocurrido; se comienza por desairar intermitentes historias pasadas y terminamos olvidando nuestra justificación para estar aquí, sin importarnos que había una vez hace tiempo aquella ciudad sin nombre llamada Montevideo. Eso le dijo.

Meses después de los adioses definitivos y negándose al olvido, Eliseo Peralta se preguntaba todavía si lo editado a pérdida era el desenlace de otra impostura, desajuste necesario entre la escritura dispersa huérfana de padre y una obra que decía de cierta revelación, si la mujer llamada Oriana Servetto había en realidad existido entre nosotros. Un libro de formato pequeño del sello Ciudadela, encuadernado con esmero olvidado por la informática aplicada demostraba parte de la verdad y a nadie conocía

Peralta en la ciudad que pudiera contradecirla con pruebas al apoyo.

En el inicio del relato hubo un número providencial de la revista "Patmos" y atardeceres de trabajo en colaboración, cuando Claudio repetía que de aquello que no se puede hablar es preferible callarse. ¿Quién decide lo que debió permanecer del lado del silencio? Peralta miró la imagen de la muchacha invisible por primera vez a finales de diciembre, una tarde de calor obviamente insoportable en el casco antiguo de la ciudad portuaria, mientras bebía cerveza en el Café Brasileiro, escala obligada antes de abrir el disuasivo candado del sótano. Eran a eso las cinco de la tarde, a más tardar cinco y diez. Claudio entró al café contento y confundido, visiblemente excitado trayendo el retrato inventado esa misma mañana.

Al promediar el otoño siguiente se la pudo ver a la muchacha en situación menos confidencial. Aparecía sonriendo en páginas finales de un suplemento literario, que reprodujo la única fotografía que de ella se conoce y comentaba –cuatro meses después de la puesta en venta– la salida del libro en términos elogiosos limitados al texto, sin entrar en detalles de edición e imprenta. Ello sucedió luego de despedir al amigo, separación que Eliseo Peralta sabía irreversible. Al cerrar el suplemento literario en cuestión y luego de doblarlo, fue para él inevitable evocar la historia del amor singular que comenzó a decidir el viaje, en la cual se consideraba menos que actor secundario,

acaso testigo circunstancial poco fiable por estar implicado hasta el cuello.

Ellos se conocieron un miércoles de octubre. Eliseo se había embarcado en un submarino editorial cuya base de operaciones era un sótano inmenso, con poca ventilación y luz mortecina alquilado en plena Ciudad Vieja, al que se accedía por un portón bajo de hierro obligando a inclinar el cuerpo como en las escotillas de los sumergibles. Estaba motivado en los últimos tiempos por la misión –bastante suicida por insensata- de minar la ruta de abastecimiento y torpedear los buques insignia de la armada invencible de la edición internacional que entró a puerto montevideano, le decía a quien quisiera escucharlo, bajo prepotente insignia imperial con maneras de Corte y nostalgia colonial. Peralta promovía desde su sótano modestas operaciones de sabotaje literario y ensayo sociológico sobre la cambiante realidad de las mentalidades, que tenían a sus ojos de ácrata irremediable motivaciones morales, altas finalidades filosóficas, justificaciones estéticas.

La memoria cuando extraña con el corazón y el espíritu de finura puede determinar aquello que debe decirse por escrito. La relación entre ambos hombres fue un depósito de confianza mutua a plazo fijo con interés muy bajo sin necesidad de caución y demasiado breve. Me consta que Peralta, quien por edad y trayectoria sindical agitada era un carácter situado en las antípodas de alguien como Claudio, lamenta todavía haberlo cruzado tarde en la vida, en la

inminencia de una separación que omitió la promesa de regreso dejando de lado la mentira. Apenas la edición de trescientos ejemplares numerados salió de máquinas, Claudio olvidó frecuentar el sótano de ediciones Ciudadela con la asiduidad del comienzo, como si la intensidad de la amistad hubiera sido una apariencia calculada con premeditación, el precio a pagar por la salida del libro, lo que es una interpretación injusta además de inexacta y ahora importa poco.

De la época feliz de cotejo de pruebas y correcciones de galeradas eran los mejores recuerdos, los que heredé por accidente en conversaciones posteriores, cuando llegué al sótano que olía a tinta imborrable con mis propios cuadernos. Confidencias de Eliseo rebatiendo la verdad irrefutable de la ausencia, las horas cuando Claudio tuvo la necesidad de contar a su manera la crónica del encuentro con la desconocida. Esa sombra que alguna vez llamó "mi novia de la muerte", la prometida postergada cuyo velo cubrió uno entre los tantos motivos determinantes para decidirlo a marcharse de Montevideo.

Una mañana, con la mirada fija en la mano que jugaba con el pocillo de café, sin darle importancia a la noticia le comentó a Eliseo que había resuelto irse del país. Estaba al parecer tan firme en su propósito de partida, que Peralta consideró impertinente preguntarle el real motivo de la decisión –que él nunca aceptaría del todo- o pedirle una reconsideración en nombre de algo, un pretexto cualquiera

que era incapaz de formular y sabiendo que la noble causa anarquista, a la que entregó el sentido de su existencia sería argumento insuficiente, rechazado con sonrisa amable y sin mediar palabra. Luego que Claudio le informó someramente de sus planes de viaje igual continuaron trabajando en los detalles finales de la edición del poemario, cambiaron ideas sobre la promoción en la prensa como si ninguna frase mentando la partida hubiera sido pronunciada en los minutos previos.

Pasada la primera hora el silencio compacto del editor sobre lo dicho terminó por incomodarlo. A manera de justificación enclenque Claudio murmuró que uno de estos meses, después que se adaptara al clima húmedo tropical y consiguiera trabajo, después del papeleo y haber pagado el primer alquiler en bolívares, después entonces, después escribiría desde allá para seguir en contacto. Claro que ninguno de los dos creyó esa engorrosa explicación pretendidamente conciliadora. Ese mismo día, antes de irse cada uno por su lado Peralta preguntó, sin énfasis que delatara curiosidad ni demostrara pena, por el destino del viaje anunciado, destino que debió intuir si hubiera aceptado la jodida idea de que un amigo reciente se marchaba lejos. Esta vez Claudio lo miró a los ojos, sonrió igual de amable y luego, como insistiendo por tercera vez en un asunto demasiado evidente pronunció la palabra mágica: Maracaibo.

Allá estará, verificando si de verdad desembocan en el lago más de doscientos ríos incluyendo el curso de su vida, yendo a los bares abiertos hasta el amanecer y que proponen espectáculo de strip-tease, por si el azar que de seguro se altera con la proximidad del trópico logra que se cruce con el cuerpo mulato que se desnudaba sobre un escenario de la calle Andes de Montevideo, el culo, las piernas y tetas conocidas en el ambiente nocturno por el nombre artístico de Flor de Maracaibo. Buscará ser feliz como insistía en serlo aquí mediante la argucia de descreer de la felicidad y escuchando melodías que marcaron años de peregrinación nocturna. Manteniéndose a distancia prudente de las bibliotecas públicas, recintos que pueden cambiar el rumbo de una vida como decía, bromeando y no tanto, en el sótano de Peralta o apoyado sobre el mostrador del Café Brasileiro.

Pensando en Claudio al que nunca conocí personalmente, la *boutade* de que todos aspiramos a unos minutos de celebridad porque nos empeñamos en conseguirla alcanzó su máximo nivel paradójal. Lo digo porque recuerdo que hace tiempo, desde diversos frentes se pretendió debilitar la figura de protagonista, aprisionada entre la técnica de efectos especiales y la exaltación planetaria de héroes caricaturales dotados de súper poderes. Sin novicias carmelitas voladoras ni crímenes en serie, sin monstruos informáticos ni productos terroríficos de manipulaciones genéticas incontrolables, sin sagas



familiares malditas implicando varias generaciones de compatriotas parece dudoso suponer que la historia de Claudio pueda sostenerse hasta el final. La lectura quiero decir, porque la escritura estoy decidido a concluir y balbucear así alguna respuesta. Luego de saber de Oriana confirmé que algunos cuentos se las ingenian para filtrarse por la trama del tiempo, sobreviven mediante una disposición enigmática de palabras en escenas nítidas que logran remontar el cauce del olvido.

-Después de mi *The End*, sobre la pantalla nadie hallará una larga lista de créditos pasando en sin fin, mientras se encienden las luces de la sala, solía comentarle a Peralta, cuando ya estaba pensando en marcharse de la ciudad.

Debería comenzar por hacer creíble esta misma escritura, afirmar con énfasis que es verosímil la silueta inconfundible de un personaje llamado Claudio y andando antes de irse por las calles de Montevideo, ciudad conocida en el extranjero por aficionados a completar crucigramas y los pocos especialistas en poesía francesa de la modernidad que van quedando. Más complicado será hacer aceptar que la acción evocada sucedió en el año 2000, cifra fastidiosa por estar impregnada de olor artificial de ciencia ficción, fatalmente destinada a señalar un tiempo propicio a criaturas de aspecto repugnante venidas del espacio estelar. Temor que resultó infundado: fue un año más tonto que lo que nos hicieron suponer alarmantes pronósticos de

parasicólogos, autoridades religiosas, publicitarios creativos y videntes de diversa calaña.

Ello irritaba a Peralta, recuerdo que le desagradaba sobremanera aceptarse en una encerrona colectiva. Estar obligado a manejar información prescindible y admitir la referencia temporal concreta –el año 2000- dejaba el recuerdo de la amistad con Claudio al capricho de las suposiciones, cruzándose con decenas de eventos ridículos y en la perplejidad de interrogarse sobre si el encuentro realmente sucedió. Disipando las dudas estaba la constancia del libro y era suficiente si Eliseo Peralta quería recordar la verdad sobre el capítulo denso en su vida de viejo impresor anarquista. La maldita cifra alteró la memoria de millones de personas y puede que yo escriba desde la otra orilla buscando reordenar la mía. El virus más depredador afectó a los humanos y menos a las máquinas como se predijo, infiltró recuerdos íntimos, impuso a la historia una trayectoria orbital trazando el paréntesis definitivo entre mi amigo editor y el oriental errante que marchó a Maracaibo. Cuando Peralta se decidía a contarme parecía estar recordando antes de que hubieran sucedido los hechos. La simultaneidad de ambos hombres en el episodio que los encontró tiene a mi entender la fragilidad de la imaginación. Si la presente evocación pudiera coexistir con el año de los episodios aquí recordados – también mi escritura y lectura consecuente- la incertidumbre vendría del fisgoneo por detectar

coincidencias con la realidad: distraerse por disparidades obvias, advertir olvidos imperdonables, condenar excesos de fantasía que circulan en la historia.

Sucedió que Peralta me contó para recordar después del dos mil y comenzó a funcionar la memoria. Seguro que se interpusieron en sus palabras buscándose y en mi escucha interesada peripecias personales creando efectos raros de interferencia imprevisibles. Tal vez la evocación, ahora distanciada del tiempo de los hechos tienda a la anacronía y descubra una vocación de olvido que mi versión subjetiva pretende refutar. Ese debió ser sin embargo el único año donde las coincidencias pudieron disponerse de esa manera y no de otra, desde el inicio el cuento que ellos armaron quiso alcanzar un determinismo que lo hiciera inolvidable y pretendió pasar inadvertido ante la duplicación ficticia de la vida ocurrida durante aquellos meses. El triángulo formado por Oriana, Claudio y Eliseo quedó en sintonía casual con la serie incesante de festejos. Si se pone un poco de atención todavía se escuchan ecos del Te Deum planetario saturado de eufórica crueldad, saludando destierro muerte y prescripción de dioses anteriores con su corte carnavalesca de sátiros, centauros, minotauros, licornes, serpientes emplumadas, esquizoides satanistas, criminales y músicos ciegos ambulantes, otros proyectos para el hombre que clavarlo en una cruz de madera para luego hacer correr el rumor de que resucitó unos días después.

Tamaña euforia, que comenzó en catacumbas latinas con olor a pescado podrido y aliento fétido de leones etíopes, podría explicarse por la perfección aritmética de la cifra, la contundencia de misiones sangrientas con excusa evangelizadora y que permitieron llegar al jubileo urbi et orbi. Festejo harto arbitrario para nosotros los uruguayos, hacia el año mil Montevideo no existía en las cartas geográficas manejadas en Constantinopla para ubicar el paraíso terrenal. Considerando la evolución geopolítica de la región donde está situada hay débiles fundamentos para conjeturar que sus murallas virtuales resistan hasta el año tres mil, si es que así se continuarán datando las eras sucesivas. Serán otros los calendarios vigentes que aguardan su hora desde las Cruzadas contra el musulmán, desde la estrategia guerrera soñada por Sun Tzu, en la memoria expulsada de los judíos sefaraditas confundidos con el desierto.

La única certeza que me atrevo a dejar por escrito es que durante los meses del dos mil estuvimos aquí sin saber los unos de los otros. En una ciudad concreta que desplazada al pasado se vuelve espectral, junto al puerto donde lloverá siempre y naufragó en la amnesia de los navegantes. Un lugar donde los poetas padecen catarros crónicos mientras cultivan la pertinaz costumbre de componer versos oscuros en lenguas extranjeras. Los habitantes de esa suposición, escasos si se los coteja con los parias descastados del casco urbano de Calcuta,

formamos una secta sin reglas conocidas e inconcebible para cismáticos decepcionados del primer milenio. Padecemos la ausencia de una memoria de aliento medieval, lo que siempre termina por pagarse en tiempos críticos. Peralta retuvo en la memoria lo que Claudio contaba después de Oriana y antes de Maracaibo. En la imagen del mundo como un circo ambulante, dirigido por un loco autoritario con látigo en el centro de la pista, los uruguayos seríamos el funámbulo apoyado sobre el alambre de la historia, en situación tan precaria que la red y su tendido sería cuestión sin importancia.

Eso le decía Claudio a Peralta en las tardes de corrección de galeradas y ajuste de confesiones, acotando que nuestra filosofía más apropiada, le decía, era la del volatinero. Un éxtasis en suspensión sin misticismo sufista, oscilación entre la ignorancia de orígenes brumosos y el imperativo de avanzar hacia objetivos difusos. Como situación es absurda decía Claudio, pero resultaba compensada por la sensación de vacío rondando cada paso que damos, la tentación de desertar el rigor del alambre tenso y dejarse ir asumiendo un suicidio colectivo. A su entender ello explicaba el monstruo llamado "Los Cantos de Maldoror", los relatos emponzoñados de Horacio Quiroga, tres novelas mayores escritas por Onetti y la milagrosa reaparición entre los vivos de Oriana Servetto, su libertad condicional arrancada a la muerte.

Claro que lo dicho era una evidencia hipotética e indemostrable, la escritura polizante decía Claudio es la tarea secreta que prueba la pertinencia de nuestra tribu. Sería insensato que organizáramos la existencia futura confiando ingenuamente en la continuidad de la vida, amparados por proyectos faraónicos suponiendo una oscura razón superior que nos justifique. Claudio sostuvo ante Peralta que el año dos mil confirmó la tendencia: estamos destinados al olvido absoluto exceptuando la obra de algunos poetas y lo decía pensando en Oriana Servetto. Luego de tanto desvarío sobre el puesto de los compatriotas en la geometría del cosmos, le preguntaba a Peralta si podía pedir un té con leche al Café Brasileiro y que estaba harto de hablar de asuntos que a nadie interesan. Fue esa vez cuando dejó pasar un minuto de silencio que anunciaba algo y Peralta lo esperó.

-Hay en el norte del continente ciudades más calientes, dijo. Es preferible perderse en la espesura entre alimañas carniceras, en la vorágine tropical donde la violencia gana el corazón, antes que uno pueda apasionarse por muchacho alguno que caerse del alambre en este circo, eso decía las semanas previas a largarse a Maracaibo.

Nuestra ciudad parecía por entonces un manicomio aguardado inspectores corruptos instigados por denuncias anónimas. El año era un baratillo de vanidades y por una vez Montevideo se parecía a cualquier capital del occidente civilizado sin ser de las peores. Peralta introducía matices

en la charla diciendo que si aquí persistía una esperanza era porque podía rescatarse una vocación por la desidia.

En determinado momento y ello le seguía pareciendo mágico –lo enternecía- alguna gente se harta de los buenos consejos y escuchar que la felicidad está al alcance de la mano. Le repugna oír de continuo datos simples para realizar negocios fabulosos, correr detrás del bienestar que se merecen y el paraíso consecuente pagado en mensualidades. Esa gente desconfía, hace un quiebre de mangas y de un instante para otro lo que anhela es perderse sin brújula, hacer del cielo prometido una porqueriza hasta recobrar la olvidada sacrosanta vocación de los abismos.

-Sentirse humano carajo, decía Peralta y con ambas manos señalaba su pecho a manera de ejemplo, dando prueba de su pasado militante.

-Hay mucho de verdad en lo que usted dice Eliseo. También para los horrores del infierno son muchos los llamados y pocos los elegidos, dijo Claudio.

El editor escuchaba sin sospechar que cuando fuera tarde y estuviera lejos le daría parte de la razón; quien suponga que el Averno está en franquicias peca por error, ser condenado en los tiempos que corren es un privilegio, para ser pecador VIP sin redención hay mucha competencia.

-Usted, como siempre, exagera.

-¿Que yo exagero Peralta? Difícil tarea esa de convencer a mis compatriotas de optar por el camino equivocado. Si dejamos de lado la Visa Gold, la recorrida mensual por los Dutty Free cada vez más cerca de la ciudad, la ilusión por la máquina cero milla y la firma de escrituras en oficinas de arquitectos famosos por su falta de talento, a mis años queda poco por hacer. Los chicos malos del dos mil ahorran como viejitas en el Banco Hipotecario, tienen teléfono celular esperando el mensaje personalizado de la depresión, navegan varias horas al día por la Red y están afiliados a la Coronaria Móvil por si les falla el corazón.

Claudio había dejado hace tiempo de ser un muchacho de veinte años, cada vez más seguido se permitía ese tipo de comentarios oscilantes entre ironía y desencanto, formaban parte de su estrategia para retardar el ingreso al escalafón superior de madurez que anuncia el declive, contener el desgaste del tiempo. Vivía una etapa crítica donde los almanaques son nidos de meses venenosos. Encaminarse de forma acelerada a la treintena estando en Montevideo, teniendo conciencia de vivir en un año que se anuncia pródigo en tonterías puede llevar en poco tiempo a la desesperación. En el año elegido de charlatanes a refutar, del coro desafinado de profetas milenaristas era tal el barullo programado que muchos deseaban que los mesiánicos de feria estuvieran acertados en su perorata cuando recitaban el catálogo terrible de pestes y



hecatombes inminentes. Claudio deseaba que algo sucediera en la ciudad durante los meses del año dos mil.

-Daría la vida por ser testigo del espectáculo de olas desbordando de la bahía hacia el centro. Que las aguas, luego de haber partido el espigón de la escollera monten las escalinatas del Club Uruguay arrasando los fundamentos del teatro Solís. Pagaría millones de dólares por contemplar llamas de doce pisos de altura en la línea del horizonte, un tornado arrancando de cuajo el siniestro Palacio Salvo y la torre de los homenajes del estadio Centenario, cualquiera de las calamidades prometidas por los alucinados. El año se lo merece, al menos aquí, le dijo un día a Peralta.

-Romper todo, eso quiere decir, agregó Peralta.

-Aunque más no fuera por un tiempo.

Yo podría ahora recapitular la vida de Claudio en pocas líneas, por lo menos intentarlo. Me consta que el presente suyo para ser entendido puede prescindir de antecedentes que nos alejen demasiado. Durante los últimos años, los de Montevideo sin Oriana pretendió vivir en sintonía con el tiempo que le correspondió en el reparto aceptando limitaciones de su lugar de residencia, decidido a descubrir potencias secretas de la ciudad sin medir las consecuencias. Definirlo como postmoderno en un lugar donde muchas niñas reparten estampitas en bares céntricos pidiendo limosna desacomoda, recordar que pasó privaciones sin la locura suficiente para ser el estudiante Raskolnikov dándole

el hachazo a la prestamista Aliona Ivanovna es no estar a la altura de las circunstancias. Tenía un espíritu alerta y por ello, consciente que la resignación era de las contadas cualidades a requerir en un año saturado de festejos, buscó paliativos simples para salir indemne de la refriega.

Sería suficiente, creyó, hallar un contento elemental en el trabajo, la felicidad medida en el amor y continuar con placeres desinteresados. Lista compacta de buenos propósitos incumplida, travesía que a medio camino modificó el destino previsto y sin que nadie conozca el responsable de la orden. Es así de sencillo el comienzo: una anécdota insistiendo en proteger su privacidad. Pero yo que cuento y busco saber por qué lo hago, presumo en el destino desviado de Claudio una fulminante intersección metafórica; yo, que tengo la tarea de hacer avanzar el relato me declaro ahora mismo incapaz de detectarla. La poesía suscitada entre ellos estará seguramente en otro lugar de donde la supongo y seguro que oculta en un secreto que marchó a Maracaibo.

El hombre que se está despertando me interrumpe y estaba esperando que lo hiciera. El inicio me tomó de sorpresa, por ello debí improvisar un falso comienzo con aquello del artista del alambre tenso y pasajeros minutos de notoriedad. El despertar de Claudio pone fin al primer tramo de la historia; no descarto que como en algunas carreras de obstáculos, se trata de una falsa partida y haya que recomenzar. Anoche durmió en su casa, se acostó sin

cenar después de tomar una taza de té y por eso es extraña su incomodidad. Se levantará con la boca pastosa como si durante uno de los sueños se hubiera emborrachado, si bien los sueños pertinentes empezarán mañana. Al parecer estamos en Montevideo y si mis cálculos son correctos hoy es 11 de enero del año 2000. Cuando decida levantarse una máquina se pondrá en movimiento y desconozco su funcionamiento, aspiro sólo a que la cuerda me permita llegar hasta la madrugada catártica del punto final.

**Han** pasado apenas cinco minutos de las ocho de la mañana y suena el despertar, hace más de media hora que Claudio está dando vueltas en la cama sin decidirse a llamarlo por teléfono y levantarse, pensando en el día que le espera, escuchando la radio. Las estaciones radiales FM pasan todas las mismas músicas, éxitos del momento adelantando el Top 20 del verano en la costa, las AM de información repiten con diferencia de minutos y hasta en el mismo horario, declaraciones del diputado Cualquiera desde su lugar de vacaciones. Durante media hora Cualquiera rebate las injurias del senador Pocoimporta escuchadas en informativos de la víspera relativas a la formación del nuevo gabinete ministerial. Las consultas para formar el nuevo gobierno de coalición (tenemos presidente recién elegido luego de una campaña electoral agotadora) son interminables, ocasionaron más negociación y palabrerío que el reparto del mundo en Yalta.

Claudio tiene derecho a las conexiones en directo con corresponsales exclusivos diseminados en capitales estratégicas del mundo. Podrá informarse de la temperatura a la intemperie en el Bronx, los kilos de arroz y calamares que consumió la paella gigante preparada por vecinos de un pueblecito próximo a Segovia, el precio alcanzado en remate londinense por las espuelas que calzó Rodolfo Valentino en "Los cuatro jinetes del Apocalipsis". Nada de lo sucedido en el planeta se nos puede escapar y nuestro juicio sobre la realidad deberá ser ecuánime,

implacable, certero. Sin novedades por cierto de Maracaibo, ciudad portuaria que desde hace unas noches comenzó a interesarle sobremanera. De lo que sucede en Buenos Aires aquí estamos al tanto en forma simultánea, cada verano que pasa es más difícil distinguir el barrio de la Recoleta de la playa José Ignacio; gracias a la televisión asistimos a una adopción agradecida de giros expresivos y entonaciones, como si los uruguayos añoráramos la época del Virreinato, cuando éramos otra provincia periférica del centralismo porteño y puede que fuera una fortuna.

La radio hizo de Claudio un ciudadano cosmopolita sin posibilidad de decisión, está convencido de que nos obligan a consumir demasiados residuos de información en un solo sentido, las frutas y noticias exclusivas se pudren pronto. En Seattle, en Osaka ni siquiera conciben nuestra existencia y menos se interesan por las pasiones colectivas que vivimos los meses estivales. Se sucederán horas interminables de noticias sin ninguna canción de Gal Costa intercalada para sacudir el esqueleto, ni el oasis de un buen chiste, alguna tregua que venga al rescate en la ardua tarea de tomarnos en serio.

Hace una hora larga que encendió la radio, está atrapado sin ánimo para cambiar de estación, nada de lo escuchado lo decide a levantarse si no fuera recordar que estamos en enero y hasta eso. El sonido del despertador inició la musiquita programada, cierta ternura le sale al paso a otra depresión en marcha: un catedrático de

Ciencias Económicas detalla las causas pasionales, modalidades y consecuencias del desfalco perpetrado por un colega universitario. Varios cientos de miles de dólares se evaporaron como por milagro, ello sucedió en una empresa dedicada a la cría y faena de pollos. El desastre ocasionado es tan grande, el olor a podrido del asunto tal y tamaña la impunidad de trampear a la gente que da asco. Claudio hasta se promete no almorzar nunca más una pechuga asada en el Mercado del Puerto. El experto, sin embargo, desliza una admiración soterrada por la discreción y habilidad del colega en fuga; virtudes inesperadas en el requerido que en cursos de Administración, recuerda, parecía medio idiota; pero halló, acota el comisario encargado de la investigación y presente en el estudio de la radio, la inspiración y el sabor del delito entre las piernas de la secretaria de dirección. Mujer fatal que Claudio imaginó rubia platinada perfumada con Paloma Picasso, labios pintados de intenso carmesí pecador, ataviada de vestido blanco de seda con lunares verdes y cinto ancho de charol con hebilla dorada marcando la cintura.

La indignación por la estafa implicando a pollos de criadero, el cinismo con que se daba cuenta de los hechos probando la vigencia de la viveza criolla pudieron que Claudio decidiera incorporarse, fuera a cepillarse los dientes, sacarse de la boca la sequedad persistente y un gusto amargo desagradable que no era consecuencia de

algo que comió y le cayó mal, sino de un sueño olvidado. Delante del espejo dudó sobre una eventual afeitada rápida, la perspectiva inmediata de verse la cara cubierta de espuma verde a la clorofila cuando se hizo pública la estafa de la pollería sería deprimente. Entró a la bañera, se colocó debajo de la roseta del duchero, abrió la canilla con el punto rojo y el agua caliente comenzó a caerle sobre la espalda, al pasarse por la cabeza el champú perfumado al durazno cerró los ojos y meó con ganas. Sigue vivo a pesar de la estafa avícola, del accidente del autobús cargado de escolares rumanos ocurrido al cruzar los Pirineos, de la lista de horrores que escuchó informando del mundo. Un golpe de agua fría cierra los poros y activa la circulación de la sangre por el cuerpo, luego de secarse pasa la mano derecha por el espejo para disipar el vapor y mirarse de frente. Se aplica el desodorante en spray en cada axila, reconsidera el asunto de la afeitada, recuerda el método industrial para pelar gallinas y desiste por solidaridad. Son casi las ocho y media.

Claudio regresa al dormitorio, busca un calzoncillo limpio, se pone una camiseta sin mangas, se calza las sandalias Scholl, apaga la radio del dormitorio y conecta el aparato de la cocina. Tiene tiempo para batirse un café, preparar una tostada de pan integral dietético sobre la que extiende una mermelada casera que compró en la feria en el puesto de las hermanas mellizas que vienen de Melilla. Disfruta las primeras horas del día en soledad, sentado solo

en la cocina se considera inmune al desgaste del día que comienza. De poder se quedaría en su casa hasta el anochecer, lo haría con gusto por retardar el ingreso a la trituradora de la ciudad funcionando al ritmo lento del mes de enero. Lo haría con gusto eso de eternizar la tostada mordida en el ángulo, la mermelada de arándano escapando por la comisura de los labios, obligándolo a rectificar la jalea con la yema del dedo anular, eso en ese orden y un buche de café caliente se asemeja al equilibrio necesario para contrarrestar las reseñas del mundo.

Previendo las tonterías del año que comienza, en el trimestre pasado se aplicó a desactivar sus jornadas de parásitos indeseables que le permite cada día un margen de improvisación para enfrentar la rutina. Dejó igual que persistieran unas ceremonias fijas y manías cotidianas que respeta como una meditación. Pudo haberse ido a un balneario cualquiera en plan de evasión pero desistió, está convencido de que hizo lo correcto al decidir quedarse en la ciudad los primeros días del año que creía nefasto. En verdad él no decidió, fue como si algo lo hubiera retenido trabando sus engranajes de fuga.

Son las 8h.42. Una vez devuelto Claudio a la vigilia de las relaciones que lo esperaban lo primero que le viene al espíritu es llamarlo. Se le hace difícil decir "la pareja en vigencia", siempre le molestó buscarle definición a sus relaciones sentimentales y tampoco era momento de cambiar. La historia de amor actual viene durando desde



hace varios meses, comenzó durante primeros días del septiembre pasado. A las pocas semanas de estar juntos su amigo lo sorprendió cuando habló con desparpajo, como lo hace sobre cualquier tema, de vivir juntos. El descarado podía administrarse pero la falta de ternura en la manera de decirlo, lo de vivir juntos, activó las defensas. Claudio respondió a la sugerencia con gesto desagradable de la boca que ofendió al entusiasta excluyendo cualquier negociación. Tan convincente fue que el otro optó por dejar de insistir pero no de pensar; desde ese instante el rechazado tomó la ofensiva, se hace el interesante y en cada charla en solitario destila un dejo de desprecio evocando la flotante amenaza de la ruptura.

Otro motivo discreto y negado que puede explicar su reacción haciéndolo sentirse inseguro, temeroso de asumir planes de futuro es la diferencia de edad. Claudio se considera un hombre joven y ello es por ahora una certeza innegable, pero es la primera vez que se implica con alguien, en un proyecto medianamente serio, siendo el mayor de la pareja. Tres años de diferencia le parecen una enormidad, un paso de altura que puede volverse infranqueable; ensayó todas las vueltas imaginables a los discursos clichés de la edad, tuvo en cuenta ejemplos entre conocidos y en teoría podría justificar cualquier situación – como si ello hiciera falta- pero la diferencia temporal en ese sentido que invertía la tendencia lo fastidia como eccema del corazón. Le parece la primera derrota impensable

cuando se conocieron, durante el famoso amor a primera vista en un estudio fotográfico de la calle Ituzaingó.

-Soy yo, dijo Claudio con escasa convicción, sin esperar cariño en la respuesta, descartando la euforia de semanas anteriores.

Los siglos pasan, pasan los milenios y el peso de las horas se acumula desde que se despertó. La debilidad de calendario siendo apenas tres años la presente como augurio de humillaciones a concretarse en un futuro cercano; de las que se suponía a salvo hasta que lo fascinó, en el primer cruce de miradas, el contraste intuido entre su ordinariez íntima y el esfuerzo por parecer un muchacho mundano. La edad configura una pésima plataforma de negociación en asuntos de amor, le consta pues durante años él abusó de esa ventaja e hizo infelices a muchas personas que lo amaron.

Su temor se confirmó hace apenas un instante. Claudio ubicó la llamada matinal entre el perdón por requerirlo tan temprano y la molestia de importunarlo, con esa interrupción necesaria replicaba a la indiferencia de los últimos días, marcaba su territorio recordándole que existía. En retorno, por la inflexión empleada y las palabras elegidas del otro lado, Claudio recibió el rumor de un pensamiento circunvalando reproches, buscando bronca porque sí. Era uno de esos días cuando lo poco que sobra del amor vira a tonalidades de despecho demostrado, haciendo asomar la desconfianza. Además de presentir

secuelas catastróficas, él está convencido de que debe prepararse para decepciones que llegarán por el aire solidarias con el viento de marzo. Considerando la voluntad amorosa, a pesar de que quiera creérselo nada hay en la relación que haga suponer lo contrario, permitiendo imaginar que esta precisa vez la evaluación será distinta. Hay días en los cuales él quisiera equivocarse; aquel estaba muy seguro de sí para que fuera verdad la excusa, él desconfiaba para engañarse cuando se dio casi por entero en la aventura, preservando en ese casi providencial su tiempo de café en la cocina, la consigna de salvarse y continuar viviendo.

**Claudio** es diseñador gráfico de la estirpe lobo solitario, desde hace tres años alquila un estudio en el centro de la ciudad sobre la calle Soriano, en la misma cuadra del hotel Cervantes. La edad que tanto le preocupaba como variante ingobernable en su reciente historia de amor, temor infundado para quien lo viera caminar a paso decidido por la explanada del Municipio, lo condicionó a una vida profesional dual, llevándolo a conocer carencias y calidades de las dos escuelas gráficas que, hace poco más de una década, se cruzaron en el oficio. La guardia vieja con escuadras y semicírculos graduados de plástico transparente, reglas T de madera liviana, letras transferibles, fotolitos y originales armados con tijeras y cemento zapatero. Eso fue al comenzar sus primeros pasos de armador, cuando siendo casi un niño trabajó en una agencia de publicidad, bajo la tutela infalible de Ariel di Matteo. Le resultó sencillo adaptarse más tarde a la nueva generación técnica, manipulando computadoras, impresoras láser y programas de diseño con instrucciones redactadas en inglés.

Compartía el taller con una dibujante ilustradora de libros infantiles, ella formaba dupla con una maestra, escritora de cuentos que tuvieron suceso entre los escolares. La mujer, contra la derogación del alquiler, aceptó ser una secretaria informal que durante las horas de la mañana atendía proveedores, pagaba facturas y le acomodaba la agenda. Luego que se independizó, Claudio

trabajaba por encargo en régimen free lance para unas pocas agencias del ambiente y clientes directos, que los últimos meses se fueron sumando al saberse por la prensa que había ganado un concurso internacional para el diseño del afiche Mercosur.

Si algunos días se marchaba del estudio cuando lo deseaba, beneficio de la libertad programada con esfuerzo, cada tanto estaba obligado a quedarse trabajando hasta la madrugada, buscando el color adecuado a un fondo, consultando anuarios gráficos, rumiando sobre inconvenientes y virtudes de que nadie lo espere en la casa. La soledad del diseñador hacía que algunas temporadas el trabajo fuera agotador, también lo dispensaba de tener que decir "hasta mañana si dios quiere" cada atardecer a otros colaboradores, permitiéndole disfrutar un dominio personal íntimo sin vigilancia y vivir incursiones fronterizas. Cada vez que podía y si el deseo le aceleraba el pulso, Claudio se quedaba colgado un par de horas en el centro de la noche montevideana para escuchar cantores de lo que sea, bolero, tango, salsa, flamenco; la mayor parte de las veces en locales pequeños y marginales con escasa asistencia.

La cercanía de los artistas siempre le parecía un prodigio, su proximidad con el gesto de alguien cantando lograba que las exigencias críticas se aplacaran y nunca se sabe si esa no será la noche del milagro espontáneo: la Sevillana que puede llevar hasta lágrimas dignas del barrio de Triana, del otro lado del río, del bolero preciso que

remueve las tripas recordando circunstancias idénticas que liquidaron una antigua pasión, la melodía órfica que puede abrir las puertas del infierno. Cuando la ocasión de escuchar a émulos de Armando Manzanero y Edmundo Rivero falla, él se lanza a travesías audaces en solitario siempre con objetivos similares. El primero de ellos consistía en ir a los cabaret con show prohibido para menores de dieciocho años, como está anunciado en la puerta de los locales, junto a fotos insinuantes de estrellas femeninas nocturnas, antros que proliferan en calles perpendiculares al comienzo de la avenida 18 de Julio como Andes y Convención.

Claudio tenía una marcada debilidad –que llamó fantasmagórica frente a Peralta- por los números de striptease femenino en régimen de continuidad. Si aceptaba contemplar esa variante del espectáculo lo hacía, según contaba Eliseo, con el interés de entender la belleza que le resultaba indiferente en el plano sensual, dejándose llevar por una fascinación sin especulaciones, ganado por la pasión del que mira sin saber lo que busca. Donde otros noctámbulos invertían la impaciencia por ver en detalle fluorescente un cuerpo desnudo de mujer, a él lo atraía la expresión nunca igual de caras en falsete sonriente, la gracia relativa de los movimientos, armonía traicionada entre música premeditada y la secuencia de las partes descubiertas del cuerpo.

-Es cierto amigo Peralta, en la variedad de desnudos, en minas flacas hasta ser esqueléticas tres cuartos de cogote

y gorditas desbordantes de carnes, el espectro de piernas trabajadas en barras o mostrando la sinuosidad terrible de una varice, en máscaras ocultas bajo maquillaje exagerado, en tetas de tamaño, forma y textura bien variadas, en pubis de negras cerrados como cota de malla, renegridos de una falsa pelirroja o rasurados a la manera oriental yo busco el misterio del rechazo Eliseo. El enigma de la otredad, sin confundir deseo con la infinita evidencia del origen del mundo.

-Si, claro, decía Peralta, que había comprendido algo distinto. El famoso enigma de la otredad. Está clavado...

Sentado junto a la barra del bar y bebiendo un segundo Destornillador, Claudio trataba de imaginar el recorrido de los cuerpos evolucionando en escena; desde el cambio hormonal infantil hasta la exhibición actual, un presente invitando situaciones retribuidas en efectivo, concretadas en lugares sórdidos, piezas mugrientas de hoteluchos sucios de la zona. A pesar del entorno deprimente de los cubiles frecuentados, habiendo pensado muchas veces que lo buscó a propósito y la repetición es fuerza que lo retiene, haciéndole pedir al camarero otro Destornillador, el sentimiento que cada tanto le llegaba jams alcanzó el rechazo tajante y menos la crueldad de definición que puede denigrar. Al verlas sucederse cada pocos minutos engarzando desnudos, él se impregnaba por el contrario de una nostalgia demod, similar a la leva de vapores con seres queridos a bordo, cuya secuela es una calidad de

lágrimas inadecuadas para tales circunstancias y menos para esos escenarios, donde quien llora por piedad está perdido para siempre.

Cuando los cuerpos de las tipas, algunas madrugadas moviéndose sin provocar en el público predispuesto la incitación esperada por falta de gracia, montando números que caían del vicio como figura obligatoria a la frialdad del hastío, lo tocaba casi a su pesar un deseo desaconsejable. Más de una noche al bostezar el último show con lujuriosas pretensiones internacionales, al final del fraseo de saxos insinuantes saliendo del amplificador y gemidos de hembra bien montada, cuando la mujer desnuda se agachaba con rubor de colegiala a recoger los trapos de trabajo y salía corriendo rumbo a los camarines encaramada en zapatos de taco alto, tapándose los senos públicamente dejando el culo desplumado al aire, Claudio quiso seguir a una cualquiera, la más desgraciada del elenco para abrazarla fuerte en el pasillo, cubrirla con su cuerpo, decirle en voz baja algo que consolara, cualquier bobada que frenara el llanto y la hiciera sonreír. A veces caía en esas ingenuidades.

Pocas noches antes de que ocurriera el incidente en la BN todas las hembras del ambiente fueron reivindicadas y vengadas. Una versión de la maravilla se concretó cuando llegó a Montevideo la auténtica profesional del desnudo en escena. Se supo desde el primer gesto: nada de muchacha meritoria y sacrificada de orígenes humildes, de esas que



contribuyen para que el novio se saque el gusto del Rolex imitación dorado y calzar zapatos italianos hechos a medida. La nueva era una mujer de edad indefinida como las diosas paganas, se decía que vino del Caribe siguiendo los tifones furiosos huyendo de un asunto turbio y la llamaban Flor de Maracaibo.

Todo fue rápido y casual, desde la primera vez que la vio desnudarse, coincidencia que acompañó el penúltimo Destornillador de un jueves anodino, Claudio a su manera quedó prendado de ese cuerpo mulato. Comprendió ahí mismo que hubiera hombres dispuestos a matar cegados por esas formas, la consistencia insultante del torso y la entrepierna. Hembra salvaje parecía la Flor y sabía en todo lo que a su piel se refería, ella emitía algo, él olfateó por fin lo que venía buscando en expediciones a tientas. La extranjera llegada de otro mundo conformaba la síntesis de sus ansias paradójales, como si de ese cuerpo cercano e intocable, caliente y bajado del norte por gravedad de los sentidos pudiera esperarse un milagro secreto. Una fuerza ambigua de pureza y perdición que exige constancia e impone fidelidad, inesperada idea de la sumisión que Claudio decidió brindarle en su modesta versión. Lo haría sin claudicar, hasta que un viento cruel y peligroso como siempre sucede con prodigios fugaces alejara el polen de Flor de Maracaibo de las costras montevideanas.

El segundo tipo de travesía, habitual antes de conocer al amigo en el estudio fotográfico de la calle Ituzaingó era

periódica y sistemática; pero desde el encuentro ese, Claudio olvidó la timba de riesgo que algunas veces terminó en paliza en los andurriales de la ciudad, adonde él marchaba a provocar lo incierto en la catadura de los tipos interpelados. Había tomado distancia del placer que conlleva el tiempo dual entre la adrenalina del abordaje y la agresión latente; unas noches bastaba la repetición de un modelo de conducta automático llevado por la borrachera, otras la lucidez para hallar pruebas tangibles de la inexistencia de dios.

Ello ocurría antes de conocer al encargado de cuentas periféricas de la filial montevideana de JWT. Desde entonces, evitando ceder a la trampa del amor invasor en su vida solitaria, Claudio programaba no obstante lo que llamó "pequeños itinerarios de reconocimiento", dominio de los límites y sin decidirse a llegar hasta el culo de Montevideo, los últimos parajes de la ciudad. Le bastaban desde que había "alguien" unas caminatas sin prisa después de medianoche por esquinas cercanas al estudio, entrar en boliches a media luz que no guardan secreto ni para adolescentes emprendedores. Tampoco se trataba, le comentó a Peralta en tardecitas de relecturas y confidencias de compensaciones egoístas, incursiones despojadas de afectos para negociar sexo duro.

Las recorridas hacían las veces de entrenamiento, una disciplina estoica para mantenerse en estado de alerta, práctica necesaria por lo que luego pudiera llegar, después,

si la utopía de la pareja estable se esfumaba del horizonte. Buscaba una tensión del cuerpo distinta a la del trabajo, hallaba la misma angustia indescriptible que acepta cuando Davis y Coltrane redondean "Round Midnight", la música que a ella la acompaña en su número de desnudo, con la salida del escenario de Flor de Maracaibo y que es cuando el mundo se desploma.

La información hasta aquí adelantada permite abrirle un crédito, se le puede considerar sin mayor esfuerzo un personaje en principio creíble, lo suficientemente común para ser comparado con cualquier persona que anda por la ciudad. Así me sucedió a mí cuando Peralta destilaba a su ritmo las anécdotas de Claudio; para el editor parecía normal, yo debo confesar que la costumbre de beber Destornilladores mirando mujeres desnudarse en los bares de alterne me pareció al menos singular. Si hubiera la necesidad para entender lo que sigue de insistir en la singularidad de Claudio, de lo que contó Peralta retengo dos detalles que pueden interesar.

Me dijo que Claudio coleccionaba souvenirs turísticos, artesanías hechas con conchas esmaltadas, dientes de tiburones, vértebras de enormes peces y caracolillos barnizados que tienen por único motivo referir a un pueblo de pescadores llamado Punta del Diablo, perdido en la costa atlántica uruguaya. La afición comenzó con un llavero de costilla de lobo marino que hace años le regaló una tía, y si él continuó reuniendo piezas ampliando la colección, era

menos por la relativa calidad de los objetos que por el nombre altisonante del lugar: Punta del Diablo. Con el tiempo se hizo de un número importante de piezas, algunas muy raras y los amigos contribuyeron con entusiasmo a aumentar el conjunto. Claudio, si es que allá conserva la paciencia, continuará aguardando hasta ver un cuadro, leer un relato, descubrir una película, asistir a un milagro cualquiera que legitime la condición infernal del pueblito de pescadores, haciendo de su catálogo de conchas y cartílagos algo codiciado, como si las baratijas coloreadas estuvieran aguardando su propia Flor de Maracaibo.

Una segunda condición, menos dependiente de las pasiones fulminantes y distante del repertorio evocado, que lo identifica y explica su encuentro con Eliseo Peralta, era su pertinaz incursión por la lectura de revistas antiguas. Claudio y ello me sorprendió cuando se lo escuché a Peralta, frecuentaba colecciones enteras de revistas, seres vegetales amarillentos atacados en su respiración por el bacilo del tiempo decía el editor, que a fines del siglo pasado y durante la primera mitad del siglo XX se publicaban con insistencia en Montevideo y ciudades del interior. Tales publicaciones consideradas en conjunto, probaban la voluntad de una sociedad por dejar recuerdo de su pasaje por el mundo, sin temor al ridículo ni vergüenza de cobijarse en la anécdota más seductora de otros pueblos.

¿Por qué lo hacía? Peralta conjeturaba sin creer demasiado en su versión que Claudio, confrontado a un presente de equiparación en aspectos intrascendentes de la vida, determinados por astros cambiantes, juegos de azar, siglas y comida, la aceptación sin pelea del final feliz de la historia (optimismo rechazado con vigor por millones de negros, chinos, hindúes, musulmanes y los últimos anarquistas clásicos como él) también lo sabía: quien olvida cultivar la simiente de una obsesión es serio candidato a boquear sofocado.

-Lo insoportable es que nosotros estamos entre los ganadores de la historia, dijo Claudio. Es trágico y ridículo que la humanidad viva según los dictados comerciales del Uruguay Round.

-Habría que cambiarle el nombre al país para borrar ese bochorno, acotó Peralta.

-Usted será todo lo anarquista que quiera, pero de golpe le vienen ideas luminosas. ¿Tiene pensado algún nombre de recambio?

-Tengo, hace años. Claro que tengo.

Claudio se resistía a respirar tantas imágenes prescindibles que comenzaban a deprimirlo, eso que se ganaba la vida utilizando siglas y estaba Aquel, que era publicista vocacional y convencido. Rechazaba la idea del mundo condensado en video clip y procesado multimedia, creado por una divinidad delirante cuya esencia es un chip coreano, cocido a anfetaminas descremadas,

descafeinadas, dios vegetariano sin colesterol, ciclista amateur los domingos; por ello leía revistas viejas y en el origen de la afición sin misterios estaba la relación casual con su trabajo de gráfico.

**Dos** años antes de independizarse, Claudio se vio obligado a buscar información para bocetar una campaña de prensa institucional del Banco Comercial. Como de costumbre, una vez abierta la discusión del equipo creativo él propuso una línea de comunicación moderna y durante toda una tarde le dio pelea a los redactores de la cuenta, esa vez conservadores en su argumentación. La dirección finalmente optó por la variante "retro" y el gráfico derrotado debió consultar publicaciones de los críticos años treinta, para hacer creíbles viñetas que ilustraban ideas tales como Tradición, Respaldo y Seguridad. Trabajó en el cotejo convencido de que ello era una pérdida de tiempo, pero apenas comenzada la tarea empezó a cambiar de parecer, el provocado encuentro con un universo cerrado y archivado resultó para él doblemente afortunado.

La curiosidad por conocer más de ciertos antecedentes de nosotros mismos en tanto colectividad, desatendidos por indiferencia, persistió en Claudio incluso luego de terminados los originales y publicados los avisos de prensa. Sin razón aparente, la circunstancial fuente de información se volvió origen de una felicidad distinta. Desde aquella primera revisión que impuso su ritmo pausado siendo la prisa innecesaria, resultó seducido por el encanto del arte gráfico antiguo y la armoniosa coincidencia plástica e imprenta. A su mirada profesional saturada de imágenes virtuales, la iconografía de las revistas descubiertas era museo romántico en estampas; cercano como parentela y

abandonado también, en cuyas galerías sentía una desazón inédita, conmociones nuevas. Había razones objetivas para ello: la calidad irrecuperable del papel utilizado en las páginas interiores, algunas tonalidades jamás reproducidas de tintas industriales con swing de los años locos, el toque artesanal anarquista filtrado por el tiempo y que ningún programa virtual puede alcanzar. Ahí estaban frente a sus ojos variaciones inagotable de abecedarios, la distribución en la página de imagen y texto, una concepción del dibujo de caricaturas satíricas. Hasta podía imaginar manos curtidas de linotipistas armando planchas en enormes talleres, escuchando tangos de Julio de Caro y Francisco Canaro en la radio, acompañando el ruido industrial de las máquinas suecas.

Ello obró en Claudio como revelación, por accidente fue el ingreso al continente del oficio desconocido hasta entonces, una Atlántida cubierta de papel, tintas y caracteres de plomo. Era el mundo de los mayores, los viejos que miran palomas en las plazas; de cuando ellos eran muchachos, el secreto de la juventud consistía en entender la de quienes la perdieron y siguen adelante sin nostalgia ni poder pensar en lo irrecuperable.

Apenas pasada la primera semana entre archivos, la consulta se volvió excursión insistente al pasado, empatía exenta de arrugas demostrando el pasaje del tiempo. Claudio debió admitir que le hubiera gustado diagramar esas portadas del mundo feliz y nada de falsa añoranza,



podía prescindir de Sadam y Samarach, Pete Sampras y Linda Evangelista desfilando en París la colección Chanel. Se trataba de otro poder, dissociarse del tiempo presente imponiendo que se le argumente a favor por mera coexistencia y dejarlo de lado. Si aquí en la ciudad languideciendo alguien creyera con Fe las ideas dominantes en portales malolientes a orillas del Ganges, en alcantarillas inundadas durante los monzones y la condición sagrada de vacas esqueléticas, rincones desde donde nunca llegan noticias mediante corresponsales exclusivos, podría insinuarse que en una vida anterior él estuvo implicado en esas publicaciones y lo preparaban en su actual reencarnación para confiarle un secreto sublime.

Ello viene durando desde hace cinco años. Sin proponérselo se convirtió en el mayor especialista en revistas uruguayas antiguas de gran tirada, condición que tampoco necesita ser probada, estando incrustada en su actitud de lector la desproporción notoria entre intensidad de concentración y resultado práctico del saber aplicado. Claudio lee para su satisfacción personal sin otro objetivo, como si ello le diera una segunda juventud coincidente con la de sus abuelos. Le hace bien, afina la ironía, fomenta anticuerpos eficaces para combatir la oxidación del humor, es gimnasia cotidiana igual que nadar una hora en la piscina olímpica de Juventus. Disciplina un tanto arbitraria que los días laborales lo conduce hasta la mole de la Biblioteca Nacional. Una vez pasadas las primeras semanas de

consulta, cuando la novedad del pedido de Claudio integró la rutina de la administración, los funcionarios de la BN dedujeron su criterio de lectura simple y cronológico, comprendieron su perseverancia en ir avanzando por colecciones. “Vida Moderna”, “Bohemia”, “Mundo Uruguayo”, “Albatros” al ritmo de un ejemplar cada mañana y lo esperaban con los materiales prontos para que ganara tiempo.

Pasado un año de conversación y asiduidad, por iniciativa de la encargada de solicitudes le asignaron un pequeño escritorio en un rincón tranquilo que le evitó el nomadismo en la gran sala de lectura. Luego, cuando lo supieron bien instalado le preguntaron si estaba preparando una publicación sobre el tema; tan lógica la pregunta como fue la contestación, cuando dijo que sólo estaba leyendo revistas viejas. La respuesta pareció decepcionar la curiosidad de los bibliotecarios, que igual continuaron considerándolo con cortesía.

La acumulación de lecturas dejaba por el avance de ser hábito de niño curioso, al funcionar en conjunto, obviando que en su tiempo las redacciones se odiaban a muerte, las revistas tejían una trama de la tapicería simbólica adecuada al castillo abandonado. Había allí historias olvidadas por mis contemporáneos, cuentos interrumpidos perdidos en el camino de la colectividad, crónica de vida cotidiana en catalepsia, inerte en apariencia y dejando entender sin embargo cierta palpitación profunda imperceptible. Una

lista de novelas traducidas a leer imperativamente durante el verano de 1939 probaba los límites de la crítica literaria. Había anuncios crédulos de espectáculos circenses de origen italiano, se mentaban exitosas representaciones de sainetes argentinos y recitales de divas excedidas de peso haciendo creíbles arias de putillas tuberculosas, temporadas teatrales de cómicos descacharrantes y ya sepultados bajo tierra, compañías de zarzuelas que cada tanto endilgaban al respetable españoladas disueltas en la nada. Una suma alucinante de informaciones inútiles al alcance de la mano y el asombro retrospectivo ante descubrimientos portentosos de la ciencia, con especial destaque de la medicina: lociones milagrosas para hacer crecer el cabello, evitar arrugas y erradicar hongos en los pies, aparatos retorcidos de acero capaces de subsanar cualquier malformación ósea de nacimiento. Desfiles de moda en París ocupada por los nazis, puntos altos de la sociedad posando altivos ante chasiretes de entonces, convencidos de que gracias al champagne serían tan inmortales como las burbujas infinitas. Vanidad ingenua, que pudo mandar a pique vidas incandescentes de hombres y mujeres jóvenes, sofocando la fuerza de pasiones que recién cuando fueron devueltas al polvo se entienden en su desesperación.

Durante cientos de horas de lectura fue como si Claudio se distanciara del mundo, esas horas las vivía preservado por filtros protectores color distancia. Con emoción y sin

secuelas catastróficas sentía indignación ante la fatuidad ostentosa, unas veces rabia colectiva que a la página siguiente se volvía vergüenza ajena, breve carcajada y también sonrisa apenas insinuada en los labios. Ternura y desdén por seres, nombres, circunstancias que esa mañana eran menos que ceniza de la historia íntima de grupo humano, nuestra crónica privada. Mirando con detenimiento se advertían ciertas expresiones captadas al vuelo, hasta podía adivinarse que muchos personajes que andaban por ahí creyeron tener la eternidad al alcance del deseo. Constancias que para Claudio eran la manera de organizar una doble vida, prueba sobre lo efímero que resulta existir en Montevideo para padecer el año dos mil. La evidencia de que la suma de pasiones, incluyendo la que consumía su presente, los errores acumulados y que él buscó, los gestos de la vida cualquiera que fuera su naturaleza eran destinados a desaparecer. Desaparecer por arte de ilusionista, igual que aquellos mozos elegantes vestidos de blanco, engominados, con cigarrillo encendido entre los labios y acompañados de doncellas persuadidas de ser condesas proustianas, que se fotografiaban jugando al go en parques japoneses al fondo de senderos escondidos en las quintas del Prado.

Las mañanas de lectura le acercaban un saber pertinente para sobrellevar los tiempos que corren, eran su confrontación con el espejo del lado misterioso de la ciudad disimulado en la hemeroteca del pasado. La contemplación

de escenas irrepetibles daba contundencia al rumor de las horas sucediéndose, le permitía pasearse por jardines laberínticos entre flores perennes, rosales protegidos del viento caliente que, cuentan los viajeros, sopla sobre la rada de Maracaibo. Claudio descubrió un ritmo, construyó una costumbre de lectura en estado hipnótico del espíritu sin objetivo posterior ni beneficio para su trabajo inmediato en el taller gráfico. Acto gratuito más ambiguo que cualquier otra experiencia, buhardilla inaccesible de niña rodeada de muñecas inquietantes excluyendo la presencia de otros cuerpos, salvo la sombra discreta de lectores en la proximidad de la BN. Trinchera final de afectos ocultos camuflada en biblioteca para rechazar embates de la fuerza hostil y el amor envenenado, el tiempo como siempre y la tontería reinante en la ciudad que comienza a cercarlo.

**La** mañana esa del despertar a las 8h.05 Claudio decidió pasar primero por la BN y ganarle al día un placer intimista antes de almorzar sin compañía. En el estudio de la calle Soriano lo esperaba la modernización del logotipo de una marca clásica de la Compañía Tabacalera y un folleto desplegable a todo color del nuevo modelo familiar de Honda. Tareas complicadas que demandarían horas de concentración y razón suficiente para adelantar la dosis diaria de lectura de viejo. El amigo estaba como siempre las últimas semanas, agriado desde la primera comunicación de mañana temprano, entre vahos del sueño y malhumor era un mamboretá loco diciendo por teléfono una sarta de disparates, sin importarle la reacción de Claudio.

Al comienzo las salidas inapropiadas de Aquel lograban fastidiarlo, pero después de la terrible escena ocurrida durante la última Navidad en presencia de amigos, si sucedió tal como se lo contó a Peralta, Claudio se tomó las cosas con más calma. Hace unos minutos cuando habló por teléfono, fue evidente que Aquel mintió de forma descarada al decir que tenía asuntos importantes que lo estaban esperando en las próximas horas, requeteimportantes subrayó y por tanto estaría ocupado hasta muy tarde. A manera de limosna sentimental dejó entender que lo llamaría apenas se desocupara, que fuera haciéndose a la idea de que recién se verían mañana y pidió que Claudio

preparara un buen plan para esperarlo, sorprendente y divertido.

Era en esos momentos de negociación cuando a Claudio le daba rabia tener experiencia de vida, reconocía en la pila creciente de fracasos precedentes otra colección de revistas de actualidad que lo tenían como único asunto periodístico. Al escuchar la expresión "requeteimportantes" entendió que el joven cachorro relaciones públicas estaba acelerado en el coqueteo, descubriendo el desparpajo de la mentira, sus placeres filosos y la arrogancia de saberse centro de pasiones plurales, situación que Claudio formuló en términos groseros, raro en él, cuando se lo contó a Peralta. Acaso con ello pretendió salvar el honor en la retaguardia de las apariencias, faltaba más que siendo hombres civilizados discutieran por debilidades de verduleras teñidas. Se había propuesto mantener la elegancia en toda circunstancia y lo haría por preservar su equilibrio emotivo; igual la situación le provocaba acidez al corazón, malestar retroactivo por haber estado sensible en el entusiasmo de la primera quincena de octubre, cuando se fueron a pasar unos días a Buenos Aires.

En la calle, indiferente a las pequeñas miserias del amor en déficit la mañana avanzaba resplandeciente, semejaba un adonis Aqueo sitiador avanzando hacia la muerte emboscada. Cuando enero se dispara sobre Montevideo y si la noche estuvo serena, sin viento, como fue el caso, antes del arrebató canicular del mediodía, incluso hasta

unos minutos antes de las nueve, parece que en sectores privilegiados de la ciudad, los menos expuestos al tráfico infernal, persistiera la pereza campesina del amanecer. El clima construye una celada de aurora ensangrentada y verano irrefutable, consigue evaporar la idea de otros paisajes que hay en el norte con lagos espejados y coníferas milenarias. Esos paréntesis temporales siendo eclipse de luz inagotable explican que Montevideo no devenga otra ciudad abandonada, le asegura cierta perseverancia sin garantizar la eternidad.

Lo indefinible supuesto en la expresión "mañana de verano en Montevideo" se cuela dentro de las casas. Mientras Claudio tomaba café en la cocina aceptó sin resistir lo que vino de afuera con maneras de amante delicado, estaba recién duchado e igual una levísima capa de sudor, el aliento interior de la epidermis le cubrió buena parte del cuerpo. La tibieza ascendía desde los pies, la respiración conducía el aire solar por la nariz y traficaba la luz hasta las cavernas pulmonares. La evolución del clima que desde temprano pronosticaron en la radio lo confortó, como si fuera otro efecto del té que tomó anoche antes de acostarse.

-Buen momento para ser un dálmata corriendo por la costa y escarbando la arena de la playa. Sería estupendo yo me dije Eliseo, ser un atleta modesto sin pretensiones de batir un record para tener en perspectiva dos horas de entrenamiento al aire libre; una mina bacana tomando sol



en su terraza de Pocitos que desabrocha los breteles, sacándose luego la camiseta y acariciándose las tetas con cremas untuosas color esperma.

-Si pudiera elegir me quedo con el perro, comentó Peralta.

Claudio se vistió, un jean falso Versacce que él seguía llamando vaqueros, mocasines porteños de verano con presilla al costado y costura en el talón, sin medias, una camisa azul petróleo amplia de mangas cortas, lentes de sol y carterita para chucherías. Tampoco era cuestión de hacerse problema con el vestuario en un día sin abrazo y saturado de soledad, el pelo lo dejaría mojado y un poquitín de gel aplicado de manera informal. Frente al espejo todavía decidió pasar primero por la BN, el logotipo de Tabacalera podía esperar unas horas y él ya tenía algo interesante en mente. Luego de la llamada humillante que confirmó la postergación del próximo encuentro –hasta que Aquel se liberara de asuntos requeteimportantes- Claudio quedó poco inspirado para la creatividad, obligado a rearmar el programa del día. Optó por la simplicidad, lectura como siempre y hoy para apaciguar el espíritu contrariado un pasaje por el restaurante vegetariano. Puede que el pastel de berenjenas y jugo de zanahoria bio traigan la solución adecuada para el boceto articulado del auto, tal vez la inspiración emane del bordó intenso de la remolacha cortada en cubitos, la iridiscencia tornasolada del aceite de oliva.

Estando en la vereda Claudio duda sobre el camino a tomar para llegar a la BN. El punto de partida, la calle donde vive es Dr. José María Muñoz, arteria cortita de pocos metros entre Durazno y Canelones. Muñoz es la acera anómala de la cuadrícula severa del barrio y más que un hallazgo meditado de urbanista ingenioso, parece resultar de una distracción de cálculo en el trazado municipal, el fallo matemático descubierto sobre la marcha y cuando era demasiado tarde para retroceder.

-Eso es lo que se llama vivir en el error.

-Lo suyo parece un destino, dijo Peralta. Si lo consuela yo vivo en la calle Berna, que me recuerda la ciudad donde murió mi querido maestro, dijo Eliseo. Si de verdad anda torcido, le puedo recomendar una curandera de confianza.

-Viniendo de usted esa confianza en poderes invisibles me sorprende.

-Niego a dios y las sotanas, combato toda forma de poder humano, aspiro a la destrucción del Estado, lo que nos hará por fin hombres libres, pero en brujas claro que creo.

Claudio decidió que subiría hacia el centro caminando, sin preocuparse del trayecto y buscando veredas con sombra, evitando llegar sudado a la cita con las efigies guardando el docto recinto; afirmaba que las estatuas dispuestas a la entrada de la BN eran una curiosa manera de incitar la juventud uruguaya a la lectura. Las tres figuras pretendiendo ser guías en la escondida senda que lleva al

Monte Parnaso, parecían, decía Claudio, porteros de un espectáculo de travestís con arrebatos literarios. En esos casos Peralta apenas sonreía, el pensamiento anarquista le impedía llegar más lejos en la complicidad y su convicción secreta era que, algún día que llegaría inexorable, en esos mismos lugares estarían las estatuas de Bakunin, Proudhon y Malatesta.

-Esa mañana lo de siempre Peralta. Primero el "ciao" al tano cuya vida fue un infierno, intenso en su pose, cubierto con un pareo florentino monísimo y el detalle de una tiara de laurel coronando la frente, un verdadero horror; después tararear el famoso cuplé de la española cuando besa es que besa de verdad, apropiadísimo al hijo manco de Alcalá, con sus calzas mórbidas, seguro que color carmesí morisco y cuellitos de puntilla de Brujas; por fin, separado de la polis como recomendaron los prudentes jueces atenienses, él: la mayéutica griega charlatana hasta el trago de cicuta, escandaloso en toples para seducir efebos con vocación filosófica, decía un Claudio provocador y lo miraba a Peralta, divertido, esperando la reacción.

-Usted no respeta nada y menos la literatura, replicaba el editor para salir del paso.

-Se equivoca Eliseo, yo estoy dispuesto a dar la vida por Flor de Maracaibo.

La primera diferencia del día Oriana fue el amanecer, la disposición del orden de la luz, pureza del aire y quietud perfecta en plátanos de las veredas, orquestado por

duendes con debilidad por la ciudad sólo algunas mañanas elegidas, cuando la apariencia de normalidad es total resulta más probable la irrupción de lo inesperado. El tiempo hasta hace unos días era agradable, barría las veredas un viento pugnante y caían chaparrones ruidosos a manera del archipiélago antillano, desarreglos del cielo montevideano que la gente atribuía a experiencias nucleares, secuelas de el Niño y el fin del mundo que se atrasó unos días. Desde esa mañana el verano daba signos de estar decidido a tomar las riendas del asunto, los montevideanos dispuestos a buscar el sol y zambullirse en las aguas del Plata, beber medio litro de cerveza helada, consultar nuestro oráculo de Delfos si lo tuviéramos. Se daban condiciones ideales para que Claudio relativizara la afrenta del amor ocupado en asuntos decisivos.

Peralta me lo advirtió una vez: sería abusivo suponer la predestinación en lo ocurrido, los hechos a narrar nada tenían en común con el día que comienza ni dependen de la temperatura en aumento sostenido en la franja costera uruguaya. Claudio repasó mentalmente: cerró las persianas para evitar que la casa se recalentara de tarde, dejó la cama ordenada sin tender total los asuntos requeteimportantes, el baño se secaría solo, hay una jarra de jugo de pomelo en la heladera y apagó la radio de la cocina antes de salir a la vereda. La puerta de calle hizo oír los dos cerrojos con tres vueltas de llave cada uno, en la

coqueta ciudad de Montevideo son las nueve horas  
cuarenta y dos minutos.

**Si** tomamos en consideración la manera que tenemos los uruguayos de organizar el tiempo de verano, entrar a la BN una mañana soleada del mes de enero tiene un destello de gesto desproporcionado. Insinuar que para Claudio ello es un castigo meditado que distrae de la vida sería aquí demasiado simple; él prefiere suponer la iniciativa como aventura peligrosa y para inyectarle al compacto edificio el atractivo faltante, se divierte especulando sobre probables fallas en la instalación eléctrica.

Cada día se pregunta si la noche anterior ocurrió el desastre, si llegando a 18 de Julio por la tangente de Brandsen, avanzando hacia la esquina de Tristán Narvaja no topará la multitud excitada y curiosa, con dotaciones de carros de bomberos luchando contra llamas devastadoras. El fuego considerado como tragedia irreparable, catástrofe para el corazón de la cultura nacional dirían los informativos, antes de regocijarse por el retorno de M. Jordan a la NBA y dar somera cuenta de la masacre entre fanáticos de divinidades enemigas en un templo del norte de la India. Es una variante del destino y la ironía que el cuartelillo de bomberos más importante de la ciudad se halle a un par de cientos de metros de la BN, como si ambas instituciones fueran tentadas por encontrarse aceptando la fatalidad iniciada en el Egeo. A Claudio lo inquietaba la idea de que el incendio imaginado pudiera declararse estando él adentro de la BN. De suceder, su nombre se sumaría injustamente a la lista carbonizada de asiduos lectores y

funcionarios, al catálogo de incunables venecianos, archivos imperiales chinos que parece tenemos en custodia, primeras ediciones de imprentas coloniales leídas todas por el fuego sin saltarse una línea. Esa preocupación lúdica, acercando el placer de la lectura al microinfierno del fósforo encendido no era la causa que haría de hoy un día excepcional. Sería error de principiante provocar un incendio precisamente la mañana que lejos de quemar libros necesita inventarlos.

Seguro que muchos recuerdan el ingreso principal de la BN, tienen presente la enorme escalinata, las estatuas de Dante, Cervantes y Sócrates alineadas con cierta asimetría, los pilares rectangulares a los costados. La nueva gran puerta de acceso es una copia del portal del costado Este del baptisterio de Florencia que Miguel Ángel llamó puerta del Paraíso, concebida y realizada por Lorenzo Ghiberti entre 1425 y 1452. El lugar donde se mueve Claudio desde hace cinco años no es un espacio florentino, ni frente a las diez escenas que retoman relatos bíblicos tampoco se halla una catedral; por el contrario: hay una óptica, la zapatería en permanente liquidación y un local donde venden ropa para caballero. Puede que detrás de la falsa puerta de Ghiberti se halle en verdad nuestra versión del Paraíso que nunca supimos distinguir, la luz que sacuda el espíritu de creernos almas errando en Purgatorio eterno amenazadas del fuego enmendatorio.

Una vez transpuesta la entrada e ignorando el original de la puerta dejada atrás, una vez dentro del paraíso imaginario, del baptisterio octogonal si no se tratara de una imitación, en el primer hall (tras los cristales pueden verse vaporosos lectores fantásticos concentrados en versiones imaginativas del mundo) se montó una exposición conmemorando el primer centenario de "Ariel", el libro escrito por nuestro José Enrique Rodó. Curioso ensayo en forma de lecciones, que muestra al maestro Próspero advirtiéndolo a sus discípulos sobre la voracidad espiritual y territorial del país del norte. Una confianza enorme en la juventud constituye la médula de la propuesta, insistiendo en la importancia de una cultura estética para templar los pueblos del sur, prepararlos para la defensa anticipada de la embestida. Tal era su credo propagado por todo el continente y apenas un siglo después aquí estamos. Pobre José Enrique y sus delirios resistentes medidos por la sección áurea, pobres nosotros que llegamos a las ruinas después que masacraron a los búfalos.

Los responsables de la muestra trabajaron con afecto, reunieron un nuevo juego de manuscritos de la obra celebrada, dispusieron por orden cronológico y lenguas a que fuera traducido las diferentes ediciones del libro, colocaron en las vitrinas cartas manuscritas originales del autor; unas hacían referencia a la génesis y crecimiento del proyecto arielista, otras son atinadas respuestas de Rodó a lectores inquisidores y admirativos de todo el continente.



Crearon una completa sección bibliográfica, incluyendo un acceso a grandes bibliotecas del mundo y abrieron un sitio Internet de discusión, con resultado mejor de lo previsto, si se recuerda que sigue vigente la clasificación por fichas de cartulina para las consultas y la idea biblioteca se hunde en la decrepitud que nadie quiere aceptar como metáfora.

Hace apenas cien años, menos tiempo que el requerido para montar las tres puertas del baptisterio florentino, desde nuestra ciudad se hacía hablar la rebeldía de la América joven; somos ahora lectores obedientes de culebrones interminables y metidos en inmundicias proféticas hasta el cuello. Ajeno a esas cuestiones que supongo son también mías, Claudio recorrió la exposición en días anteriores a la mañana de las escenas precedentes; caminata útil para lo que sucederá luego: sauna en la atmósfera arielista distante de sus intereses, el recuerdo de la voz de Próspero, que fue para él la voz aguda de la señorita Ana María maestra de cuarto año, tiene una significación diferente. Hace un siglo estábamos seguros los uruguayos o ciegos creyendo que podíamos enviar mensajes a la juventud del continente, advirtiendo los peligros que accionan bandas y estrellas con la esperanza ingenua de ser escuchados. Fuimos entonces y quisimos ser obviando consecuencias, la iluminación del relámpago en conciencias continentales, sin estar preparados a resistir la furia de tempestad que se desataría sobre nuestra isla, tal vez sin imaginación necesaria para presentir el temporal.

Cambiaron desde entonces demasiadas cosas en la ciudad, la gente, nombres para reconocernos, el sentido del tráfico urbano, nuestro espesor imaginario; demasiado para intentar una comparación en detalle de ambas circunstancias, separadas por un paréntesis de historia al fin de cuentas demasiado breve. Entre el sueño mitológico griego del chico Rodó y el presente de Claudio se interponían equívocos irreparables. Las líneas de escape fueron interrumpidas, son dos tiempos que se reconocen y en un cruce peatonal perdieron continuidad. Mirando hoy los objetos de Rodó, los papeles expuestos en la BN, algunas reliquias que se suponen deben conmoverlo, Claudio quisiera entender la razón de su indiferencia, explicarse la puerta secreta separándolo de esas páginas, buscar dónde se cortó nuestra memoria colectiva. Esa distancia estimada el día que promete soledad, eran condiciones casuales para aceptar el encuentro que ocurrirá en menos de una hora.

Ni el duende Ariel ni el mago Próspero, ni palomitas albinas de la educación pública laica, gratuita y obligatoria que veneraron sumisas el libro durante décadas fueron las verdaderas víctimas. El único ángel herido en la refriega del 900 y sus trincheras fue Rodó, humillado por la grotesca figura de carcamán anacrónico que destilan las fotografías, hombre acorralado hasta la soledad por palabras asonantes y remedando música latina. Espíritu asediado por demonios insaciables de la cirrosis y el erotismo púber de soñados

liceos socráticos, alma conflictiva herida por la mugre de pensiones miserables, donde deambula gente triste por patios húmedos yendo al desagüe de piletas compartidas, a enjuagar camisetas rotas y ropa interior con manchones de orín. Su destino terrestre es la mueca irónica de un exilio final, travestido de viaje iniciático a espacios mudos de las divinidades griegas. La muerte súbita lo sorprendió en Palermo de Sicilia, y se manifestó en un hotel de paso más cerca de la camorra que del interrumpido embarque hacia Citeres. Y él que supo en la escritura de las transformaciones proteicas, fue todos los otros y se quedó sin ser, al menos una vez, el José Enrique que soñó cuando tenía catorce años.

Nunca fue sencillo ser joven en esta Montevideo de hombres atildados antes de tiempo. Los que insinúan a la ligera que Rodó fue un viejo prematuro viven engañados, nada entendieron del proyecto arielista, son falaces por ignorancia y se dejan engatusar por charlatanes loando caminos de sabiduría instantánea llevando a la luz verdadera. Allá ellos. Algo de Rodó continúa volviendo a los rincones del Ateneo montevideano atravesando paredes de ladrillos sin cariátides ni capiteles corintios. Eran demasiado jóvenes los uruguayos de hace cien años cuando algo del aire malsano de la ciudad, una pacatería de nuevos ricos arrogantes y humos venenosos del orgullo los quemó en pleno vuelo yendo hacia allá. Dejándolos morir, incitándolos a morir antes que, mientras tenían el siglo por delante,

como para desalentar en esta tierra todo proyecto de ser original si no aprendemos antes a convivir con los muertos.

Así me adoctrinaba Peralta que era un Próspero decepcionado convertido a otra causa más apocalíptica.

Claudio está abrumado por el siglo que deja atrás, nada lo espera si exceptuamos la eternidad asociada a la idea del festejo continuo. Hasta que se pruebe lo contrario, Montevideo será una ciudad suspendida en el siglo XX, tiempo de apogeo perecedero, zona que entreabrió puertas de la muerte, ciudad dos XX marca de cerveza mexicana, clasificación de porno duro en el suburbio de LA, sitio para dialogar con los muertos. M la inicial maldita que los orientales llevamos tatuada en las entrañas.

**E**l año es 1937 y agosto el mes, se trata del número doble 6/7 de la revista "Patmos", editada por una sociedad de amigos de las bellas letras sin fines de lucro: "con el único propósito de hacer llegar, a lectores interesados de todo el país, voces originales relegadas por el barullo pasajero del cinematógrafo. Así como publicaciones de escritos inéditos en esta isla de sensibilidad que, contrariando arraigados prejuicios estéticos, busca el amanecer de nuestros poetas, la aurora de las letras nacionales." Acaso deba decirse algo acerca del método de lectura empleado por Claudio en la BN, lo que resulta sencillo: no existía método alguno, él avanzaba sin buscar nada concreto perseverando en el perfume distinto de cada publicación. Curioso por alcanzar la página siguiente, disfrutando el ritmo de sentencias pretendidamente profundas, la dispersión de artículos críticos y secciones selectas, inventivas altisonantes un tanto devaluadas, alarmistas pensadores pomposos, comentarios superficiales sobre cambios de hábitos sociales.

Leía ese número doble de "Patmos" del año 37 con el interés que se dispensa a una revista importada de Barcelona y acaba de llegar a los kioscos, descubría a ritmo de adagio que el mundo de nuestro ayer, relegado con la excusa de la falta de tiempo y el olvido guarda tantas sorpresas como la incertidumbre del pasado mañana. Sin la concentración orientada en algo preciso para retener, ni pendiente del asombro adormecido por la saturación

informativa de publicaciones recientes, Claudio leía los artículos sin darle excesiva importancia a la colaboración de firmas conocidas de entonces. Cuando esta historia comienza, él estaba bastante habituado al estilo de Alberto Zum Felde por ejemplo y de Álvaro Armando Vasseur; para su criterio de uso personal, decía que si algunos nombres persistieron en la memoria colectiva su aporte sería valorado por auténticos investigadores, no por un aficionado como él. Hallaba su deleite por el contrario, en la pléyade de desconocidos continuamente renovada en cada proyecto que salía a la calle al cruce del lector. Entre los que alguna vez creyeron con inocencia conmovedora ver la eternidad rondando sus cuadernos de apuntes, vivieron en Montevideo habitados por ilusiones perdidas trascendentes y sintiéndose los nuevos elegidos por la brisa del Arte. Se habían aplicado con denuedo a la sublime tarea hasta que de pronto, como en una fábula de final desdichado, un viento ríspido similar al que transporta la peste a pesar de las fortificaciones los dejó de lado, asignándoles una última vez para leer sus nombres en índices alfabéticos. La BN tiene algo de Purgatorio escrito e impreso a la espera del Juicio Final.

Claudio leía esos materiales como si él formara parte del público destinatario de las distintas épocas, un uruguayo anterior a Hiroshima y a discursos de los esposos Perón en la Plaza de Mayo. Su conciencia se abandonaba en la pendiente del viaje en el tiempo huyendo del festejo

adulando el presente. Lo hacía sin interponer el orgullo de la Historia inclinada al enjuiciamiento, dejándose engañar por embaucadores de antaño, sensible al poder destilado, la canallada intemporal, desprecio y soberbia como siempre, intuyendo pasiones sublimadas, cierta ingenuidad lindando la bobera. Creía entrever el odio reprimido con deseos de asesinato, la insistencia del error, mezquindad repetida, inutilidad de esfuerzos perseverantes, amistad soldada al desafío, la certeza de que nada de lo hecho resulta suficiente. Se petrificaron allí los que cortejaron el aplauso del público efímero y la poesía inmortal, había la crítica en la variante señor de la verdad capaz de imponer silencio a voluntad; los espíritus errados, convencidos hasta el tuétano de que la literatura es apenas combate entre generaciones y se descuidaron cuando el lenguaje cargó para matar. Hallaba emocionante observarlos en el momento sublime de su convicción, coincidente con la autoestima desmesurada, abrazados al yerro de una escritura que, destinado en sueños al reconocimiento trascendente precipita el salto hacia la nada.

La lectura cumplía una función terapéutica. Contra la imbecilidad acumulada por el film acontecimiento 2000, el combate de box 2000 de los peso pesado en el Caesar Palace de Las Vegas, el concierto monstruo rock 2000 con U2 en la parte final, los tres tenores recibiendo el 2000 a toda garganta y para peor cantando juntos "Granada", los planes de venta especial 2000, los premios literarios de

novela 2000, el exclusivo modelo Honda 2000, el carnaval uruguayo 2000 y sus despedidas correspondientes, el horóscopo chino 2000 de Ludovica Esquirru con el monito de la suerte de obsequio, y los muertos 2000 que incordian al unánime ambiente festivo; sin olvidar los paneles electrónicos de cuenta regresiva, que infectaron la ciudad de insectos numéricos indicando meses, semanas, horas, días, segundos que faltaban para la medianoche fatídica. Era inevitable que alguna de las calamidades caería sobre Claudio y bien: en la calle Soriano esperaba el folleto de Honda, modelo insuperable concebido para la familia 2000.

Buena excusa para buscar la originalidad en la ciudad perdida; escapaba por las lecturas de revistas, hoy a ritmo sostenido en páginas del número doble de "Patmos", avanzando en la retrospectiva desacordándolo un par de horas del presente. En el número de agosto creyó advertir un entusiasmo distinto en la propuesta de la publicación, el conjunto estaba mitigado por la modestia del 1937 sin aura de año concluyente, aunque la suma de las cifras diera como resultado veinte y ello le dio mala espina. Claudio leía con placer al fresco de la BN distraído del mundo, del barullo de vendedores ambulantes sobre la principal avenida calcinados al sol del nuevo año, sin el entusiasmo negociador de la víspera navideña. Estar ahí era su manera de poblar el intervalo inmedible entre sabor del café matinal y toque final al logotipo Compañía Tabacalera, disfrutando la satisfacción de saberse el único humano con vida que



estaba hojeando ese número doble y preciso de "Patmos". Concentrado en esfuerzo de comunicación con gente fallecida, escritos que nunca supusieron un lector parecido a él y menos en tales circunstancias.

Montevideo, que ese día parecía vaciada de vida, puede que se haya trastocado en la puerta entreabierta hacia la muerte, pasiva empedrada donde el diálogo prohibido es posible. Evitando caer en el exceso de definir su actitud como gratuita y acaso reprobable –en todo caso innecesaria a la mecánica del momento- la experiencia de esa lectura en concreto era droga dulzona fumada de madrugada. Un intento de aproximación hacia seres confundidos con la nada, presencias intangibles infiltrando situaciones más miserables que sublimes en nuestra ciudad. Hechos desaparecidos de la memoria del otro universo hipotético no del montevideano; lo que presagiaba su existencia anterior era el enigma construyéndose mientras leía y la lectura era las voces. Claudio podía acercarse a la escritura de ellos –quienes fueron- escuchando la respiración del estilo, los movimientos en la redacción de "Patmos" discutiendo el número siguiente, lo inexplicable que desprenden pocos textos cuando están logrados. No lo sospechaba y había en su manera de leer una pizca de fatalidad espiritista decimonónica, suerte de preparación necesaria para lo que vendría cuando el otro mundo a la espera decidiera elegirlo, su mano predestinada hiciera el movimiento decisivo y la mirada que nunca sería la de

antes, se posara en la página 51. Un texto preciso, el número doble de la revista "Patmos", varios ejemplares encuadernados en un único volumen con apariencia de Enciclopedia Británica comunicaban tal fuerza que pareció incomprensible por signos de escritura, no aquello que los lectores atribuimos sino lo que emana. Es así que una idea peregrina, verso, poema, un relato logra en cierto instante transfigurarse en texto sagrado, lo sagrado escrito sin dios, más puro y terrible.

**En** la página 51 del número doble de "Patmos" hay un poema breve escondido entre textos densos con mayores pretensiones, un conjunto de versos que leídos por primera vez se parecen a otros cientos similares que pululan en las publicaciones periódicas. Cuando Claudio finalizó la lectura del poema con el interés habitual, algo se produce que logra afectarlo, los años acumulados de BN y el recorrido por revistas archivadas parecen haber acertado con su sentido oculto. Lo primero fue algo impreciso, traducido en la extraña imposición de leer el poema una segunda vez y más despacio, evitando la sensación de estar incurriendo en el error de reincidencia, asistir a la alteración de los sentidos, accidente ajeno al plan pautado para el día.

Exceptuando el olfato de frecuentador asiduo de imágenes y textos condenados a descartar la reedición, él carecía del aparato teórico apropiado para valorar la calidad de un poema. Esa falta aparente es menor, sin detenernos en cuestiones de métrica y ritmo, lo inquietante era el asunto que el poema insinuaba, nada enigmático y que podía enunciarse en términos sencillos. Refería la historia casual de un hombre que lee ese poema que le está destinado, en una biblioteca pública, en el futuro cuando el siglo haya quedado atrás, en una ciudad portuaria de la que apenas se dice que M es la letra inicial. En pocos minutos el poema se volvió un espejo mágico donde Claudio se reconoció, el poema lo colocaba del lado interno de la escritura, en un tiempo anterior a ese día de enero,

implicándolo porque lo observaba leyendo y de manera confusa de diagnosticar el poema lo hería. Alguien, en algún lugar del año 1937 escribió un instante de esta mañana suya de enero del dos mil y que comenzó deshaciendo ilusiones.

Lo aconsejable en tales situaciones de coincidencia es reaccionar como él lo hizo, levantándose antes de que el poema lo atrapara de manera definitiva Claudio se dirigió hasta los baños de lectores y sin perder la calma pero confundido, queriendo confirmar en los mensajes anónimos sobre muros y tabiques la persistencia del presente, se encerró en la cabina y orinó descifrando signos. En paredes pizarra autores libertinos anónimos y espontáneos prometían delicias varias con preferencia de proezas bucales; fechaban las proposiciones entre 1998 y 1995, que sería la última vez que pintaron el baño con fondos presupuestales. Separando invitaciones cronológicamente, Claudio lograba escapar de la ilusión de haber sido raptado hace un rato por el barco pirata Año 1937. Salió de la cabina acompañado del ruido de la cisterna, se lavó la cara en la pileta friccionando fuerte los párpados con agua fría, miró unos instantes en el espejo su perplejidad y le pareció que había dejado de afeitarse muchos días atrás.

Fuera del baño se paró junto al distribuidor automático de bebidas, seleccionó un café corto con azúcar y regresó al escritorio con los sentidos ordenados, dispuesto a enfrentar el poema como si nada hubiera sucedido hace

unos minutos. Era la primera vez que una lectura de esas antiguallas lograba desacomodarlo con tanta energía. "Si sigo así voy a volverme loco" pensó; fue el momento cuando, supongo, hacia el medio del estanque artificial impulsado por ninguna fuerza, tirando una barcaza fantasmagórica desde el velamen irrumpe la silueta del cisne negro emblema sublime de la aporía. Enfrentado a lo excepcional y reconocido de inmediato fue prudente moderar las reacciones, empezar por darle el crédito de credulidad que impone lo insólito y exige la casualidad. Insuficiente para explicar lo sucedido en términos coherentes, cuando la coincidencia revelada por segunda vez es que el lector futuro forma parte del poema leído.

El encuentro fortuito entre lector presentido y real, sujeto a una ínfima probabilidad en la aritmética del universo se había producido. Claudio creyó perder las facultades cuando en verdad estaba iniciando una etapa de perfeccionamiento. Leyó los versos una tercera vez y la circunstancia implicándolo era la misma. Integrado tan curioso suceso fue en la cuarta lectura que, sin pretender estar ante un Vallejo sin identificar en ediciones anotadas creyó que ahí había algo fuera de lo común; tanto que el poema adelantó cierto desencanto una vez pasada la sorpresa inicial. Lo excitante era la situación del reconocimiento y lo original del planteo visionario destilado por el poema resultaba degradado al final. Alguien que recurre al seudónimo "Orquídea Salvaje" incluso

admitiendo el clima espiritual y literario de aquellos años, merecería el destierro a la isla Martín García, infectada de litigios fronterizos con Argentina y conquistada por ratas enormes de doble nacionalidad. Era notorio que la distancia abierta entre poema y firma, por lo desconcertante de la asociación hacía inolvidable lo uno y lo otro. El desajuste resultante parecía una broma intencionada, gafe de tipógrafo con unos vinos de más en el estómago cuando armó el número doble de "Patmos" o un anarquista irresponsable que confundió el autor del poema y otra firma de carta chamuscada con lágrimas destinada al consultorio sentimental.

Hasta esa hemorragia sensiblera del cisne legado del reino del ónice, la diagramación de los primeros números de "Patmos" venía dando muestras de un cuidado minucioso lindando lo maniático. Al repasar el volumen doble, obviando la excepción que podía ser la causa del error del maestro impresor, el resto del material se atenía a la prolijidad de la idea inicial. Así descartada la explicación sencilla del fallo, podía deducirse que Orquídea Salvaje era bien la autora de "Puerta trasera", como ella había titulado el poema obsesivo que se incrustó en la vida de Claudio. Dejando por ahora de lado consecuencias ulteriores, lo interesante fueron las reacciones primeras; la inmediata que vino a su pensamiento lógica y coherente, fue interrogarse sobre la veracidad supuesta de la persona real oculta detrás de Orquídea Salvaje, nombre cursi y evasivo,

borroso como la lápida de una sepultura descuidada. Claudio se dijo que el juego de seudónimos sospechosos agrega un misterio adicional, que puede extraviarse en una cloaca de supuestos y es preferible algunas veces renunciar a dilucidar el tenor de la máscara. En otros asuntos literarios resulta más sencillo, es suficiente con leer las últimas páginas de una novela de intrigas para conocer los límites del género y el placer de la delación. Un enigma manifestado en el apodo Orquídea Salvaje está cargado de connotaciones melodramáticas y si por milagro consigue escapar de la cursilería quizá logre perdurar.

Detenido frente a la citada página 51 Claudio sonreía con el sarcasmo que pudo provocar el desacomodo, la evocación ridícula del nombre aplicado a un seudónimo poético que asoció sin esfuerzo a concursos florales entre gacelas saltarinas, crepúsculos esplendorosos con rayos ultravioleta y pastores perfumados a la lavanda. Recurso melancólico por evocar la conciencia seducida y abandonada de muchachas enamoradas, ilusionadas por ser elegidas de Polimnia, poseídas por la tarea sagrada de alcanzar lo inefable con un tintero de cristal en forma de pájaro y su pluma correspondiente. Sonreía, pero le fastidiaba estar en situación incómoda que ponía a prueba sus flaquezas melodramáticas y no por lo relativo a la irrupción del misterio. Después de años en la tarea de construirse como lector de un paisaje distante al suyo, seductor hasta el desmayo cuando se lo conocía y olvidado

por indiferencia, el azar lo encontró con los mote más estafalarios ocultando vergüenzas de todo tipo, denunciando aspiraciones de gloria inalcanzable por desmesuradas. Muchos de esos disfraces de palabras fueron tomados a broma, Claudio reconocía la psicología de quienes andan escondiéndose de la vox populi por razones insondables, él mismo fue a citas de amor a ciegas disimulado al amparo de denominaciones que prefiere olvidar. Otros enigmas similares implicando alias de cursilería desbordante habían sido rápidamente olvidados.

Lo que aquí lograba desacomodarlo era el tema del poema implicándolo: el lector, él en la ocasión formaba parte de la revelación retenida de un texto. No todos los lectores. Unos pocos, tal vez fuera suficiente con uno solo, acaso con la lectura casual y perpendicular en el comienzo del año dos mil, lectura tan esperada por alguien que decidió nombrarse Orquídea Salvaje en la primera cita. La flecha lanzada hacía más de sesenta años daba en el blanco. Admitida: la fuerza asociada de triangulación resultante entre poema, seudónimo y un lector Claudio; aceptando: que se trata de una curiosidad con triple desafío, parecía prudente en principio averiguar quién se escondía tras la astucia botánica. Era preferible a especular sobre si la vida anónima rondando fue el rapto poético, apenas, de una muchacha sobrepasada en su inspiración por el sofoco del año 1937. Tenía que suceder precisamente



hoy, cuando él debía rejuvenecer el logotipo clásico de la Compañía Tabacalera.

A pesar del digamos accidente de lectura, Claudio se propuso seguir el orden programado unas horas atrás, suponía estar en condiciones de olvidar el incidente del poema y lo hubiera logrado de haber respetado sus rutinas. Rompiendo el hechizo acumulado de repetición cometió un error que luego, durante muchos meses se mostró irreparable. Hizo lo que nunca antes, abrió la carterita, sacó una libreta de apuntes llena de signos de su oficio y copió el poema. El reino de revistas archivadas venía de tenderle la primera y decisiva trampa después de años de convivencia cordial sin desavenencias. Con ello creyó sellar la promesa de nunca más volver a la página 51 del número doble de "Patmos" 6/7 de agosto de 1937 y quedó atado a lo escrito sólo para él por Orquídea Salvaje mucho antes, cuando sus padres ni siquiera habían nacido.

Hace apenas unos instantes era cerca de mediodía en la sala de lectura de la BN, desde que cerró la puerta de su casa Claudio fue cumpliendo el plan del día, puso cuidado en controlar de forma estricta el horario, respetando la costumbre de pararse frente a las mismas vidrieras y zaguanes que dan a patios encantados, llegar sin distracciones ni otra escala de la BN a la oficina donde lo aguardaban novedades. Pero hubo esa página 51. Enero es un mes flojo para el trabajo, sólo hay encargos urgentes que la ley del mercado los hace pagar muy bien. Estaba

ansioso igual por el efecto homeopático de regresar a sus objetos cotidianos, deseando que un golpe de fortuna profesional lo distrajera del sacudón ocasionado por la lectura del poema de la página 51.

Pensó entonces en llamarlo a Aquel una segunda vez restándole importancia a los rencores matinales, apenas para decirle que lo extrañaba sin por ello forzar el diálogo, acaso proponerle almorzar juntos; pero luego de la emoción vivida en los roquedales de "Patmos" era aconsejable evitar sutilezas y comer solo. Claro que anoche apenas el té y hoy una tostada, puede que la caminata, pero la incidencia en su metabolismo de la sesión de lectura hizo que lo asaltara lo que la gente llama angustia oral. Un apetito intenso en desacuerdo con su disciplina de dieta verde, con tales ruidos estomacales que una comida vegetariana le caería mal. Decidió masticar y entonces marchó hacia la confitería Del León en la calle Andes, cerca del estudio y del cabaret donde se prodiga Flor de Maracaibo, permaneciendo en la zona magnética de la ciudad que lo hace feliz. Cambiaría de ambiente y sabores, estaba harto de la monotonía de sándwiches calientes, húngaras envueltas en panceta y milanesas en dos panes deglutidas de apuro en La Pasiva. En la confitería Del León en cuya vidriera está reproducido el león alado veneciano, cada tanto un cocinero quiebra la rutina y prepara platos para comensales sin prisa, adecuados a un tiempo melancólico clausurado de la ciudad olvidada donde vivían muchachas como Orquídea Salvaje.

Por lo general el menú propone una ensalada Waldorf con trozos de apio bien cortadito, crema fresca y nueces de Grenoble, con suerte se puede disfrutar un carré de cerdo empapado en salsa oscura y espesa de ciruelas enteras, acompañado con papitas redondas.

Hay poca gente almorzando en la confitería Del León, si bien es inconcebible en otro lado mejor armonía entre señales solares, la luz atenuada recortando perfiles de las mesas y clientes sentados a buena distancia unos de los otros. La ciudad ruidosa que mueve las finanzas y el comercio se desplazó en masa a los balnearios; aquí en M 2000 enero es sagrado, los empleados preparan asaditos y raviolos a lo largo de la costa mientras los patrones conspiran en chalets fastuosos, obsesionados por ganar puntos del mercado antes que comience el otoño que viene; original versión de la lucha de clases, se perpetúa el modelo envidiado de nuestra felicidad colectiva y que nadie se atreva ni tan siquiera a cuestionarlo. Pero no hay caso, cuando Claudio entra en la confitería más que sentirse decepcionado fue sorprendido por la melancolía reinante. Viendo el salón semivacío a pesar de la deliciosa propuesta del día, observando la camarera que preserva cierta frescura campesina perdida por muchachas nocturnas, se puede predecir estar viviendo el último verano de la confitería Del León.

Era aquí donde Claudio venía a tomar el té con muchachos insaciables, tormentosos tiempos de Claudio

Pigmalión cuando hasta era testigo de casamientos por Iglesia de los destinatarios de su interesada educación sentimental; para luego creerse la verdad de la ceremonia con el novio sonriente, que parado cerca del altar espera a una teñida preñada avanzando blanca y radiante, mientras se escucha sustituyendo armonías del órgano tradicional la melopeya de « We are the champions», horror de sincretismo que puso en crisis la vocación espiritual de más de un salesiano. Secuelas de algunos té de acercamiento a la intimidad de ellos, Claudio llegó al colmo de la farsa y fue padrino de bautizo de recién nacidos de apuro, cuando era tarde para el aborto, en parroquias condescendientes de la carne débil allá por el barrio de la Unión y sin puertas de Ghiberti. En las reuniones que seguían a la ceremonia su antigua locura casual lo presentaba como querido amigo de la infancia o antiguo compañerito de escuela sin entrar en detalles. Claudio reconocía que las fiestas posteriores a las ceremonias perdonando el pecado original, inventando un cristiano en la urgencia se volvían interesante mina de recambio. Cierta vez heredó un hermano menor, el caradura se presentó suelto de cuerpo diciendo “mi hermano me habló de vos y tenía ganas de conocerte”.

Claudio tenía miedo, el cierre de la confitería Del León sería una catástrofe para el alma sensible de la ciudad y de consecuencias imprevisibles. A nuestra escala sacudón superior al sucedido años atrás con la caída del muro de Berlín; con aires de Pink Floyd y solos de Rostropovich

aquello al menos unió a las dos Alemanias, como están juntitos los féretros de Goethe y Schiller en el parque de Weimar. La clausura del local de la calle Andes, su eliminación de la memoria montevideana, bajaría la cortina fundida del metal del olvido entre dos tiempos en la ciudad que nunca volverán a conciliarse. Teme por las dos partes de su vida que quedarían de uno y otro lado. ¿Qué flecha certera matará el león alado que voló hasta nosotros lanzada desde el puente de los suspiros ? ¿Qué será de la vida a venir sin el gusto de la ensalada Waldorf con nueces de Grenoble ? ¿Qué será la noche sin la venezolana misteriosa que llegó a la calle con nombre de cordillera ?

Así de intenso venía el día, primero encuentro con Orquídea Salvaje luego almuerzo solitario premonitorio del desastre de clausura. Las perspectivas del marketing para atacar con eficacia el logotipo de Tabacalera y el folleto auto japonés eran inquietantes con fundamento. Cuando llegó al estudio la única novedad digna de señalar era que el día repetiría los días anteriores, sin la llaga de malas noticia y eso ya era mucho.

Se saludaron con Rita.

-Hay café recién hecho y agua fresca, le dijo ella. Ninguna comunicación, agregó, lo que era su manera de decir que Aquel no había llamado.

Con la taza de ese café recién hecho Claudio marchó al rincón de trabajo dispuesto a seleccionar instrumental para la tarea impostergable; buscando que la distracción esa

durara, él maniobró despacio entre marcadores Pilot de colores y los últimos modelos Graf Von Faber-Castell.

**Las** horas de concentración sobre la plancha gráfica y los ensayos tirados a la papelera quedaron atrás, ya dieron las doce campanadas de medianoche y dos bocetos están finalizados. En cuanto a la marca fetiche de Tabacalera hay tres variantes de modernización del logotipo que lo dejaron conforme, el desplegable podía ser discutido en su concepción cromática pero la marca está repetida y presente de forma exagerada, lo que deja satisfecho el ego marketinero del cliente. El momento de argumentar con los responsables sería mañana, en ambos casos se trata de gerentes, cuadros empresariales como les gusta definirse, lo que incomoda por su tendencia a creerse obligados a dar su opinión sobre la creatividad y pensarse dueños de la plata invertida. Claudio les conoce las mañas, sabe que pasada una hora de divagaciones estúpidas sobre lo otro eventual que siempre pudo ser explorado, sus propuestas serán aceptadas. La semana económica estaba cumplida, faltaban tres trabajos pequeños para cubrir el presupuesto de gastos fijos de enero, nada que distraiga demasiado la cabeza, así que puede disponer del tiempo para cuestiones serias; tal como viene de cargado el ambiente sentimental es preferible dosificar los deseos.

La noche ya es mañana aunque lo disimule, a esa hora resulta agria la soledad negociada de mala manera hoy mismo por teléfono, hace una eternidad. Aquel fue claro al informar que tenía compromisos impostergables, más al negarse a entrar en detalles y en horas negras por calientes

del enero subtropical se sabe lo que ello significa. Los amigos están desprevenidos de su desenganche nocturno, era hora impropia para caer de sopetón en casa de los pocos conocidos que quedaron en Montevideo. Claudio andaba con ganas de quedarse deambulando por el centro hasta más tarde y luego regresar directo a la calle Muñoz, sin otro plan que dormir solo a pata suelta.

Rara madrugada, ni el último desnudo de Flor de Maracaibo como ella impone ser llamada, negándose a confidenciar su verdadero nombre a clientes rendidos en la barra del bar bebiendo gin tonic con Beafeeter, podría sacarlo de la variante de desánimo que Claudio detesta padecer. Dejando de lado a la mulata que es caso excepcional, en esta incursión forzada él vería en las chicas a go go la grotesca reencarnación de otras muchachas intangibles. El gusto por lo insólito, puede que el rechazo de la coincidencia, hizo que Claudio evocara ante Peralta una relación infundamentada entre súbita fascinación epidérmica por la mulata venezolana y el mensaje crítico de Orquídea Salvaje. Las dos mujeres –dijo- deberían tener algo en común que se concentró las últimas horas de aquel día en su persona, enigmas sincrónicos en su distanciamiento insinuando una verdad superior que él no alcanzaba a conciliar. Prefirió cerrar la noche yendo a empinar algo liviano manteniendo control sobre la bebida; se reconoce en una mala noche paranoica, si ataca unas copas de más por revancha contra nada en especial, sabe



que le vendrían ganas de levantar lo primero que salga en la calle y para esa improvisación tiene hoy un feo presentimiento.

La madrugada montevideana impregnada con perfumes de orquídeas salvajes y flores de Maracaibo, traídos por el mismo viento que cruza el continente de norte a sur abusa la calma de saberse fuera de vigilancia. Noche contenta por la calidad del día legado y tranquila por la equidistancia móvil de la aurora que se adivina llegando. El conjunto urbano sería bastante similar a lo evocado en relación a la mañana, pero sin luz y color negro noche destinado a perder la pureza, agrisarse en un momento preciso y que nunca es el mismo. El centro de la ciudad tiene recortes miserables de Lima la horrible al bordear las autorruas fantasmales que llevan al progreso. Luces de neón dispuestas de forma vertical alumbran signos emulando Saigón ocupada, enfrentados al río como mar grandes edificios le dan a la costa un aire de Miami para jubilados. La ciudad apenas se mueve acompasando la respiración de un saurio moribundo.

Quienes tenían que llegar al centro por cuestiones de trabajo ya lo hicieron y ganaron sus refugios sin perder un minuto, los que ahora recorren las calles están para quedarse sueltos de la deriva del universo en fuga. Los ruidos viajan por el aire con amagos de tormenta poco convincentes, de imponerse un silencio pactado hasta ser unánime y las puertas permanecieran entreabiertas, los

encendedores dejaran de quemar cigarrillos en camas compartidas y en los bares se cerraran de golpe las canillas cerveceras, seguro que se oiría el rumor de las olas del río rompiendo contra murallones de allá por el barrio Sur. El ruido montaría en escuadrilla por calles paralelas a Ejido, la subida de Río Negro, a contramano por Paraguay; por el repecho de Andes la predestinada, donde a esta hora se desnuda negando la prisa el misterio llamado Flor de Maracaibo. Eso pasaría si la ciudad nuestra, en improbable acto de contrición, pudiera lavarse el hollín persistente de la quema del año que recién empieza. La disciplina interior que Claudio preservó a lo largo del día se derrite en esos instantes, la noche termina imponiendo su versión exhibiendo pezones de sirenas murmurando en esquinas relatos de perdición.

Claudio resiente la acumulación de los sucedidos desde que se despertó, desiste de planes alternativos, capitula ante fuerzas mejor pertrechadas para el combate nocturno, acepta vivir en el lugar denominado aquí y es un ciudadano a su pesar del sitio donde está. Busca la hospitalidad del bar Hispano y entra por la puerta que da a San José, recostado al mostrador pide un sándwich de miga sin manteca y se atreve a un vaso de cerveza de barril, desde allí contempla el panorama de la clientela por la vieja costumbre de haber sido presa y cazador. En el deambular cruza miradas neutras de locos resignados y miradas viejas irremediabilmente quemadas, otras acaso interesantes si

se insiste hasta que los ojos dialoguen a lo lejos. Retrocede del puesto de asedio, obedeciendo a la orden secreta de una profesora de gramática invisible, él saca de la carterita la libreta donde copió el poema esa mañana. Sin darle al gesto excesiva importancia comienza a leer verificando si el cambio drástico de decorado, que opone la sala en silencio de la BN al Hispano y su fauna de madrugada afecta en algo la memoria de lo leído.

La coincidencia de la mañana entre asunto del poema y situación de lectura debió haber quedado atrás adherida al pasado. Aquello sucedió a las 11h.07 exactamente, Claudio anotó la hora demostrando así una antiteoría de lo dado por cierto: dos líneas paralelas terminan por unirse en un punto del infinito y lo mismo puede suceder con las historias divergentes de dos mujeres. El día transcurrido demostró que una vez dejado atrás el infinito las líneas interceptadas por el consabido axioma se separan de nuevo, con ambas mujeres Claudio disponía apenas del tiempo fugaz de una coincidencia y que datos recientes acumulados hacía suponer irrepetible. Había a esa hora en el Hispano recostado al otro extremo del mostrador, tomando café enfriado o haciendo que un joven pretendiendo pasar por dubitativo, con aspecto de ángel tenebroso, deseoso de perderse en deseos hablados por el cuerpo, demasiado delgado para hacer primar el hambre a la coquetería. Claudio conoce la canción, lo desolador en tales casos es que pasada la poca creíble versión de la sorpresa

agradable, asociada a lo desconocido, sabía los diálogos posteriores por adelantado y manidas secuelas si decidía acercarse al desconocido. Esa noche por lo agitado y diferente de la jornada vivida el gusto por la novedad era sed menos acuciante y controlable; apenas probó una cerveza, bien poco para abandonarse a la justificación tomando a la bebida por coartada. La locura probable se plegó al tedio, al temor a caer en la redundancia que a veces deparan los encuentros casuales.

La relectura del poema copiado logró debilitar su espíritu revanchista que tenía en Aquel su único objetivo, Claudio deseaba darse esta noche la oportunidad de reaccionar movido por otras emociones menos miserables, olvidando por una hora el rencor corrosivo del despecho. Yo podría haber imaginado para el día Orquídea un final con Claudio y muchacho besándose en un hotel de paso, hubiera desentonado casi tanto como la idea del incendio de la BN esta misma mañana. Significaba contrariar el ánimo aproximado de Claudio, llevarlo a contracorriente de lo que en verdad sucedía entre lectura nocturna y sueño. El silencio quiere sustituir las descripciones de dos cuerpos tirados en la cama metidos en un cuarto de hotel; hacerlo eso de abordar al muchacho flaco esperando hombres desconocidos apoyado en el mostrador del bar Hispano, disiparía el sentido de cierta continuidad que se inició hoy un poco antes de que el despertador sonara que eran las 8h.05. Su presencia y recuerdo se justifica por la misteriosa

floración de la orquídea salvaje a las 11h.07 trayendo a la agenda de Claudio la variante de una historia creciendo inexorable. ¿Un destino? Ese minuto inició en su vida una serie de episodios que tienen un perfume inconfundible, único como la piel de quien se hace llamar Flor de Maracaibo, que cuando baila y se desnuda sobre el escenario de la calle Andes, provoca esplendores de mango partido al medio a golpe de machete, heridas redondas de ananá escindido en rodajas, enormes cucharadas desbordantes de pulpa alcohólica macerada de papayas maduras. ¿Y si la crónica sensual de la poesía fuera condicionada por eventos pasados ?

Una cita de apariencia casual con una muerta y un poema copiado por instinto impidieron que reventara en Claudio –justo hoy que Aquel se ausentó del circuito- la llaga de la soledad impuesta. Retardó el regreso a su casa por pensar en el poema y descartó al muchacho, su cuerpo hubiera interrumpido la meditación en marcha volviéndose escollo en el avance hacia la primera noche con la desconocida. Sin él saberlo, a esa hora Claudio era cruce y equidistancia de dos historias proyectadas por distintas energías con vocación de confluencia. El vértice de la muchacha de una Montevideo que fue y había otra Maracaibo distante que él desconocía. Viene al caso el cruce porque le comentó a Peralta que fue así que siguió su historia con Orquídea Salvaje.

Para un espíritu como el suyo descreído de todo y rondando el nihilismo absoluto, al escuchar Peralta que Claudio creía en algo dejó de buscarle una justificación coherente a sus actos posteriores y decidió aceptarle la versión, darla por verdadera. Recordaba otra charla lejana, donde citó al poeta irlandés que propuso que era en los sueños donde comienzan las responsabilidades.

-Puede que su irlandés estuviera en lo cierto, comentó Claudio. Admitiendo nuestra ignorancia sobre una y otra categoría, digo sueño y realidad, podemos detenernos en la primera componente de tan excitante unidad. Se la puede considerar un territorio simbólico con problemas de transmisión de información. El tibio acercamiento comienza y estamos ya cotejados a un sinnúmero de complicaciones. El sueño y lo soñado demuestran lo insoportable de la vigilia, lo insensato de apostar la vida al ridículo argumento de estar despierto. Peralta: si lo mezquino que nos rodea a lo largo del día tuviera al menos una pátina de perfección, no habría necesidad de reposarnos sabiendo que nos visitarán asociaciones rechazadas. El cuerpo, el mío, incluso el suyo debería inventar otra forma de descanso. Sin necesidad del viaje terrible y cotidiano a escenas sucedidas en la infancia. Puede que fuera suficiente dos horas de sueño profundo sin la interferencia de escenas que retornan, habría más tiempo para otras vivencias de las que se disfrutaban a plena conciencia. El sueño aficiona peligrosamente a la idea de una nada anterior a la

existencia, adelanta un tuteo con la muerte. Es así Eliseo, los antiguos sostenían que el sueño está poblado de misterios y sería error dejarlo de lado sin prestarle la debida atención. Hablamos sin parar de temas intrascendentes y hasta jugamos con la inmortalidad, nosotros mismos sin ir más lejos. Nuestro tema exclusivo, digamos que el segundo en importancia después del libro de nuestra amiga, debería ser la indagación del sueño, las variaciones sobre la constancia. ¿No le parece ?

-Puede, dijo Peralta.

Lo viví en carne propia, narrar los sueños con precisión es complicado y se opta por una secuencia bastante aceptada. Tentar ensayos de reconstitución donde la memoria busca foco hasta verificar que se recuerda lo soñado con claridad. Luego incitar una evocación por imágenes captando detalles de apariencia irrelevante, después disponer hechos evocados por orden cronológico, aunque los primeros resultados sean confusos, posteriormente procurar dirigirse hacia códigos simbólicos respetando la regla de que todo quiere decir algo distinto; finalmente, cotejar si la interpretación precedente, puede que arbitraria, se corresponde con el horizonte visible de quien sueña.

La calidad de la secuencia de los sueños de Claudio se resolvió de manera diferente pues todo orden provoca sus propias consecuencias. Los sueños de Claudio según sostenía Peralta, resultaron de espesor pre freudiano e

inclinados a las intuiciones incontroladas de pitonisas arcaicas. Luego de una primera aproximación sus sueños se despojaban de la recurrida clave asociada a la sexualidad; por otra parte, parecía evidente que en ese dominio Claudio era representativo de los clásicos del género, a tal punto que perdían interés. Sus visiones nocturnas estaban impregnadas de elementos de enunciación, como siendo ejecutor de órdenes contradictorias emanadas de la autoridad superior inidentificable. Las visiones tenían preanuncio de informaciones sobre hechos que sucederían pronto e inexorablemente, eran persistencia de mecanismos mentales inapropiados para el presente. Error en la disposición de hechos y comprometiéndolo en su forma de proyección fantástica que Peralta calificó de malsana.

Lo cierto fue que desde el día premonitorio de la lectura del poema comenzó a filtrarse en sus sueños un efecto exterior, factor ajeno al sistema de vida que poco a poco lo condicionó e induciéndolo a organizar otro tramado de sus horas de vigilia. Algo que hasta leer la página 51 del número doble de "Patmos", permaneció oculto aguardando su noche para manifestarse y que fluyera el tiempo requerido por el duelo. Los sueños de Claudio ajustaban errores de lecturas pasadas e indicaban pistas de su vida futura, eran falsos oráculos y enigmáticas profecías; puede que dieran sentido a las incoherencias que acometió estando despierto.



-Lo que sucede es que ellos están en usted, metidos en su cabeza, argumentó Peralta. Cinco años lee que te lee, nombres, fiestas, revistas, bodas, defunciones, duelos y quebrantos de la salud hasta que al final ellos están en usted. Un día, sin avisarle, se decidieron a conversar.

-Puede ser correcto su razonamiento, dijo Claudio, sin olvidar que todo comenzó del lado de la carne que tiente, después que llegó a la ciudad la caribeña originaria de Maracaibo.

**Dos** historias paralelas que logran yuxtaponerse siempre y cuando una de ellas esté predestinada a desviarse del trazado original, probando que la geometría del relato –al menos nuestro relato- está regido por postulados indemostrables, puede que falsos; así, para una memoria relegada llegó el tiempo de manifestarse, solicitar una hora de escucha asumiendo el derecho a cotejarse con el presente, queriendo argumentar que aquel olvido, si bien comprensible fue asimismo un error justificado. Puede que fue por ello, entre razones menos elegantes que Aquel –de quien Claudio prefería omitir el nombre cuando hablaba con Peralta- decidió declinar el encuentro previsto para la noche que ahora podemos llamar la noche del poema. Fueron otras circunstancias las que hicieron que Claudio eligiera la soledad, las mismas que aconsejaron la salida del bar Hispano, refractario al muchacho de mirada intensa, que permaneció aguardando en el mostrador a que Claudio le pidiera fuego, le preguntara si le interesaba ser modelo para una campaña publicitaria de jeans, si podía invitarlo con una copa en otro lado más tranquilo. Esa noche del poema y hasta el final él debía avanzar sin compañía.

El agobio anunciado del año dos mil se advertía en la manera lerda de transcurrir el día, el temido vértigo de catástrofes pronosticadas para la primeras semanas jamás llegó a concretarse y se soportaba mal que bien el paso de cada hora señalada. Sería un año interminable, llegar a mañana parecía una empresa desmesurada por imposible

y el noviembre que viene otro objetivo inalcanzable. La noche montevideana esa parecía guardar en su caja negra la memoria calcada de otra noche similar ocurrida un siglo atrás. Mirando el cielo, dijo Claudio y contó Peralta, se entendía la fascinación que tiene lo inmutable, la verdad resultante al considerar la ilusión del transcurso del tiempo. Una estrella fugaz disipa la angustia de perennidad, distiende la obligación mecánica de la física cuántica; el desgaste de la aguja minuterero se percibe a ras del suelo, donde Claudio mira lo que se considera la otra cara de la moneda y es parte de la vida: observando el interior de umbrales afectados al comercio, la brevedad de zaguanes oscuros de casonas abandonadas se descubren cuerpos dormitando, tapados a la manera cubista por cartones de equipos de informática.

Lo fastidia el olor a encerrona, de mañana cachetazo sensiblero de poesía y ahora inapropiado ataque de solidaridad social. En una noche así tan perfecta allá arriba, si pudieran relegarse las penas del amor contrariado por despecho, sería concebible la dicha de olvidar lo nefasto adjudicado al año que se vive. Es una suerte que los almanaques recuerden días laborales olvidando las noches, la caminata de regreso hasta la calle Muñoz, a pesar de los cuerpos tirados en la vereda le sienta bien y se consuela pensando que estamos en verano. Es tarde para telefonar al desamorado ausente con aviso, una iniciativa de su parte llamándolo a hora avanzada podría ser interpretada como

arranque de desconfianza y crepúsculo tormentoso de celos exagerados; decidió dejarlo para mañana.

Claudio está fatigado, con ganas de dejarse caer en la cama de una buena vez, la planificación del día siguiente se anuncia complicada para la pareja si logra remontar primero y en paz la pendiente minada de reproches. De ser correcto lo anotado en la agenda mañana pensaban ir al cine, a la función de las veinte a ver la última película de Won Kar-Wai y luego disfrutar de una bonita cena si hay reconciliación o atragantada si alguno recomienza las ironías hirientes, en los boliches nuevos que abrieron en Pocitos. Estaba dispuesto a intentar los malabarismos que fueran necesarios para mantener la relación, que el romance accidentado continúe al menos hasta entrado el otoño. Con alcanzar la crueldad de abril se daría por satisfecho, tiempo suficiente para que el vínculo deje de ser caricatura entre adultos en que estaba degenerando; en este año y a su edad soportaría mal una ruptura carente de distinción, salpicada de escándalo mientras dura el largo y cálido verano.

Es la primera noche de enero que de vuelta a su casa encuentra vecinos instalados en la vereda, conversando en voz baja, disfrutando la brisa que viene del río, combatiendo el agobio nocturno con abanicos y bebidas gaseosas con hielo. Hay grupos de amigos charlando rodeando las mesas de bares instaladas en la calle, por ahí deberá andar puteando una luna enorme llena a más no

poder. La noche del regreso está iluminada con un telón de fondo evocando un desierto, esa parte de la ciudad parece un decorado para representar "Aída" al aire libre, con la puesta en escena que cambió oasis egipcios por boliches montevideano. En su marcha escasamente triunfal Claudio escucha el audio de televisores encendidos en dormitorios que dan a la calle, identifica la voz de Julia Moller despidiendo la noche y anunciando la programación de Canal 4 para las próximas veinticuatro horas; admite que acomodarse a esa ambientación, normalmente significa que su mente aflojó la resistencia empecinada al presente, la memoria abrió la trampa secreta de su sótano preparándolo para los sueños.

Absolut, Absolut, Absolut... es lo ideal para negociar una madrugada de tales características, disputándose su pensamiento entre secuelas del amor herido y la paz interior, un buen trago de vodka helada bebido en la cocina sin prisa y en calzoncillos luego de haber dejado tirada la ropa en el living. La radio acompaña y parece adecuarse al humor de desesperación, los programas nocturnos están destinados a taxistas que lavan los coches cerca de alguna parrillada, a insomnes por causa de la locura tibia que los mantiene despiertos y otros humanos difíciles de clasificar. Integrantes de Patria, Familia y Tradición, estudiantes de medicina, mormones que vienen trayendo en dúo la verdad desde Lago Salado, lectores rezagados de Van Daniken en ediciones de bolsillo, fanáticos que explican el origen del

mundo con naves espaciales y su final por el triángulo de las Bermudas, los que planifican por centésima vez un crimen sórdido. En algunas audiciones la gente llama a los presentadores en directo y cuenta sin vergüenza historias íntimas, argumentos de vidas que valen más que las películas estrenadas durante el último semestre, situaciones tan estafalarias y dolorosas que Claudio se receta de inmediato otro vaso sin medida de Absolut.

Las emisiones matinales loan la condición cosmopolita, poniendo al mundo en nuestras manos y anuncian el camino del rutilante milenio, haciéndonos sentir ciudadanos planetarios a tiempo completo; las nocturnas y con golpe de hechicería restituyen las ondas a la frecuencia medieval. Mientras Claudio bebe sorbitos de vodka helada con el espíritu un tantín desesperado, las oscilaciones bursátiles de New York oídas por la mañana son borradas por la irracionalidad inconcebible que recuerda los últimos días de Canudos. Los corresponsales nocturnos asignados a entrevistar las almas incrédulas en las puertas de la muerte, emiten testimonios a viva voz de curaciones milagrosas que erradican del cuerpo supliciado tumores malignos y leucemias terminales. ¿Cuál será la puerta en la Montevideo nocturna que reproduce la puerta del infierno ? Esa miseria de la noche profunda hecha palabra es peaje para otros ciudadanos inmunes, que en pocas horas creerán despertar en el mejor de los mundos posibles, cuando estos súcubos que circulan en la noche regresen a

su madriguera. Claudio bebe. Los cronistas noctámbulos se pasean por las casas de citas de la ciudad, casinos municipales y timbas clandestinas, por patios de comisarías en penumbras donde fumando esperan putas cazadas por la razzia, corredores de hospitales públicos donde fuman cuervos aguardando la extremaunción de agonizantes antes de salir disparados a golpear ventanas con insistencia, llevando la triste noticia a los deudos y proponiendo féretros en oferta. Son distintos los predicadores que tienen la palabra dando información de otra ciudad, distintos a purgatorios al alcance de la plegaria gritando en tierra. Eso aparece la única verdad, el resto es complot de racionalistas que olvidaron la vida de los pobres y su derecho a morir creyendo en la resurrección. Escucha la radio y bebe Absolut repitiéndose que hay un error, que él debería estar cerca del círculo mágico donde se desnuda Flor de Maracaibo. Es ese su verdadero sitio en el mundo.

El domingo irá a casa de la madre, le llevará una bandeja de pasteles de crema y se quedará a almorzar. Lo decidió cuando un pastor arengando con marcado acento brasileño, incitado por rezos gritados de acólitos y la aceptación de una platea posesa del Señor bajo LSD adulterado, ingerido con tragos largos de caña pura, estridencias dignas del cruce de la laguna Estigia y que alejan del portal de Ghiberti, viene de sanar en tres días la misma enfermedad que hace un año tiene a su madre postrada en la cama. Lo que no pudieron los cerebros catedráticos de la ciudad,

máquinas del Sindicato Médico ni consultas con especialistas de renombre internacional lo pudo el pastor Méndez con ayuda de su Dios particular y el sostén de varios asistentes. El secreto de la curación fue una pócima hecha de fe, la consecuencia terapéutica del diezmo, oraciones gritadas a una divinidad con problemas de sordera y el oportuno silencio de Roma. La ciencia o la secta está mintiendo sobre asuntos graves; si es así habría que matarlos, al menos meterlos presos hasta que se pudran.

Claudio apagó la radio cuando finalizó, con euforia colectiva apropiada a un coro mixto de "El Mesías", el exorcismo público de una vecina cincuentona de la calle Descartes, que brindó testimonio alucinante para convencer a corazones incrédulos. La desgraciada vivió durante años habitada por un demonio maligno de orígenes mesopotámicos, de la misma región que la criatura repugnante de "El exorcista", y halló esa noche su justiciero implacable, el hombre de fe insobornable que lo regresó al Averno sin escalas. ¡Gloria hermanos, todos de rodillas, demos gracias al señor! ¡Aleluya por un alma salvada! Se levanta a lavarse los dientes contrarrestando el gusto a clorofila que deja en la boca sabor a pasto recién cortado y lleva un vaso de vodka al dormitorio, se quita el calzoncillo y palpa la barriga indagando si los centímetros de más retroceden. Enciende otro cigarrillo, bebe y lee al azar la última historia de Manara que le compró al flaco Mañosa la semana pasada. Siente que se duerme, pensando en



formas caprichosas de orquídeas salvajes tocadas por el sol  
y clavelitos perfumados que habrá en los parques  
exuberantes de Maracaibo.

Han de ser las dos de la mañana.

**Sabemos** que un sueño dura poquísimos segundos y acaso, pero es absurdo medir ese sueño irreductible a toda equivalencia, se trata de fragmentos suficientes para insinuar una historia cuya continuidad está supeditada a cierta disposición de escenas, que conducen al soñador hacia la perplejidad. Me consta que existen complejas teorías relativas al mecanismo fisiológico que hace posible el sueño y otras tantas sobre lo magro y mágico que le sucede: recuerdo incompleto y fragmentado al despertar insinuando algo vertebral de la vida apenas entrevisto. Si alguna de tales teorías se justifica es para asignarle otro sentido al precipitado de imágenes resultante, por esa razón los sueños de Claudio parecían de antes. Peralta estaba convencido y lo probaba evocando sus propios sueños: visiones que podían haber pasado hacia el atardecer, en las fronteras del reino inexistente, poco después que lleguen los viajeros de Cipango con noticias increíbles, al cambiar la suerte en la batalla entre hermanos que se odian prevista para el amanecer y algo milagroso que sucederá en las horas que vienen. Por detrás de esos cuadros y apariencias de telones pintados, estaba presionando sobre Claudio la voluntad circular de lo que Oriana había sido. Peralta dijo que los sueños de Claudio, siendo preciso el relato que Claudio hacía de sus sueños, estaba más próximo a la premonición oracular antigua que de los temores infantiles que resultan un lugar común.

Es difícil determinar el momento exacto cuando, en la historia que me cuento, se articula la segunda coincidencia interesante y se agrega a la escena de lectura en la BN. Sería indelicado apelar a la arbitrariedad del recuerdo para aceptar lo sucedido y demasiado simple creer en un azar absoluto, como resultaría perjudicial en la intriga suponer la vocación del destino justificando el encuentro entre ellos dos. "Digamos que es posible dentro de mi propio recuerdo que alguien como usted escucha y desconfía de mi memoria, de la sinceridad de Claudio mientras fuimos amigos, de la verdad premonitoria de los sueños de alguien que se marchó de aquí de un día para otro, de un libro para otro, de un cuerpo para otro a buscar forma y perfume de otro secreto, en las noches de Maracaibo" dijo Peralta. Tenía razón al principio pero yo desconfié y también por eso escribo. La clave de lo sucedido debe estar en algo de lo narrado con anterioridad y que yo, más preocupado por la escritura, pasé por alto; antes, atrás, en uno de los fogonazos evocados sin poner atención al sentido oculto.

Claudio es una de las historias cruzadas y la noche de la vodka Absolut soñó un fragmento relacionado al episodio de la BN terminado con la copia del poema. Lo curioso del hecho decisivo, la menudencia supuesta en la expresión "copiar el poema en la libretita" puede explicar la singularidad llegada a la mente de Claudio durante las horas de reposo. Tal vez esas compensaciones nocturnas deberían estar dedicadas al amigo ausente y que se hizo el

interesante por teléfono de mañana temprano. Creí entender que lo soñado tampoco fue una suerte de fresco monumental al estilo Tiépolo, mostrando en su habitación de la calle Muñoz una visión de la creación; se trató de una modesta dosificación, flash de imágenes montadas a gran velocidad, secuencia Polaroid del alma como en películas de antes, cuando se quería mostrar que el protagonista recuperaba la memoria después de varios años de amnesia.

Haber soñado con invernaderos dedicados al cultivo de orquídeas era una grosera sustitución dentro del sueño, desplazando otra escena donde él mataba con saña a un desconocido que al final resultaba ser Aquel, hubiera sido lógico y normal para concluir el día de ausencia impuesta. La novedad de los invernaderos confirmaba la prioridad que el asunto de la BN adquirió en la vigilia y se deslizaba a la intimidad cuando está fuera de control. Demostraba el sentido de la fractura, anunciaba que su atención, incluso estando bajo la anestesia del sueño se ponía al servicio de secuelas del encuentro concretado durante la lectura; intuía consecuencias de cuidado y estaba predispuesto a provocarlas. El sueño de Claudio subsiguiente a la Absolut medía la importancia del incidente, asumiendo desde la primera noche que siguió al encuentro una relevancia superior a la supuesta en las coincidencias, interés que podía cotejarse con historias de amor recientes ardiéndole en el corazón: y tú quién sabe por donde andarás... quién sabe qué aventura tendrás que lejos estás de mi...

Se despertó en medio de la noche con ganas de orinar y lo acuciaba la sed de Absolut faltándole otra medida generosa para la ruta. Lo que recordó del sueño al sentarse en la cama y encender la portátil para consultar la hora fue algo relacionado al SOS de una voz de confesionario, repitiendo la palabra nueve como oración pitagórica. Era llamado de auxilio sin incordiar más que la deriva de una clave numérica, mensaje sencillo que podía descifrarse conociendo códigos de interés y simpatía. Algo, con la complicidad interesada de la noche le tendía un billete cauto de muchacha tímida, inventando la obsesión original preservada bajo el seudónimo de Orquídea Salvaje, haciendo pensar en María Félix devoradora de hombres; y era menos que eso: lo mismo y lo contrario, seudónimo que del ridículo poético podía derivar a sensualidad obsesiva si se lo atribuía a su venezolana. La recién llegada de piel dura y perfumada, criada al rigor del sol que encandila el Soco de Maracaibo, cuya vocación era desnudarse en público para que hombres capturados la adoraran a la distancia del night club, la desearan con vehemencia como si fuera la última hembra del mundo. Así se lo dijo Claudio a Peralta.

El sueño primero lo ataba a requerimientos de una desconocida. ¿Pero qué otra cosa podía hacer un hombre abandonado y cómo reaccionar de manera distinta? Era pronto para compartir la inquietud de Orquídea Salvaje con Aquel, las relaciones pasaban por una fase inestable para confiarle pormenores de un asunto tan delicado. El que faltó

a la cita, porque tenía entre manos asuntos urgentísimos y de suma importancia, era de los hombres cínicos capaces de cualquier canallada con tal de protegerse. Aquel hubiera desprestigiado desde el primer minuto de escuchar la delicadeza de algo que sin ser nada concreto insinuaba la ingerencia del sueño.

Le restaba a Claudio la botella de vodka por la mitad, continuar confiando en la intuición sin traicionar la ternura de animalito en peligro que vino a reclamarlo de manera distinta a los gritos del pastor Méndez. Tenía el dibujo de una partitura, musiquita que halló leyendo en la BN, un llamado en la cama aceptándolo tal como era en la vida sin reproches ni condiciones y eso le agradaba. El complot aprovechó su día de soledad para manifestarse, golpeó con eficacia en territorios oníricos considerándolo impertinencia necesaria y justificada. El primer mensaje, enviado mediante esa telepatía cordial que se permitió la discreción de presentarse durante la noche del despecho, luego de la vecina exorcizada de la calle Descartes fue claro. La línea secuencial de los episodios camuflados en paisaje de invernadero insinuaba que se trataba de indagar en el número 9 de la revista "Patmos" y yendo tras otra sombra olvidada de Orquídea Salvaje. Así sucedió a la mañana siguiente.

Llevado por la ansiedad propia de un sueño incitador a eso de las 9h.32 Claudio se instalaba en su lugar habitual de trabajo en la BN. La disciplina y puntualidad respetaban

una empatía nocturna indefinible o fue él ayudado por la Absolut traslúcida, que se obligó a soñar la escena relacionada a la lectura de ayer. Se excusó de facilitar el encuentro entre su mirada que en veinticuatro horas perdió la inocencia de un mundo lejano y los segundos textos de la serie. Tampoco fueron necesarios excesivos preparativos, el reconocimiento fue inmediato.

Se trataba de dos pequeños fragmentos de prosa poética firmados con las iniciales OS y al comienzo cierta analogía hacía sospechar que los textos pertenecían al mismo autor que ayer fugó de las revistas viejas. Al breve tiempo sucedido entre ambas lecturas de Claudio le correspondía, considerando la cronología del pasado, el equivalente a muchos meses del año 1937. El sueño conectó tiempos distanciados anulándolos e imponiendo a la vez una extraña cercanía. La lectura que diariamente lo llevaba al pasado le traía poemas al presente mitigando en parte la confusión del año dos mil. Había diferencias evidentes además del distinto registro de escritura; el cambio principal entre el poema de la víspera, distinto por haber iniciado el asombro y los nuevos textos era el drástico abandono, hasta podía suponerse que con arrepentimiento, del seudónimo floral proyectado en sentido contrario a la modernidad insolente de los versos copiados. Claudio sintió esa brecha cuando el primer gesto de osadía y recato de ayer derivó al nombre estrafalario,

como decidido de apuro por la autora o elegido por alguien perverso del comité de redacción.

Como ocurre en la distribución de mundos paralelos, imaginados por ciertos escritores y algunas raras especies tropicales de Orquídeas, la prefiguración del lector Claudio duró el tiempo del poema. Un perfume envolvente dulzón actuó impunemente durante la noche, suficientemente penetrante para hacerse inolvidable y competir en prioridad con eventos fuertes de la vida real, señalando un orden de intereses. Al llegar esos instantes el proceso es límpido, comenzando a dar vida a una criatura de palabras e inexistente al momento de la lectura. Fin de la crisálida del olvido, aleteo inicial de mariposa del sur había allí una leve traza de escritura perseverante, pujando por salir del estrepitoso silencio puede que voluntario de medio siglo; desplazamiento de responsabilidades del reino vegetal donde existen treinta mil especies de orquídeas, para llegar a cortar una sola.

Peralta terminó por convencerse de que las orquídeas son falsas plantas que tienen reacciones humanas; para dar flores ellas necesitan condiciones de su patria de origen pero nunca en la tierra. En la patria agua, el aire terrestre y el conjunto se cerraba a la luz del nuevo día en discreción de la letra O y la letra S. Durante décadas la BN fue invernadero de la especie desconocida por los botánicos, que llevaría el nombre de Claudio cuando saliera a la luz de otras lecturas necesarias para continuar viviendo y



comenzar a existir. La poesía era flor de una planta de gestación lentísima.

A medida que transcurría la segunda mañana de lectura, se hacía nítido el perfil de alguien evocando muchachas espectrales de novelas inglesas ambientadas en el siglo pasado, un desnudo de palabras se sucedía en sentido inverso y la fascinación estaba en ocultamiento premeditado. Las frases daban constancia de una existencia anterior remota, voluntad de comunicación iniciada en las páginas de "Patmos". Ella, quien fuera era princesa regresada de instancias trágicas de otro reino habitando entre nosotros, invisible para quien llega por primera vez a la ciudad y la mayoría de quienes allí nacieron. La lectura de Claudio dejaba de ser entretenimiento privado de diletante, esa segunda mañana se birlaba la hipótesis de lo vivido ayer como hecho aislado irrepetible, quedando en entredicho la excepcionalidad del poema copiado.

La escritura fulgurante reafirmada por el gesto de copiar el poema, se hacía signo inicial de un proyecto vasto y complejo, equiparable claro que no en realidad, al del emperador chino que, simétricamente con la muralla visible desde la luna, ocultó bajo tierra duplicando apariencia en terracota la única armada vencedora del tiempo. El poema era menos espectacular pero igual de desafiante, debería ser así también para nosotros; el acto de la lectura era trama de sueños más que respuesta del yo profundo a la

soledad arreciando y el resultado de tres medidas de vodka Absolut bebidas antes de dormirse. Esta vez que evoco, sin necesidad de ir a mojarse los ojos al baño quedaba marchitada en él la tesis del hecho aislado, asomaba como probable la explicación del abandono que se podía dejar en suspenso por el desafío mayor. Verificar si existían corredores de escritura comunicantes entre Orquídea Salvaje con OS en los restantes números de la revista "Patmos".

Cualquier otro en la misma situación dijo Peralta, hubiera abandonado. Claudio ni un instante dudó en cambiar la rutina mantenida durante años y confundió a los bibliotecarios alterando la secuencia de pedidos, quebró a sabiendas el pacto de paseo diletante por el mundo momificado de las revistas uruguayas. Lo inquietante, fue que se procuró un cuaderno de apuntes como hacían los exploradores empeñados en alcanzar las fuentes del Nilo. Algo en esas horas lo transformó y si es exagerado afirmar que se volvió investigador de un día para otro, lo es menos considerarlo detective de folletín siguiéndole la pista a una desconocida, extraviada en lo real, con amnesia recurrente y que sólo recordaba haber estado en una isla; como la mulata exuberante de la calle Andes, que confesaba ser originaria de Maracaibo, ciudad fundada un 24 de agosto de hace cinco siglos, lugar donde las muchachas bailan desde chicas, desde antes de aprender a leer y desnudarse delante de un hombre.

El cambio de rutina resultó decepcionante, durante varias mañanas parece que Claudio indagó sin suceso en la colección completa de "Patmos", revista que tuvo una vida intensa en el medio intelectual y se apagó de repente sin explicación de sus responsables. Nada de lo escrito para el último número publicado hacía sospechar el abrupto final, incluso se avanzaba la idea de otro ejemplar que quedó empantanado en el camino. El corte parecía producto de una catástrofe inesperada por el director, colaboradores y el comité de notables que la financiaba; el que resultó último editorial por el contrario, estaba ganado por un optimismo viril en cuanto al futuro en contradicción con el modesto número de suscriptores declarados. Además de "Puerta trasera" y los fragmentos firmados OS, nada había en la colección de "Patmos" que tuviera un aire de familia e interpelara el corazón de Claudio; él dijo que releendo el corpus con intención más selectiva, comprobó cierta mediocridad en textos creativos inéditos de la revista y concluyó, con satisfacción decepcionante, que la trilogía retenida eran diamantes negros en la ínsula de la revista. Es más, parecía que la única justificación de la empresa cultural y lujosa que supuso su circulación en la Montevideo de entonces, fuera la publicación del poema de Orquídea Salvaje y los fragmentos OS, que Claudio atribuyó a la misma persona. Simple soporte a la espera de un lector como él, cumpliendo funciones de personaje mágico subalterno en una fábula de final de milenio, leyenda

extraviada en los siglos. Magra cosecha de escritura a pesar del consuelo de haber descubierto una coincidencia de cuento de hadas, persistían sin embargo enigma e ignorancia, lo oculto entre seudónimo y dos iniciales. ¿Qué misterio insinuaban esas pistas? ¿Hacia dónde confluían los indicios puestos en evidencia? ¿Insinuaban acaso una conducta precisa a seguir?

Varias hipótesis sobre lo sucedido se presentían una vez terminadas las lecturas subsiguientes. Descartada la pista del sueño, ateniéndose al cambio formal de los textos rescatados de la colección "Patmos", la primera hipótesis es que se trataba de un seudónimo exagerado; ocultando un personaje conocido del medio literario por relatos, metáforas asumidas públicamente y actividades críticas rigurosas. Peralta dijo que había la variante del cambio de sexo lúdico y el simple deseo de despistar a los lectores, teniendo por ahí libros publicados en una tonalidad diferente, la vertiente nada desdeñable que asociaba discreción y engaño. Aceptar dos fuentes de escritura conformaría una tendencia a la neurosis, devaneos de una personalidad dual con aspiraciones de Casandra criolla inmiscuyéndose en el futuro, decidida a incidir en el tiempo a venir cuando hubiera dejado de existir. Eran ideas interesantes si nos instaláramos en la especulación, fue lo que dijo Claudio y carentes de fundamento me argumentó Peralta. Lo desconcertante en los textos rescatados era la ausencia de un aire de tiempo acorde a la fecha de

publicación, al menos una respiración espiritual correspondiente a la línea trazada del proyecto "Patmos", que lo había y probara la condición de ejemplo; poesía modélica de un período, tendencia estética, generación o capricho de asistentes a un café los martes en plan tertulia. El fantasma que los lectores de poesía necesitan, para convencerse del trato con fuerzas paganas y desmayos esporádicos del lenguaje maltratado, hasta la creación de un mundo autónomo.

Claudio se adelantó a insinuaciones de falsificación y en los días siguientes se aplicó con ahínco a otras lecturas sin saber qué buscaba. El genial Won Kar-Wai y la cena de negociación quedaron para una mejor oportunidad. El reencuentro con la lectura resultó frustrante sin que hubiera apagado ardores del interés por OS, mientras persistían sueños relacionados con escenas distintas; buscó sin encontrar rastros del seudónimo ni de iniciales, tampoco otro texto con las características de los anteriores. El conjunto de hechos clausuraba un episodio lacónico, cuya intensidad era la excusa para distraerlo del mal momento que pasaba la pareja. Leyó otros poemas queriendo creer y nada de lo retenido lo alentaba a seguir adelante.

Al final, dijo Peralta, sin ocultar el desagrado de la decepción, siendo injusto con la intensidad y sacudón de aquella primera mañana, podía concluirse en la influencia perversa y nefasta del director de la revista rondando la orfandad del episodio. La despreciable promesa de

publicación y gloria mundana a una muchacha crédula, sin talento para el año 1937 pero a los ojos de Claudio rondando lo sublime al despuntar el dos mil; quizá por ser el inesperado antídoto para la epidemia de festejos estúpidos que se avecinaba. Una vez aceptada la soledad del tríptico textual cualquiera de las opciones a considerar eran desagradables, agujeros negros de información que lo dejaban insatisfecho. Del accidente puro el episodio se deslizaba a denigración de una circunstancia de seducción sentimental. Claudio se esforzaba por evitar imaginar la suma de detalles ruines sobre la relación, el episodio estaba impregnado de miseria oral y mentiras, de eso él conocía tanto como de diagramación publicitaria. La lectura integral de la colección de "Patmos", así como de otras publicaciones de la periferia del segundo semestre de 1937 logró tranquilizarlo, convenciéndolo de que lo sucedido el día de la ensalada Waldorf en la confitería Del León fue apariencia, conmoción inesperada de los días recientes. El seguimiento con angustia de alguna prenda poética de OS, como si liderara una nueva generación de fetichistas venía de los enredos con Aquel, de ahí y no de tres fragmentos, que eran atajos para distraer la degradación instalada en su relación de pareja.

Esa noche coexistirán paz y decepción. Sería un error ir al cabaret de la calle Andes a esperar sentado en la barra, con un Destornillador recién preparado en la mano, por si se repetía el milagro y Flor de Maracaibo aparecía dispuesta

a desnudarse sin apuro haciéndole creer que era sólo para él. Era ese el único altar donde podría asistir a una revelación verdadera, algo que le devolviera la fe haciéndole olvidar los alaridos bestiales del pastor Méndez, que predica y combate en primera línea de fuego legiones de demonios encornados por allí cerca.

**Fueron** días duros aquellos, la lectura recobró su condición de escapismo y le costó una enormidad pasar la cuenta de enero, hasta consideró olvidar el asunto pero había en el enigma OS razones para insistir. Hacia finales del mes los rezagados en Montevideo cruzados en la vuelta, clientes que estaban de paso unas horas por la ciudad, colegas paranoicos que odiaban la playa y los desconocidos satisfechos de poseer la ciudad para ellos, tenían un aire extraviado. Eran cuerpos abrumados por la responsabilidad del dos mil y defraudados primerizos por saber que la única novedad resultó el retorno a la rutina.

Claudio le comentó a Peralta que aquellos primeros días lo hallaron en una fase mística metafísica.

-¿En verdad la humanidad olvidó la razón de su reinar sobre la tierra habiendo llegado el tiempo del suicidio? ¿Sería el momento de delegar el poder en las langostas? ¿El pastor Méndez era la última trinchera contra El Mal?

-¿Y si fuéramos nosotros quienes tenemos razón?, le respondió Peralta y en la penumbra creciente del sótano trinchera, puedo imaginarle al editor el brillo de ojos incendiarios del que planea un gesto desmesurado, capaz de sacudir millones de conciencias adormecidas.

Cuando arreciaban esos arrebatos de dudas absolutas Peralta lo consolaba, argumentando que la eternidad de la verdadera utopía recién empezaba. Claudio lo veía venir con el proselitismo trasnochado de ideas machucadas estos últimos tiempos, admitiendo igual que el milenio se



anunciaba complicado. El editor acusaba el golpe irónico situacionista evocando maquinaciones desinformantes sobre la verdad esquiva de la Historia escrita desde siempre por los explotadores. Eliseo Peralta creía todavía.

-Pensamos venir del siglo Einstein, Picasso y Stravinsky pero somos el proyecto concreto de Walt Disney. El hombre nuevo es el ratón Mickey, decía Peralta y Claudio sonreía al escucharlo, pensando que haría un buen creativo redactor publicitario.

Al menos de volverse loco insistiendo en sus dudas, luego del fracaso buscando una continuidad en "Patmos" y habiendo aprendido de memoria los tres fragmentos escritos por su querida muchacha muerta, era el momento prudente de hacer un corte. Desenchufar tomándose esos días de descanso conversados y tantas veces postergados. Un diseñador de interiores que se marchaba en viaje de negocios a Filadelfia le prestó por quince días su casa de veraneo en el balneario Las Flores. Ello lo decidió a pasar una temporada de retiro cerca del mar, Claudio suponía que así se alejaría de sus problemas. En verdad estaba en los preparativos de otro viaje que unos meses más tarde lo hundiría en invernaderos de orquídeas exóticas, otras flores desmesuradas provenientes de Oriente.

Tomando aire y atribuyéndose los mejores propósitos, como pudo en medio de interferencias de comunicación le insinuó la idea de ir juntos a Las Flores. Aquel, sin impedirse sonreír al enterarse que Claudio planeaba ausentarse una

temporada de Montevideo se excusó, argumentando que en JWT estaban preparando las campañas multimedia del año, dándole cátedra en jerga internacional aprendida en un seminario de marketing global en el Victoria Plaza Hotel. Habló, fue increíble pero cierto, le dijo Claudio a Peralta, del efecto "2000" para motivar el consumo, la necesidad de concentración original marcando diferencia frente a la competencia furiosa; recordó, como si Claudio fuera un nuevo cliente a convencer las enormes inversiones que estaban en juego, la imparable sectorización del mercado, los medios como soporte innovador y remató la actuación diciendo que, en circunstancias menos tensas, él hubiera ido de todo corazón a Las Flores.

-Pero se trata de una oportunidad única para vos, le dijo Claudio.

"Eso, eso" dijo Peralta que respondió Aquel y luego como haciendo un favor sintiéndose el hombre de la casa, propuso la solución negociada de ir los fines de semana.

-Ahá, empezó a responder Claudio. Y soy la mina cornuda yendo sola al balneario entre semana, mientras la joyita del marido sale de copas hasta las tantas y se encama con la atorrante de turno, le dijo Claudio.

-Me faltaban hijos a cargo para completar el sainete, que no era el caso, le dijo a Peralta. El salvavidas amante en días laborales, que vería sobre la marcha.

-Mucha poesía y nostalgia en lo suyo, pero a la hora de la verdad no le hace asco a nada, comentó Eliseo mientras

palpaba muestras de papel. Usted se los busca muchacho, parece un pararrayos.

-Claro que los busco porque me gustan así, pero Aquel superó todo.

-Así le fue...

Esa negociación limitada al week end terminó pronto y mal en Las Flores, la vida en común se redujo a un fin de semana largo precedido por llamadas intercaladas y brevísimas, mientras Aquel siempre estaba a punto de comenzar la reunión urgente de altísimo nivel; el poco tiempo de convivencia hizo presagiar lo peor en las semanas venideras. Nada original, de todo tuvieron predominando historias concentradas y estentóreas; escenas de capricho por toallas sucias de arenita, diez minutos faltantes para el almuerzo que se enfría... los asuntos triviales se revelaron determinantes.

Claudio se propuso reaccionar con paciencia y serenidad ante el giro detestable que tomaba la situación. Las crisis fueron inevitables, queridas y provocadas, había en ambos cierto deseo por herir al otro con raptos de ingenio y lucidez, salidas que se diría ensayadas si las consecuencias hubieran sido menos devastadoras. El único fin de semana compartido fue desagradable, certamen de denigración con excusas prometedoras de conversar tranquilos al regreso y permanente evocación del stress para explicarlo todo. El stress -Claudio recordó las oraciones trémulas del pastor Méndez en la radio- era el Gran Satán culpable no ya del

disfuncionamiento de la pareja, sino de la arremetida de la violencia en el trato. Vivió los días previos a la llegada del amigo sin excesiva esperanza, angustiado por la espera, actuando que seguía enamorado, repitiéndose que debía tomar la iniciativa de la reconciliación.

Las tardes posteriores a la partida de Aquel, cansado sin alertas constantes y en silencio, las vivió habiéndose sacado el peso de encima, una espinita del corazón y se trató de imbécil milenarista por haber llorado un atardecer frente al mar de Las Flores. A fuerza de realidad, ante la preocupación comprensible por el futuro próximo ligado a sentimientos, el asunto Orquídea Salvaje parecía episodio olvidado, capítulo exógeno a la continuidad de su historia privada. El recuerdo de OS y el deseo de reencontrarla pudo que pasaran esos días de gritos y falso descanso con protectora indiferencia.

En cuanto regresó a Montevideo, con ganas de trabajar y sin voluntad de hacer el balance del desastre ocurrido en Las Flores, desde la segunda noche arreció la ofensiva onírica. Durmiendo, las complicaciones sentimentales pasaban a segundo plano, el inconsciente de Claudio organizaba su estrategia defensiva pensando en la próxima partida. Fue durante el mes de marzo, mientras se preparaba la transición hacia el otoño; se observaba el cambio en el cielo que se volvía manta de nubes sucias, las lluvias duraban todo el día, las primeras hojas morían por miles en las calles y llegaron esos sueños teatrales.

Teatrales, decía Peralta, porque configuraban escenas densas por breves, nítidas y completas, fragmentos variados e inconexos de obras desconocidas, comedias concentradas portadoras de información oculta. Una mañana particular Claudio se despertó con el nombre de "El Herald" entre los labios, sin mezclar con el gusto de la vodka, tarareándolo como si se tratara del tema de "Round midnight" y dispensado del peso de la desconfianza; entendió de inmediato que lo soñado tenía relación con la muchacha de "Patmos". Era así la cosa, los mensajes reaparecían en sus noches sin necesidad del combustible de la destilería Absolut, incrustada en algún barrio de Ahus en la Suecia de nuestros exilados, si se da por buena la información estampada en la botella.

En uno de los sueños que logró reconstruir en su casi totalidad, un hombre tocaba el piano y él era personaje secundario, testigo observando al pianista. Allí recordaba una melodía interpretada al estilo de Monk y que él se acercó al piano. En el atril a manera de partitura, había un ejemplar de un periódico viejo que -luego lo supo- se publicó hasta comienzo de los años treinta en la ciudad de Florida. La escena la formaban un conjunto de imágenes simples del tipo sugestivas, desordenadas en organización dando materia para especular alrededor. Cuando se empieza a descreer del amor o de creer en alguien, lo que ocupa demasiadas horas por día, se puede aceptar como posible los juegos de telepatía y creer en ese tipo de

mensajes; igual que se admite en sociedad la verdad del tarot de Marsella, la carta astral trazada por sofisticados programas matemáticos, las líneas gitanas de la mano y la borra premonitoria del café. "El Herald" entonces, se trataba de un par de hojas de respetables dimensiones que vieron aparecer los primeros números hacia mediados del siglo antepasado, cuando los humores de la Historia dudaban si el Uruguay era una demencia posible o era preferible abortarlo mediante las escaramuzas de nuestra Guerra Grande, repitiendo el mito de hermanos que se matan entre ellos. Por entonces Montevideo estaba sitiada y diez años de su vida dependieron del tráfico de barcos, corsarios, mercenarios y negociaciones diplomáticas entre potencias extranjeras. La publicación había tenido una vida pública accidentada en concordancia a los vaivenes sociales de un país en esbozo.

La falta de actividad había provocado en Claudio la baja de las defensas sentimentales, acuciado como estaba por cuestiones urticantes desde la convivencia en Las Flores y con nombre propio que se volvía Aquel cuando hablaba con Peralta. El episodio OS si bien lo intrigaba, le parecía asunto pasado y un disparate el tiempo que le venía dedicando; jamás imaginó que ella pudiera regresar con tamaña autoridad en sus manifestaciones. Claudio había olvidado el entusiasmo inicial de las mañanas de enero, la tensión intelectual del principio, y como después nada apareció en concreto que apoyara su interés pasado, él se abandonó a

una inercia imprudente. Simples corazonadas, como si lo único a retener fueran soliloquios discretos en la penumbra cómplice de bares de hotel, y Orquídea Salvaje resultara un nombre de cóctel famoso entre los pachangueros del Caribe; semejante al Negroni en homenaje al Conde Camillo, inventado por el barman Fosco Scarselli del Café Casoni en Florencia, cerca del baptisterio.

Nada había mejor para hacer que seguir esa única pista, los primeros días de la era que comenzaba en marzo le parecieron a Claudio una pérdida de tiempo. A lo largo de varias mañanas unidas por el aburrimiento, descubrió que la colección de "El Heraldó" de Florida eran frescos de una Pompeya exenta de erotismo en erupción. Ruinas amarillentas de una ciudad imaginada, cubierta por la ceniza temporal del volcán invisible que nos quema a los uruguayos desde adentro, arrasada por una lava de amnesia incandescente. El conjunto era flor reseca aplastada en un poemario de Julio Herrera y Reissig, olvidada dentro del dietario ruboroso de una muchacha de vocación romántica que murió tuberculosa de endecasílabos; mientras con ilusión desmotivada proyectaba su vida a término en la seda de amores imposibles, entregada por fin a los brazos de la muerte en un vómito injusto de sangre podrida.

La situación era absurda. Claudio estaba sitiado entre sueños con pianistas negros y la lectura incómoda de los números acumulados de "El Heraldó". Esos días, le dijo a

Peralta, si los hubiera contado a un colega, mismo a Rita, con razón le hubieran dicho que podían recomendarle un psicoanalista amigo; sin embargo, algo lo convencía sueño a sueño de perseverar en la indagación. Por fortuna para él hubo el número del 4 de abril de 1934, día de San Isidoro; suerte porque al resguardo de una modestísima sección cultural, inapropiada para un periódico fundado para informar de matanzas y sublevaciones, proclamas punzó y degüellos en rosario, bajo la forma de una serie de poemas más bien lacónicos, que Claudio localizó en la colección hasta bien entrado el mes de junio y numeración en romanos de I a XI, halló tenues respuestas que lo distanciaban del tratamiento válium que presumía llegar a su rutina.

La numeración pretendía poner algo de orden y distinguir poemas que respondían a la denominación común de "jardín". En el interior hostil de crónicas relatando caballadas temerarias, consignas de caudillos espontáneos con vocación de patria o muerte, noticias de exportaciones de tasajo y brulotes denostando el despotismo centralista gubernamental, Claudio halló una voluntad inquebrantable de entrega periódica. Desborde circunstancial arrebatado de escritura intimista y después el silencio. Con entusiasmo renovado siguió la pista de "El Herald" hasta el encadenamiento con "Patmos", esa había sido al parecer la ruta emprendida por la muchacha desconocida. La serie tenía una coda final, si bien diez de los poemas



correspondían al año 1934 había uno concluyente, retirado, publicado en noviembre de 1935. Texto distinto y melancólico que podía considerarse la culminación del ciclo, despedida de la ciudad de Florida y los diez "jardín" anteriores, los versos del adiós.

La buena sorpresa fue que desde el primero de los poemas, el del 4 de abril reconocido por pálpito confirmado estaban firmados por un nombre. Ese nombre era Oriana. Así de simple, de aislado y nada más en la publicación informaba sobre la autora. Ni su edad, tampoco profesión, domicilio y menos antecedentes de publicación. Nada. Las apologías de "El Heraldó" se reservaban para otro tipo de personajes a caballo, varones excitados de sable ensangrentado, comerciantes atentos a las bolsas del puerto repletas de lana sucia. Luego de varias semanas invertidas en la lectura del periódico desaparecido de Florida, de otras publicaciones contemporáneas en la ciudad y el resto del departamento, concluyó que los senderos de jardines estaban agotados. Claudio tenía en su poder por primera vez la visión de conjunto de una escritura y un nombre, la totalidad del proyecto "jardín" cultivado por Oriana. Contempló con nostalgia teñida de creciente curiosidad el cuaderno Tabaré con transcripciones de los once textos, cayó la flor al río del tiempo y los círculos concéntricos iniciaban la marcha. Triunfo y derrota, contento por los jardines, frustración ante la imposibilidad de retener un detalle sobre la desconocida responsable de

su sofocación. Poemas huérfanos y abandonados que lo adoptaron a él como hermano mayor.

La alegría inicial se volvió pesada carga y comenzó a renegar de aquella primera copia manuscrita. Fueron duras las secuelas de su debilidad, él debía continuar en la lectura; si bien modesto tenía ante sus ojos un corpus poético original y con falta de cuerpo tangible, era la labor pausada del espectro conspirando en el tiempo. Claudio dudaba entre ser cómplice o admitirse utilizado. Las transcripciones retenidas con su referencia exacta de publicación eran la mano derecha del cazador sobre el muro de la gruta sumergida. Signos geométricos esotéricos trazados en la noche del tiempo con tierras de colores, oscuridad luminosa, indicios sepultados en la tierra dando noticias de, fuego que fue, una muerte que llegó animal y poemas petrificados para probarlo. Estaba confrontado a la prehistoria de Orquídea Salvaje, los balbuceos de OS y se propuso ser optimista.

Fue un pequeño paso en su vida pero enorme a la espera de otras revelaciones. Tenía en su poder una escritura, el nombre de Oriana y había más: el tramado de pocas fechas, un viaje misterioso que partiendo de Florida llegaba hasta Montevideo resonando en el eco de la isla apocalíptica que se hizo revista. Esos primeros días el conjunto le pareció decepcionante y se incrustaron en él las raíces exigentes de la curiosidad. El maldito momento de querer saber más y que es un dolor de retorno cuando el pedazo de mundo

circundante recobra sentido; a condición de resolver el enigma previo elaborado de extraña manera y que tomaba forma una vez pasada la tregua de febrero, irrumpiendo en los idus de marzo como si el otoño fuera la estación preferida de las Orquídeas de la especie Oriana

¿Qué sabía Claudio de Oriana? Nada y todo. El ánimo mejoró recordando que conocía el mundo de la desconocida como si hubiera estado allá. Sabía de teatros destruidos, del calor montevideano en abriles irrepetibles, de barítonos europeos llegados a puerto en viaje de invierno buscando el mito del sur y el agua de colonia preferida de las elegantes, de técnicas para valorizar el busto de las bellas y jarabes para el crecimiento de niños tísicos; sabía que lo leído al descuido durante cinco años había quedado fijado en su memoria, que él estuvo ahí cuando la muchacha llamada Oriana llegó a la redacción de "Patmos", preguntó por alguien que la estaba esperando y le entregó el poema "Puerta trasera".

**Los** textos de "Patmos" dijo Peralta que Claudio le contó, tenían un espléndido juego de jardines previo y escondido en una ciudad del interior del país. Con esa información incorporada, las lecturas que siguieron respiraban de manera diferente, recuperando cierta inocencia primordial; el riesgo era que podía caerse en el delirio mitómano poético, culminando en la decepción que escamotea la

verdad. Fue arduo hallar el equilibrio necesario, lo encontró leyendo con sistema esa vez la obra conocida de otras poetisas de la época y décadas posteriores. Sin que él reivindicara en Oriana nada de excepcional, aceptando valores establecidos por insistencia de crítica rigurosa, estaba convencido de que los poemas breves de Oriana fueron atravesados por la voluntad de una escritura que pretendía hundirse y escapar, ser desdeñada e inolvidable, insegura. Allí el contacto con un sentido y los otros restantes se operaba de manera inmediata, la escritura iluminaba la condición irrepetible de la poesía, incitaba activando la razón y el corazón al unísono, alternando, procurando una paz algo lúcida ante el horror creciente del mundo.

-Algo comparable a la imaginada serenidad escuchando el agua cayendo entre piedras de lapislázuli, al margen de un jardín zen del siglo pasado, cuando el mundo existía sin la cantidad de ruidos que lo denigraron, antes de los cálculos con integrales que destruyeron miles de jardines en arrabales de Nagasaki. La poesía de Oriana se me aparecía como el mayor elogio imaginable al silencio, la disculpa por lo apenas dicho. ¿Me explico Peralta?

-Lo que yo necesito es menos verso y una foto para la portada, dijo Peralta.

Oriana conocía el valor del tiempo dentro del poema en lucha con el otro tiempo que pretende devorarlo. Ella lo utilizó con criterio para darse a conocer y administrar su

seudónimo de reaparición, aunque fuera probable que Oriana pudiera ser seudónimo. Ese escamoteo de la vida formaba parte de la obra, su proyecto en caso de que existiera tenía algo ambivalente, oscilando entre ingenuidad y hechicería.

Pasados algunos meses de convivencia con los escritos de Oriana, se advertía que lo pueril del primer impacto de la lectura desaparecía de la relación entre ellos y una rima acorde con ingratitud insinuaba el tardío ritmo de la ausencia. Al fin de cuentas, Orquídea Salvaje nada informaba de la autora sino de los poemas, versos que recordaban características de una botánica que sugerían. La firma concentraba elegancia y nobleza, refinamiento simbolizante, perfección conjunta de formas simples y rebuscadas, belleza vapuleada en los confusos tiempos que padecemos. La curiosidad por el hipotético valor de los textos, el súbito interés por la vida de esa mujer fueron consecuencia del encuentro entre lo hallado por Claudio y aquello protegido por los sueños; estaba en una emboscada, sabía que sólo podía continuar adelante si lograba soltar la información oprimida en los sueños llamados teatrales. El avance del mecanismo escapó a su control negándose a obedecerle la voluntad, entre sueños de escenas alusivas, confundiendo lectura obsesiva de pocos poemas y nombre aislado, la imagen de Oriana OS Orquídea Salvaje se insinuaba con perfiles imperfectos de espectro. Muchacha misteriosa que pudo ser entrevista en

la niebla portuaria de Maracaibo después del temporal, vista al trasluz de un jardín de verano perpetuo en calas al norte de la isla Patmos, alguien sobre la cubierta del barco de pasajeros cruzando un trópico seguido de cerca por una bandada endecasílabo de albatros.

Lo hasta allí reunido podía ser traducción de la fuerza del sueño. Oriana jamás existió, Claudio la inventó en su diferencia sin sospechar que a partir de esas lecturas quien ella fuera, sería citada y emparentada con nombres de poetas uruguayos que parecen de sueño: Ida, Idea, Concepción, Amanda, Orfila, Circe, Delmira, Marosa y Oriana. Alcanzaba un puñado de poemas para que ella – quien hubiera detrás de Orquídea Salvaje- fuera la poetisa espectral, la única del plantel que pudo no existir y haber sido soñada. En esta historia espectro es sinónimo de poeta errante y olvidado, sin entrada en ninguna de las antologías publicadas hacia el fin de siglo, que ni figura citada en Historias recientes de la Literatura Uruguaya. Escritor de sexo femenino sin ficha en catálogos de la BN y nombre que nadie reconoce cuando es mencionada en charlas de entendidos. Reparición asumida, que afectada en su condición inconclusa de difunto por sucedidos en la vida pasada, no escamotea medios desafiando Leyes de la escatología retornando al dominio de la materia viva mediante argucias. Con finalidad de remarcar presencia bajo pabellón de duda indefinida, incomodidad presencial visible en el entorno, sensación evanescente y

proyecto inconcluso. Alguien que dejó en vida señales escritas del inadvertido pasaje por el mundo anunciando a su manera la promesa del regreso.

Un espectro jamás es designado por los vivientes, es él mismo quien decide la modalidad mediante la cual volverá conectando a quienes vivimos otro tiempo, curiosa entidad que una vez cumplido el plazo de permanecer al margen del tiempo retorna por insólitos recorridos, demostrando la existencia del Purgatorio como reino intermedio. Es tramado de circunstancias rebatiendo lo absoluto de la primera muerte física y más poderosa que la muerte es su voluntad de zanjar asuntos pendientes. En la crónica de escritura que Claudio revivía Oriana dejó pruebas legibles y huesos de palabras cartilaginosas, monedas fundidas con metal del silencio que cada tanto reaparecen cuando una nueva generación emprende la reducción de la historia pasada, procediendo al estricto inventario, separando reliquias preciosas del resto descartado destinado a la fosa común.

-Está buena su teoría del espectro, empezó a decir Peralta; pero se queda con la mitad fantástica de la definición. Lo que es reprochable en alguien interesado por la poesía, es decir obligado a estar atento a todos los ecos de cada palabra.

-Más que polisémica su mente es monotemática. Eliseo. ¿A qué viene ahora la evocación del otro espectro que hace

más de un siglo recorría Europa anunciando la Internacional?

-Le pido un mínimo de cultura científica, hablo del espectro de la materia y en especial de la luz. Eso fue lo que ocurrió. Su Oriana es una estrella que alejada del universo visible sigue emitiendo señales, ella comenzó a existir porque alguien las percibe. Lo que usted me trajo para publicar es una raya espectral, si la estudiamos como es debido sabremos todo del origen.

-Bonita comparación pero me parece inadecuada, dijo Claudio. Estoy más instalado en el diálogo con finados y sueños, cosas así. Ni sé lo que digo.

-Lo uno no excluye lo otro y la palabra es la misma. El análisis espectral permitió conocer la composición de las estrellas, dijo Peralta y por primera vez advirtió que Claudio escuchaba de manera distinta; sin pensar en el amigo ni pretendiendo ser ingenioso, sin parecer obsesionado por Oriana como si la conversación pudiera sorprenderlo, lo que Eliseo aprovechó para embromarlo un poco. Yo me tomaría otra cervecita, siguió. Esto del espectro me dio sed.

-Le pago una de a litro, replicó Claudio. Pero termine de una vez con ese asunto de las rayas.

-Bueno, está bien... pero vaya pidiendo la botella. El asunto es capital, una verdadera brecha para atacar a los creyentes. El análisis espectral de la luz demostró la unidad de composición del universo, ahí está la flaqueza de nuestro mayor enemigo... Los anarquistas tirábamos bombas en



cortejos imperiales y teatros pero nos quedamos sin tareas excitantes. Según parece la vocación del universo es autodestruirse, de dónde se deduce que si dios existe es anarquista, concluyó Eliseo con el mismo tono de voz que si aconsejara sobre una tinta para la tapa de un catálogo de exposición.

-A usted lo que le hace falta es una cura de reposo, dijo Claudio. Si continuamos esta charla debería acompañarlo en la experiencia. Resulta que le hablo de una pobre muchacha compatriota y usted me sale con la unidad inestable del universo. Le vengo con una obra que puede contribuir a definir nuestra identidad...

-¡Pero no sea pelotudo muchacho! ¿Usted también busca nuestra identidad, la identidad...? ¡Por favor ! Ese es asunto de otra gente y que sueña con encontrarla en las novelas de Carlos Fuentes. La poca identidad que tenemos nosotros debemos perderla bien pronto, antes de que sea demasiado tarde.

-Hoy usted tomó algo que le hizo mal, me parece que se mandó alguna raya y no precisamente espectral, respondió Claudio. Si anda diciendo eso por ahí, digo lo de olvidar nuestra identidad, le van a cortar los huevos Eliseo. Usted olvida que lo nuestro es la modestia, el recuerdo constante de que somos un país meñique.

-Me permito recordarle que los rayos infrarrojos y la gama ultravioleta se descubrieron antes de que se inventara este bendito país. A usted le dejo definir el

tamaño que más le convenga... pida de una vez la cerveza y déjese de decir pavadas.

-Está irreconocible. Lo sabía un hombre leído, pero hoy supera todo lo que yo pudiera imaginar. ¿Usted de dónde viene Peralta?

-Yo soy rosarino, y en otra vida trabajé como ingeniero cerca del río Paraná. Mi pasado es algo que le importa poco, dijo el editor y luego hizo una pausa que fue notoria. Usted es buena gente don Claudio, de verdad, pero nos faltan muchos años para ser amigos.

Claudio advirtió que sin él provocarlo le llegaban anuncios de lágrimas a los ojos, lo que dijo el editor era verdad. Se conocieron por Oriana y hacía poco, a él le hubiera gustado ser amigo de Eliseo Peralta, se habría salvado de muchas noches calamitosas y días huecos, hubiera sabido de otras gentes, accedido a una memoria de Montevideo ignorada. A pesar del desajuste temporal marcharse de la ciudad era una manera de traicionarlo.

-¿Le puedo preguntar por qué se vino a Montevideo?

-Cada uno busca la Oriana que puede.

-Otra estrella lejana, otra luz inalcanzable.

-Si usted lo dice así será, dijo Peralta y sirvió cerveza tibia en los vasos vacíos.

Claudio entendió que además de los textos reunidos se las estaba viendo con un espectro perseverante. Dejó de preocuparse por las peripecias de una búsqueda a ciegas que podría ser infinita, aceptando aquello que debía ser: el

próximo paso a dar, la siguiente transcripción le llegaría durante el sueño una noche cualquiera siendo al ritmo y cadencia que ella decidió. Era desagradable ser elegido, saberse en el medio de un tránsito inevitable con escasa oportunidad de incidir en la continuidad de los hechos. Se sentía utilizado y el paralelismo que el espectro imponía con su vida sentimental era insoportable. ¿Hasta qué límites él estaba dispuesto a seguir a esa buena señora?

Lo sabría cuando recobrarla la entera disponibilidad de sus pesadillas, para ocuparse como es debido de lo que fuera su vida antes de leer "Puerta trasera". De haber límites para la cuestión se perdían de vista, la ofensiva de Oriana estaba lanzada y en fase descontrolada, siguiendo un ritmo arbitrario invirtiendo la máxima potencia con el propósito de avanzar. Claudio debía admitir –le comentó a Peralta- que el espectro de Oriana acometía sin pretender perjudicarlo. Era espectro contrariado y generoso, a qué negarlo: le brindó momentos de intensa felicidad, como fue la responsabilidad de una tarea para la cual nunca se había preparado. Primero aquellos textos disociados, luego el callar de los once "jardín". Claudio tenía y nadie lo sabía, un conjunto medular del ceremonial del retorno, podía ser material suficiente para el olvido de alguien apresurado y señal inicial de alguien que supo aguardar el primor con paciencia de muerto.

Extraño porque provenía de otro universo distinto al que él frecuentaba y sospechó que el mecanismo vinculándolo

con Oriana se acercaba a la Gracia. Nada podría él lograr enfrentándose la realidad a mano limpia, la ciudad estaba convertida en muro infranqueable para sus intereses; la historia avanzaría al incontrolado paso de sus sueños de manera mediúmnica, sin oportunidad de réplica sino apenas de una escucha equivalente a la obediencia. Únicamente luego de tales revelaciones para las cuales carecía de preparación adecuada, podría incidir en la trama del capítulo final que todavía no leyó: ser tardía reivindicación sin eco, contribuir al ridículo público, alcanzar la oportunidad de modificar parte del pasado. Estando a merced de fuerzas exteriores le interesaba la evolución de la intriga que Oriana protagonizaba, hacía esfuerzos durante el día para descifrar la lógica que se puso en funcionamiento. Utilizarlo a él, precisamente a él hombre en situación confusa y modestísimas cualidades reconocidas –como dijo Peralta que Claudio se definía- era exageración de la finada, grueso error de evaluación del espectro y la dama responsable de los once “jardín”. Una presencia de la otra zona lo aceptaba tal cual era, lo quería y necesitaba así; para lo indefinible entresueños que alguna vez había sido Oriana, su manera de vivir era el puente elegido para intentar el retorno y estaba descubriendo en la ignorancia, despreocupado por las secuelas, estar ligado a una historia de antes. Obedecer insinuaciones que nunca revestían forma de instrucciones lógicas, confiarse sin

resistencia a la pureza conductora de los sueños, dejarse ir sin intercalar una interpretación tampoco resulta sencillo.

Despertarse a las tres de la mañana a finales de agosto mientras afuera arrecia un temporal de agua con viento, despertarse sin trueno habiendo olvidado la escena del sueño, protagonistas y la intriga avanzada con la imagen cierta del Argentino Hotel de Piriápolis en la memoria, como fondo de postal perdida en el Correo, puede desquiciar a cualquiera que no estuviera al tanto. Claudio entendió sin necesidad de deducción alguna que se iniciaba una nueva etapa en su curioso romance con Oriana. Ella comenzaba a tejer otra sección del tapiz, el nuevo sueño nada imponía, emitía señales en la estación opuesta a la del primer encuentro, optando esta vez por la densidad de la sociedad invernal. Justo cuando el tiempo quemado desde el asombro provocado por la edición de "El Heraldó" del 4 de abril parecía haber puesto término a tan extraña colaboración. Como en ocasiones anteriores podía renunciar a continuar el supuesto pacto, estaba demasiado comprometido en el asunto para emprender el retroceso, tampoco quería abandonar a esa buena amiga que a su manera intangible le pedía una nueva oportunidad.

Afuera en la calle Muñoz llovía como si la cuadra estuviera en el medio del Río de la Plata, la única luz que resistía era la de un farol del alambrado público y que igual parpadeaba como al borde del KO. Claudio le contó a Peralta que, durante los pocos minutos que permaneció

despierto mirando por la ventana, pudo repetir un "jardín" sabido de memoria, que describía una mañana de luz tibia en un paisaje emplazado en las antípodas del clima que hacía afuera y se le mostraba en espectáculo; lo dijo en voz baja por si ella lo estaba escuchando. Cuando pudo finalmente dormirse, dijo Peralta, estaba decidido a continuar adelante y admitió que la había extrañado.

Mientras tanto ellos dos seguían viéndose por costumbre, sin que ninguno estuviera decidido del todo a terminar la relación. Aquel se alegraría por la ida de Claudio a Piriápolis, su salida del circuito por unos días sin por ello dispensarlo de la famosa escena del amor despechado. Entendible por otra parte. ¿Como justificar ante el ser amado con pasión conflictiva que, hacia finales del terrible agosto del año dos mil, por influencia de sueño con señora debería ir solo a pasar unos días a Piriápolis? En días de invierno Piriápolis queda tan lejos de Montevideo como el centro de Maracaibo. ¿Cómo pensar en lo delicado de la empresa que lo esperaba cuando la primera réplica del celoso sería "seguro que tenés por allá un guacho que te tiene caliente"? La pasión sustentada con dependencias endebles termina por hundir los proyectos de pareja más emprendedores. ¿Cómo replicar en su delicada situación y evitando ofender, distanciando el insulto hiriente a flor de boca, diciendo que es algo relacionado con una muchacha sin impedir la ironía grosera de "ahora se te da por las conchas"?

-Era imperativo que revisara desde los cimientos el castillo de mi vida sentimental, le dijo a Peralta.

-A veces lo mejor es meter una buena bomba y empezar de nuevo, dijo el editor.

Cuando Claudio se levantó de la cama la decisión estaba confirmada, la intempestiva salida hacia el balneario sería una buena prueba en varios frentes de su vida. Quería ver en la escapada un episodio necesario y bienvenido para concretar de una buena vez la ruptura con Aquel, antes de lo peor, que sería la separación negociada con odio y de manera civilizada. Tiró los dados y el ludo de la existencia le ordenaba regresar al punto de partida sin ir tan lejos en la primera juventud. La temida perspectiva de regresar de madrugada a las terminales suburbanas de los ómnibus, a urinarios de plazas públicas de deporte en barrios alejados del centro, a senderos mal iluminados de los parques, a la puerta del Hogar Húngaro al final de bailes domingueros; sería repetir la vida aquella. Si ello tenía que suceder, le dijo a Peralta, que fuera después y en otra ciudad, de hacerlo en Montevideo sería capitular.

Con menos lluvia que la que trajo el sueño Claudio debía emprender el camino a Pirlápolis. El Evangelio de Oriana según Orquídea tenía los manuscritos del mar muerto a menos de dos horas de viaje.

**En** días de apogeo invernal y sin sol, aquí entre nosotros es creíble la ilusión de una estación balnearia avergonzada de mostrarse en ropa de entrecasa al intruso y haber avanzado tanto sus parapetos sobre el mar. Sin embargo, pasada la primera calle paralela a la larga costanera, el paseo que lleva al puerto nuevo, a las arenas turbias de la playa San Francisco y después a la desolación de Punta Negra, la población toma el aspecto de haber sido fundada a varios kilómetros tierra adentro, hacia la región de las sierras y granjas; sin ocultar sedimentos del pasado, la responsabilidad de andamios que arrastran proyectos con megalomanía de pionero, como si el tiempo de esa configuración de ciudad estuviera clausurada y continuara viviendo por pulmón artificial. El casco urbano central es reducido, el complejo se expande luego en casitas y chalets para todos los gustos, cada vez más distanciados, donde habita una población estable y que ha de ser numerosa.

Hay algo más melancólico que la ciudad balnearia abandonada, es una ciudad semidesierta donde casi nadie y menos en invierno quisiera dar explicaciones de las causas reales de su estar ahí. Es probable que escape de situaciones irreparables tras la paz interior inalcanzable, puede que allí sólo arrastren el cuerpo y el espíritu quede lejos. Para un extraño que está de paso, los días tan cortos de luz manchada resultan inacabables; algunos comercios están abiertos todo el año evitando que la desolación se apropie del lugar, hay basuras plásticas del verano pasado



amontonadas en los portales queriendo testimoniar que allí hubo gente feliz. Una vez instalado en un hotel familiar donde el frío parecía ser parte del servicio, Claudio marchó directo al encuentro de sus intereses. La Biblioteca Municipal del lugar está bien abastecida, como si fuera biblioteca de una ciudad más grande, a la espera de lectores curiosos que vendrán luego de los pocos acólitos que la frecuentan.

La larga experiencia en la BN hizo que la búsqueda en ficheros resultara sencilla, la decepción llegó sin hacerse esperar confirmando las dudas rumiadas en el trayecto: nada había allí que anunciara el encuentro con Oriana. Con el aplomo que da saberse al abrigo de asedios afectivos (la noticia del viaje fue recibida y respondida con una brutal interrupción de la llamada) y urgencias laborales Claudio revisó colecciones de periódicos, publicaciones menores que circularon en la localidad, consultó folletos de propaganda publicados por comisiones de fomento, también impresos de personajes singulares que eligieron la zona para su exilio personal dentro del Imperio. Idéntico resultado, halló materia interesante que correspondía a otras historias. Era verdad, me contó Peralta, que si bien Claudio buscó con paciencia estaba seguro de los resultados, convencido de que en el momento menos pensado entraría en contacto con papeles desenganchados dando cuenta del pasaje de Oriana por Piriápolis. Confiado en que una de esas noches –que pensaba pasarlas al

amparo del Cerro del Toro- otro sueño lo pondría en la pista correcta facilitándole la búsqueda.

Sin saberlo se abandonó al juego de la utilización y lo creyó cuando, en el interior de un libro dedicado a la jardinería en zonas arenosas, halló una carta postal que parecía enviada para él: Vista del lago de Maracaibo, decía la leyenda.

-Fue un presagio para el que me faltaba preparación, le dijo a Peralta comentándole el incidente. Donde menos se espera salta la mulata.

-¿Ve? La raya de ese espectro me gusta más, comentó Peralta. ¿Dónde es que se despelota la fulana caribeña?

-Un consejo Peralta... esos platos fuertes no son para usted.

A medida que finalizaba la consulta en la biblioteca, los pocos tomos encuadernados que una funcionaria le entregaba intrigada por la curiosidad y celo de Claudio, y los atados de paquetes apilados sin criterio le abrían la modesta verdad indiferente. Fue admitiendo que ningún tesoro oculto había para descubrir, el filón Piriápolis con relación a Oriana estaba agotado si es que alguna vez tuvo piedras y metales preciosos. Le dio por pensar que, desacostumbrado como estaba a las indirectas de la muchacha, quizá el sueño Argentino Hotel que lo decidió a viajar era suyo, o la información del sueño fue mal utilizada este invierno y el espectro de Oriana, como si le contara una confidencia al viejo amigo, quiso comentarle que una

vez durmió en el Argentino Hotel; esas tonterías de salidas compartidas, que estuvo allí de paso con unas amigas tomando té con leche en la terraza y nada más.

-¿Está segura de que lo consulté todo? preguntó Claudio, negándose a admitir el fracaso de la expedición.

La bibliotecaria era una mujer de edad indefinida con premeditación, tenía lentes de miope y estaba vestida con elegancia clásica desentonando con la opacidad invernal de la ciudad balnearia. Desde la primera vez que pidió autorización para buscar ella lo atendió con eficacia y paciencia, manteniendo un prudente silencio, como si hubiera esperado desde el comienzo esa pregunta.

La mujer estaba nerviosa, el interés inicial de Claudio y la inquietud ahora evidente en su pregunta le parecían inadecuadas al lugar, así como lo era la circunstancia fuera de temporada y su tailleur color habano, más apropiado a la calma supuesta en un negocio de antigüedades. Afuera caía la lluvia a raudales y dicen que muchas cosechas se pudren sin remedio. En un día así, es menos evidente que alguna mañana en los próximos meses vuelva a la región la tibia molicie del verano, cargada del canto de chicharras en los montes calientes.

En este momento la radio de las inmediaciones informa, igual que cada mediodía la anulación de remates ganaderos y la impetuosa crecida de arroyos, cortando el paso en zonas bajas. Familias enteras marchan a la capital buscando trabajo en la construcción y las escuelas rurales

suspendieron los cursos hasta nuevo aviso. Hay poca gente en las calles de Pirlápolis, la mayoría de los residentes permanentes se encierran en las casas obligados por el frío, con la perturbadora sensación de habitar el invierno en una vivienda construida sólo para el verano. Durante más de ocho meses las residencias con porche y techo a dos aguas de tejas coloradas resisten la humillación; cumplen modestas funciones equivocadas, adornos navideños fuera de temporada y pesebres a escala humana del mes de agosto.

Sentados frente a los televisores, jóvenes y mayores sin excepción comparan el sitio de su existencia con las decenas de canales que llegan al lugar, por cable, por satélite. El mando a distancia trae hasta Piriápolis esplendores del mundo; manejándolo con tino, los televidentes puede abismarse en una forma original de depresión, inconcebible por tratadistas clásicos de los males del alma. Optando por el canal 123 en un living helado, donde son insuficientes estufas eléctricas con dos barras de cuarzo, cualquiera puede zambullirse en directo en la apoteosis del verano en Marbella y al ritmo tecno de genéricos contemplar yates, saraos nocturnos, interiores de discotecas, la evidencia de que nosotros dejábamos de existir. Quedaron atrás la sorpresa, el escándalo y se destila la insoportable certitud de estar en otro planeta más allá de Neptuno.

Al segundo día, la bibliotecaria miope le confesó que prefiere canales que emiten en lenguas incomprensibles, como la televisión egipcia y películas rodadas en los estudios de Bombay para mitigar en parte la incomunicación, el desencuentro del lugar en invierno. Ella hace esfuerzos por disimularlo, pero Claudio reconoce los síntomas de la desesperación femenina.

-Si. Eso es todo, respondió la mujer. Lo que usted consultó es lo que tenemos sobre el balneario y publicado aquí. Disculpe la indiscreción, si me dijera con exactitud que es lo que busca tal vez pueda ayudarlo mejor.

La sugerencia resultaba pertinente. Cuando Claudio se vio en la obligación de ordenar con palabras lo que parecía claro en el pensamiento tuvo dificultades.

-Esa es la cuestión mi querida señora, comenzó a explicar Claudio, como si tuviera que describir un tríptico de Bacon a un grupo de desquiciados que lo entienden seguro sin explicación alguna. Lo que busco son poemas, siguió, pueden ser textos breves probablemente firmados con seudónimo, puede que con iniciales, con un nombre de otra época y tal vez falso, para dificultarle la tarea ignoro la fecha precisa de las publicaciones. En cuanto al autor tengo la casi certeza que se trata de una mujer, si bien carezco de toda referencia bio e incluso bibliográfica. ¿Entiende mi situación?

Ella lo escuchó, parecía interesada en el disparate y respondió con aplomo profesional. Se tomó el tiempo

suficiente para evaluar si la exposición de Claudio era una farsa que la tenía por destinataria o el discurso de un enfermo mental, escapado de asilos capitalinos; optó por continuar la conversación como si lo escuchado fuera normal y Claudio buscara consejos cautos de lectura para el fin de semana.

-Mi desconcierto puede dejarse de lado, dijo ella. Lo que busca es más difícil de hallar que la dicha y dudo que lo encuentre en anaqueles con libros. En fin, agregó. Hace tiempo que no encontraba a alguien buscando tan a ciegas como usted... debe haber una pista para comenzar.

-La hay, claro, la pista, dijo Claudio. Si se lo cuento me temo que será peor, habla de sueños y los encantos expuestos de Flor de Maracaibo.

-Ya veo, dijo la mujer y se acomodó los lentes, observando si había por la entrada lectores habituales, en caso de que el desconocido sacara del bolsillo una enorme navaja y la atacara.

-Yo busco poemas sin autor, continuó Claudio, haciendo un esfuerzo para llevar sus palabras a un dominio de sentido común que evitara el rechazo.

-Agotada una etapa y procediendo con método, creo que llegó el momento de buscar poemas sin editor, dijo la bibliotecaria y esperó la respuesta porque lo dicho era atinado.

-¿Cómo es eso? preguntó Claudio saliendo de la encerrona de los últimos días, sintiéndose tonto por haber

omitido esa pista, buscando que la conversación se orientara al terreno de los lentes de aumento y noticias incomprensibles que bajan a Piriápolis desde un satélite.

-Muy sencillo. Yo misma tengo en casa tres cuadernos de poemas de mi autoría, dijo la mujer. Nunca los publiqué, son malos y me daría vergüenza que alguien los leyera, pero los poemas existen. ¿Conoce el año en que el autor que busca vivió en Piriápolis?

-Oriana pasó por aquí, de eso estoy seguro. En el sueño ella me indicó el Argentino Hotel de aquí como la nueva pista a explorar, dijo él y cuando vio revolear allá lejos después de los cristales los ojos de la mujer, entendió que dejarse ir en confesiones era inconveniente. Bueno, agregó, eso no viene al caso. Como le dije, estoy seguro que ella pasó aquí una temporada; de ahí mi suposición, puede que errónea, que publicó alguna cosa en Piriápolis. Corazonada por lo visto equivocada, pues creo que con su amable ayuda agotamos las variantes.

Sin que ella lo tomara en serio, puede que el cansancio ocasionado por la programación de la televisión egipcia haya sido determinante para que la mujer insistiera en orientarlo.

-Tampoco es tan así, dijo para contrarrestar el abatimiento del buscador capitalino. Le faltó consultar el sector de los manuscritos depositados por iniciativa de los autores, puede que allí encuentre algo, una puntita de la madeja...

Claudio, que había aceptado seguir adelante en la aventura alternando sueño con realidad tenía ese día dificultades para distinguir entre escritura y publicación, se dijo que la insistencia del sueño pudo inducirlo a la idea falsa del poema en Pirlápolis; falsa e incompleta pues nunca entró en detalles de edición. Esa fue la razón por la cual la imagen transmitida, como si el sueño fuera un fax conectado a fotocopidora de colores apocados, no fue puertito de pescadores costero ni una mansión abandonada hace años, semienterrada en las dunas, tampoco el castillo del fundador pionero del balneario, sino un laberinto de cientos de habitaciones y que lo obligaba a golpear centenares de puertas, caminar kilómetros de corredores y subir miles de escalones hasta dar con el pasaje apropiado.

La sección manuscritos de la biblioteca municipal se limitaba a un mueble con puertas de vidrio y que estaba sin abrir por lo menos desde el tiempo que se consagró la Cruz del Valle de los Caídos, ya sabemos dónde. La tarde que buscó en esos estantes Claudio semejaba un monje medieval orando y lo pareció confirmar el espesor del nuevo fracaso. La mayoría de los inéditos revisados permanecían en la etapa artesanal, había una síntesis manuscrita con letras de imprenta de la "Historia de los heterodoxos españoles" de Marcelino Menéndez y Pelayo, relatos de naufragios en el lugar a causa de una piedra traicionera que ningún capitán advertía, el proyecto fundamentado con citas de los Padres de la Iglesia para canonizar un cura de



las inmediaciones, que había salvado unos perritos de morir ahogados en una crecida y otros asuntos delirantes por el estilo.

En otros legajos, que pasaron la etapa del cuaderno manuscrito y estaban en las hojas cosidas, distinguió el sello borroso de una imprenta de la ciudad y decidió seguir ese pálpito. Comparando fechas se comenzaba a distinguir el aguafuerte temporal de Oriana –que rechazaba rubíes incrustados y la arena cayendo- Claudio corroboró la existencia de dos pequeñas imprentas que funcionaron en Piriápolis en el pasado adecuado. Una de ellas se incendió por los años cincuenta, causando pérdidas totales como consecuencia del atentado sin reivindicación y nunca dilucidado por la policía, explicable por el contexto histórico del mundo y la región. El propietario, que llegó a Uruguay escapando de persecuciones de guerra y tuvo el coraje de editar folletos sobre campos de concentración y el antisemitismo decidió abandonar el país, regresar a Europa en las afueras de Linz. La segunda editorial languideció acompañando con dignidad la decadencia del país hasta cerrar sus puertas en 1960, como si no hubiera soportado el cambio de gobierno y las inundaciones del litoral uruguayo, según los comentarios de la directora espiritual de Claudio en Piriápolis. Sobrevivía al desastre un heredero de la firma, más simbólico que administrativo, individuo antisocial y huraño al extremo que habitaba una casona en las afueras por el viejo camino que lleva a Pan de Azúcar.

La mujer de la biblioteca, tan mesurada en apariencia, contaminada por noticias intraducibles llegadas de El Cairo y Luxor lo apoyó en la indagación. Desde su escritorio, luego de trabajosas negociaciones telefónicas que hacían presumir entrevista complicada, Claudio concertó un encuentro con el señor Mautone. Hombre desconfiado, reticente en adelantar información y sorprendido ante alguien que, venido de la capital en pleno invierno, se interesaba por las pasadas actividades de la familia. Estaba claro que sería para Claudio el último contacto en la zona de Piriápolis.

A todo esto habían pasado tres días. Rita muda sin llamar desde el estudio lo inquietaba y el diálogo con Aquel estaba herido de muerte. Era preocupante la sensación de que nadie lo esperaba en ninguna parte exceptuando el pasado y a él le gustaría que también la mulata de la calle Andes. La ciudad donde alguien –Aquel para andar sin vueltas- encontraba gerentes de comunicación para convencerlos de la creatividad 2000 y responsables de medios negociando mejores descuentos para sus clientes, estaba tan alejada de la biblioteca de Piriápolis como las trincheras de Port Arthur. La ciudad lejana prescindía de la presencia de Claudio; él debía escapar de Piriápolis y pronto, de permanecer allí tres días más quedaría anclado para siempre en el lugar, caminando cada mañana hasta el puerto, yendo a mirar la llegada de barcos arrastrando redes, sazónando mejillones al vino blanco en vasijas de

barro cocido, pescando roncaderas desde las rocas con aparejo, fumando en pipa. Piriápolis tenía más galerías secretas que el British Museum de Londres.

-“The Shining” de Stanley Kubrich pudo filmarse cualquiera de aquellos días en el Argentino Hotel. La ciudad era el jardín laberinto donde se pierden y mueren congelados los locos atacados por la escritura. All work and no play makes Claudio a dull boy, all work and no play makes Claudio a dull boy. ¿Usted entiende inglés Peralta?

-Of course, respondió el editor.

El último sueño inducido por Oriana tenía algo de secuela perversa. Una perfecta celada, puede que la prueba para testar hasta dónde Claudio era capaz de seguir ciegamente sus órdenes, sumiso y sin oponerse, continuar atado al mástil de la fidelidad, abandonarse a las intuiciones cuando el músculo duerme y la ambición descansa.

**De** camino a la entrevista, Claudio recordó una publicidad radial escuchada en la infancia sobre el cambio Mautone, un agente de loterías y quinielas montevideano que se jactaba de estar ubicado en la calle con más suerte de la ciudad: cambio Mautone que hacerlo rico se propone. Era suficiente con apostar allí para salir de perdedor y acercarse a la opulencia en cuestión de horas. Nada más distante del mítico cuerno de la abundancia que el aspecto del extraño personaje que lo recibió a eso de las diez de la mañana, un viejo desagradable y mugriento que inclinaba el cuerpo al hablar exagerando una supuesta sordera. El cáncer le había devorado las cuerdas vocales y buena parte de la garganta, hablaba a través de un aparato a batería que le daba aspecto de autómatas cínico de casa del horror y abusaba del sonido mecánico que emitía, de gramófono descompuesto de la época pionera.

Lo primero que le preguntó al visitante fue de que signo zodiacal era, como si eso condicionara la continuación de la conversación y se rió al escuchar que Claudio le respondió Piscis.

-Dos pescados, pero mire que casualidad, dijo.

Luego lo invitó a pasar a lo que alguna vez fuera un living para humanos con sillones tapizados de cuero, muchas lámparas de diferentes estilos y bibliotecas abarrotadas de libros sin tocar después de años. Puede que hubiera tiradas por el suelo alfombras persas, incluso podía suponerse con imaginación ventanales amplios dando al patio interior con

aljibe y plantas. Si hubo alguna vez aberturas conjeturales estaban cerradas, el recinto parecía condenado a oscuridad perpetua dando la sensación del mal bajo la apariencia de una biblioteca. Esa parte de la casa del Mautone heredero, que guardaba signos del orden abandonado y manías olvidadas de coleccionista metódico, más repugnante que una tapera confiscada por comadreas mugrientas, era la buhardilla de un sucio empedernido y cerrada hace años, le comentó a Peralta.

-Si fuera verdadera esa superstición que afirma que los gatos son antena de vibraciones invisibles, obelisco cósmico de cuatro patas, pirámide viva con bigote y cola usurpando el enigma sagrado de los signos egipcios, la jauría de gatos histéricos que rondaba la pieza, tal vez alguno persa verdadero como las alfombras tapadas por la mugre y que se movían sin parar en todas direcciones, créame Peralta, despertaban dudas bien fundadas sobre la suerte final de Mautone, que hablaba igual que una máquina tragamonedas y al que el más emprendedor de los felinos le devoraría el hígado sin contemplación. Primer paso, comienzo de la horripilante orgía de sangre que haría eyacular al mismísimo Lovecraft.

Eso de los gatos plurales y coexistiendo en armonía concertada con el viejo Mautone, que acaso tuviera un poder secreto para mantenerlos a raya, tal vez pudiera soportarse si consideramos la resistencia moral de Claudio esa mañana. Repugnantes eran los olores acumulados de

varias generaciones de gatos, que la promiscuidad del recinto había degenerado de las altas funciones del pasado milenario y sacerdotal a la avaricia semihumana del presente; sin olvidar los meados frescos dispensados de apuro y en todas direcciones cuando escucharon llamar a la puerta.

Esos gatos reaccionando en conjunto despertaron en Claudio el recuerdo del lanzallamas que descubrió en la infancia.

-Terribles artefactos aquellos, amigo Peralta, terribles. Se los conocía en las películas de propaganda sobre la guerra del Pacífico, cuando los infantes de marina en Corea y las islas incineraban nidos de ametralladora camuflados en la jungla, defendidos por pérfidos asiáticos. Ante los gatos de Mautone me vinieron ganas de tener un aparato de esos entre las manos.

-Yo el lanzallamas lo apuntaría hacia Lovecraft, dijo Eliseo.

Mautone era consciente de la reacción de asco que provocaba su cubículo donde merodeaban a sus anchas algunos ejemplares de raza, pero la mayor parte de la gatería carecía de alcurnia. El viejo disfrutaba con la disyuntiva del visitante, que dudaba entre salir indignado del lugar y dando un portazo ofendido por el panorama o soportar la agresión de la situación. Simulando sorpresa porque la finalidad de la visita era más poderosa que las necesidades fisiológicas, normales por otra parte, de sus

animalitos de compañía. Mautone incluso se permitió algún comentario mordaz sobre la fresquita que venía la temporada, lo aconsejable que era cerrar la casa para evitar recaídas gripales, imponiendo al intruso la parodia de hospitalidad, teniendo presente el recuerdo y olor inconfundible de un pozo negro.

Según Claudio le contó a Peralta, él creyó que ni los gatos podían soportar el olor de sus semejantes, la mayoría tenían el aspecto de estar persiguiendo de cerca, casi dándole alcance a la rata de la locura alimentada de cadáveres. Nada en los términos del recibimiento parecía corresponder a la causa original de la entrevista. Centenares de gatos habían meado con aplicado desprecio sobre los peristilos expuestos de Orquídea Salvaje, movidos por la notoria intención de quemarla de raíz, marchitarla con ácidos diuréticos antes de continuar con el resto de los jardines.

Ni la incidencia nefasta de algunos azares, ni el recuerdo del encuentro de enero en la BN podían justificar éticamente esa infamia inicial. El asco experimentado, al contrario de acercarlo al espectro de Oriana parecía alejarlo con desprecio y sin embargo, le comentó a Peralta, la belleza de los textos transcritos se iluminaba por contraste ante esa pocilga. Claudio decidió seguir adelante en su expedición al aquelarre, para cerrar de una vez por todas el capítulo Piriápolis y abandonar el balneario descargado de dudas. Era la conjura de lo desagradable contra lo

perfumado de la indagatoria, el oneroso peaje de la mítica recepción del Argentino Hotel recién inaugurado, donde un quinteto eslovaco tocaba el Andante de "La trucha", música preferida de los cofrades de Mautone. Así conectaba a esa demencia felina movediza, degradada y sumándose al ronroneo oral se entreoía el ruido de Mautone riendo, que sabía que tras sus centinelas meones, más vigilantes que las ocas romanas, había en su casa tesoros escondidos.

Lo que él heredó de sus mayores fue la antítesis del amor a los libros y concluyó en proceso acelerado para activar los peores agentes destructores. Sustituir los volúmenes por una biblioteca aberrante, donde los gatos eran el único autor autorizado a ser leído, con sus propias obras completas, dispuestos a devorar junto con el dueño de casa la cariñosa expresión ratón de biblioteca. Desde las primeras palabras y ruidos intercambiados, Claudio adivinó en Mautone un crítico literario de incierta vocación, que por ardides de la herencia biológica se encontró instalado en la función de editor; reivindicaba su negativa a continuar publicando como autoelogio personal, esto último lo argumentaba con la razón tensa, imbuida de hipocresía, de evitarle fatigas inútiles al confuso mundo de las letras, poniendo en circulación un sinnúmero de verdaderas porquerías prescindibles. Vivía atrincherado en la casona igual que los oficiales nipones que, luego de treinta años resistiendo en las selvas del Pacífico nunca supieron del final de la guerra ni de la firma del armisticio, como si por



décadas hubieran estado aguardando, acechando la llegada de gente despreciable, enviados del enemigo que vendría hasta su refugio a intentar estafarlo.

La actitud de Claudio, curioso pero distante de la voraz impaciencia del investigador que sabe lo que quiere, luego de pasados los primeros minutos logró decepcionarlo y aguzar sus defensas entrenadas en el trato cotidiano de fieras al acecho. En un instante de lucidez, ritmado por el salto inquietante de un compacto barcino de dimensiones más que respetables, Claudio intuyó el modo de funcionamiento de la cabeza del viejo Mautone. Lo dejó internarse confiado en su perorata despreciativa relativa al mundo y amplificadas por membranas artificiales, dándole por momentos con asentimientos de cabeza la razón en sus diatribas, haciéndole entender que nada de su hipotético patrimonio codiciado le interesaba.

Además de los decorados vivientes en estado de alerta, se instaló en la conversación un desajuste creciente. El malentendido sin resolución entre lo que Claudio buscaba y la indudable calidad de los tesoros literarios que el viejo Mautone escondía. Debió de ser así.

-Cuando mencioné como al pasar el asunto de Orquídea Salvaje, de una muchacha llamada Oriana para ser preciso, yo le juro Peralta, el viejo lanzó por la tramoya implantada y la prótesis de garganta una carcajada escalofriante. Ellos, si bien debían estar habituados a las reacciones de su amo,

también se conmovieron hasta olvidar su condición de testigos parciales y ganados para la causa.

-Muy impresionante su cuento con gatos. La foto, ¿consiguió la foto? Mire que los plazos se nos vienen encima, recordó Peralta.

**-Ah,** dijo Mautone una vez finalizados los estertores magnetofónicos y que parecieron destaparle la sordera. Tanto misterio ayer de tarde por teléfono, tanta urgencia por conocerme personalmente y ello para terminar decepcionándome. Así que a usted lo que le interesa son los versitos de señorita...

Con dificultades exageradas el viejo se incorporó del asiento desvencijado cuya sola proximidad podía provocar arcadas, pateando con saña a los gatos que venían a frotarse contra su pantorrilla se dirigió a un rincón oscuro de la habitación. Al tanteo encendió una lámpara que en la penumbra parecía un Gallé con motivos botánicos. Durante un par de minutos hurgó en un baúl cerrado con llave, de allí sacó una carpeta vieja atada con cinta descoloridas. Luego de olfatearla con ostensible delectación, que hasta podía pensarse en una fuente con salmón ahumado noruego, regresó al centro de la habitación.

-Este cartapacio lo meó Ismael Velarde, eso fue hace mucho tiempo, dijo Mautone. Ismael era un angora incestuoso sin costumbres hogareñas, detestaba la poesía de señoritas y tenía debilidad por los relatos con gauchos. Habrá notado que últimamente los gatos han perdido el olfato literario.

-Me temo que no sólo los gatos, contestó Claudio, evitando cualquier disquisición sobre pareceres literarios que lo llevaría a una encerrona sin salida.

-Es a causa de la comida enlatada, siguió Mautone. Los vuelve estúpidos, continuó diciendo con aplomo y seguridad de veterinario jubilado. Otrora, la cacería cotidiana de la pitanza al vuelo y la reconocida vivacidad de los roedores, les aguzaba el sentido crítico ante los escasos placeres de la existencia. Vaya al mercado, verá más variantes de alimento para gato con gusto que de paté para humanos, siguió mascullando el viejo, cambiando de estrategia, procurando una complicidad de escolar durante el recreo.

Sin advertirle agua va Mautone le tiró el legajo y Claudio se vio obligado a atraparlo antes de que cayera al suelo. Fue una reacción regulada con máxima prudencia, su asco al tocar el objeto fue notorio y la zona vil de Mautone agradeció el rechazo.

-¿Es ahora que viene lo importante? le preguntó sin rodeos, como si viniera de desenmascarar en el envión la verdad del complot que lo asediaba. ¿Llegó la hora de la puñalada, del facón que sale de debajo del poncho?

-Ya veo Mautone, usted cree que en mi visita hay gato encerrado, le respondió.

Claudio replicó con la cautela de alguien que se sabe en terreno inseguro, dudando entre seguir la conversación por el pretil de las sospechas firme del viejo Mautone y abrir la carpeta que le tiró, como si fuera la llave de la habitación 1937 del Argentino Hotel de Piriápolis o armarse en actitud defensiva. Máxima alerta por si comenzaba una arremetida

espontánea de los gatos, fieles servidores de la memoria de la imprenta familiar.

-En esta residencia, muy señor mío, hay de todo menos gato encerrado, respondió Mautone. Orquídea Salvaje, por favor mi querido amigo... yo supuse que venía para arrancarme las últimas cartas de José Enrique Rodó, el cuaderno de tapas azules de Ducasse, un relato inédito de Felisberto Hernández, el testamento literario del malogrado Quiroga. Por favor... Orquídea Salvaje... por favor...

Claudio lo escuchaba como quien ve por primera vez un animal fantástico de cerca. El último de los Mautone estaba loco de atar y en su delirio se inventaba editor, coleccionista de manuscritos, maligno vocacional que guardaba materiales preciosos a propósito. Atrocidades que pudieron haber sucedido luego de la muerte del padre, después de la operación a la garganta, al mismo tiempo que los gatos tomaban la casa por asalto.

La carpeta en las manos, Claudio tardaba en admitir que tenía en su poder un conjunto de materiales perdidos de Oriana y cuya existencia a nadie había interesado por más de medio siglo. Papeles de autor que podían alterar aunque fuera poco una ilusión del pasado de la literatura nuestra, es decir su nefasto porvenir. La situación se volvía interesante, Mautone estaba en el tramo de su existencia cercano a la muerte y dispuesto a librar sus secretos pero bajo condiciones acordes a su locura. Para dicha empresa Claudio no era el hombre de la situación, los sueños que lo

trajeron a la casa Mautone y tal era la solución del acertijo que le propuso agosto, nada le habían indicado de una tarea complementaria de restauración de otras atrofias, ni de su contribución al enriquecimiento de las letras nacionales.

-Era así. Oriana me negaba el tiempo requerido para otra lectura que no se instalara en el interior de su obra. Si yo hubiera tenido otra debilidad previa nunca habría sido el elegido de enero. Aquellos primeros meses de concentración y capacidad de renuncia, que incluso afectaron mi vida sexual, que era cosa seria Peralta, se lo aseguro, merecían esa confianza. La pasión por ella y su escritura debía ser exclusiva, más poderosa que cualquier otra ambición. Ella resultó amante celosísima, yo su admirador sumiso que respondió al llamado con fidelidad de bolero y celos de navaja.

Escuchando delirar a Mautone, Claudio se prometió que al regreso a Montevideo les dejaría una nota a los muchachos del archivo de la BN con un plano detallado y avisándoles del tesoro escondido. Unas líneas diciéndoles que se dieran una vuelta por Piriápolis donde había materiales preciosos, puede que decisivos para dilucidar ciertas lecturas; aunque fuera probable que, llegado el momento, Mautone negara lo dicho ante el visitante e incluso amenazara a los funcionarios con una escopeta de dos caños, cargada con cartuchos rellenos de garras de gatos caídos en cumplimiento del deber.

Era prioritario escapar de la casa sin arañazos infectados y el menospreciado manuscrito de Oriana bajo el brazo, me contó Peralta que le dijo Claudio.

-¿Así que de la buena mercadería nada? lo interrogó Mautone, sin terminar de comprender el desinterés del capitalino luego de sus insinuaciones.

A todo esto Claudio observaba que los morrongos estaban bien atentos, pendientes de la continuidad del diálogo entablado sobre cuestiones que justificaban su presencia en el lugar.

-Esos gatazos hijos de puta sabíanlo que yo soñaba, así como le cuento Peralta; sabían lo que había soñado la noche anterior y mi verdadera razón para estar allí, por eso me perdonaban la vida.

-Tal vez en otro momento Mautone, contestó Claudio, sin permitir que el tono de la voz dejara entrever un rebuscamiento en su estrategia. Esos nombres que usted evoca con tanto respeto, ilustres compatriotas, están y con justas razones en el camposanto. Tienen tumbas visitadas por las jóvenes generaciones y sus almas trotan por las praderas del Monte Parnaso. Orquídea, es decir Oriana y dejemos el Salvaje de lado considerándolo un pecado venial de debutante, es por el contrario una fragancia injustamente olvidada. Alguien que cada tanto se me aparece en sueños, clara señal de que su alma carece de reposo.

Los gatos y Mautone escuchaban, dejaron que Claudio hablara para saber si el intruso era capaz de estremecerlos.

-Si es así como lo cuenta puedo llegar a entenderlo, dijo Mautone, y por primera vez en la conversación salieron del aparato sonidos que en algo remedaban a la condición humana. A mi es abuelo que me visita, se me aparece bastante seguido. Es curioso, viene a pedirme que reabra la imprenta por él fundada y que edite lo que hay guardado en el baúl de los difuntos. ¿A usted le parece una buena idea?

-Tal como están las cosas en el mundo, la sugerencia de su abuelo es un disparate, dijo Claudio y si hubiera insinuado lo contrario o cualquier otra cosa, pedirle que abriera una ventana para que penetrara luz en la habitación, que tirara en la entrada un chorro de creolina, habría sufrido un ataque fulminante del batallón de felinos.

-Es lo que pienso, acotó Mautone. Fíjese que ha pasado tanto tiempo...

-Tanto tiempo que nadie le creería su buena fe. Ante el primer libro de esas firmas conocidas circulando en las librerías montevideanas con su sello, lo acusarían los mismos de siempre de hurto y falsificación. Usted sería asediado de inmediato por ambiciosos herederos de segunda generación y resultaría que, buscando hacer un favor desinteresado a la literatura nacional terminaría mortificado. Oriana es distinta, agregó Claudio bajando el



tono de voz y hablando lentamente. Fue ella quien me trajo a su presencia, piénselo.

-¿Ella está bien? preguntó Mautone como si hace años le hubiera confiado al visitante el cuidado de una gata enferma.

-Quién lo puede saber, le respondió Claudio explorando por primera vez lo que parecía una flaqueza sentimental del viejo. En su actual estado es difícil saberlo...

-¿Rencores? preguntó Mautone.

-¿Usted dice en relación a la imprenta familiar y por la postergación de la edición?

-Ahá, quiso decir Mautone y temiendo la respuesta de Claudio, dejó que la voz de parlante húmedo se prolongara en una súplica mecánica.

-Ninguno, respondió Claudio de inmediato, mirándolo derecho de forma alternada a los ojos y al agujero del diafragma. Ni el más mínimo reproche, ni llorisqueo, después de terminada la vida terrenal, supongo que es de importancia relativa el atraso en la modesta edición de un libro de poesía. Admitamos, entre caballeros, que ella tiene su orgullo, me permito agregar que justificado.

-¡Mujer al fin! exclamó Mautone, aliviado como lo haría un personaje misógino de una comedia burlesca después de una revelación. Mire a su alrededor, contra toda apariencia las que mandan aquí son las gatas.

-Lo que ella desea y sin exigir nada, es que sus poemas salgan a la luz, tomen aire para reverdecer. Que tengan al

menos una oportunidad de ser leídos, continuó Claudio, exagerando los argumentos sensibiles al advertir, si bien bastante lejos, la tan manida salida del túnel.

-Tiene razón, si señor. Puede disponer del manuscrito a su guisa, así hasta yo mismo me sentiré mejor, usted entiende. Al fin de cuentas ella fue de los autores más discretos y menos latosos que debimos tratar, dijo Mautone más calmo e instalado en la inesperada vereda de complicidad desagradable, como si viera en Claudio un gato nuevo de pelo corto. Si Oriana se entera de lo sucedido seguro me retira el saludo, pero debo confesarle que apenas la leí. Entiéndame, meros prejuicios por el papel tornasolado, la previsible caligrafía beata de colegio de monjas y el color cursi de la tinta de su letra de presentación. Razones suficientes para temer lo peor al final de la lectura, y estaba la prohibición de mi padre a seguir adelante con el asunto. Por todo ello disponga de lo que tiene en las manos. Me gustaría invitarlo a almorzar pero soy de los que no desayunan fuerte y sólo cocino pescado para ellos. Intento desesperado de mi parte, antes de que las latas de alimento y croquetas de colores los transformen en perros dóciles.

-Por mi parte está bien, tengo un compromiso en el centro y estoy atrasado, se excusó Claudio y sin glosar lo dicho por el viejo. Puedo leer la carpeta, sacar algunas notas y restituir en un par de días el material al patrimonio literario inédito de la empresa.

-¡Nada de eso! exclamó Mautone afirmando su decir con un elocuente gesto de la mano, que terminó por acomodar el parlante diminuto que hacía las veces de boca. Le ordeno que se lo quede, la prestigiosa imprenta y editorial Mautone e hijos no tiene intención, por el momento, de reanudar sus conocidas actividades de otrora. Estoy viejo para despertar el murmullo de las minervas y las guillotinas, en mi futuro la única tarea con sentido es cuidar a mis fieles amigos, lo que dice mucho de mi opinión de los hombres, y continuar la tarea de esconder papeles de la codicia tan expandida.

-Por lo que oí hasta ahora y la fe que usted me impone sin ver, se trata de papeles invalorables. Un verdadero tesoro, dijo Claudio.

-No tan de prisa. Un tesoro, mi querido amigo, tiene valor cuando alguien lo busca sin tregua, dijo Mautone. Si hay un tesoro oculto en esta casa es el manuscrito de la señorita Oriana. Tesoro porque usted vino hasta mi residencia en un día de mierda a buscar sus poemas, resistiendo el asco que le provoca el entorno. Para el resto de lo que hay en el baúl, veremos. Algunos días me pregunto qué hacer con esos papeles amontonados al margen del mundo, dijo Mautone, intuyendo que una parte del futuro escapaba a su control.

-Kafka hubiera aconsejado una buena fogata, dijo Claudio, cometiendo el error de buscar la complicidad literaria equivocada, porque para la relación entre los libros

y el fuego Mautone estaba más inclinado a la solución nacionalsocialista.

-Usted ha de ser comunista, dijo el viejo y volviendo de inmediato al presente de la conversación. Esas carpetas quedarán en el fondo cultural Mautone; hay en la vuelta dos sobrinos esperando que yo reviente, para luego envenenar a todos los gatos como si fueran una secta maldita y entrar a saco en los bienes familiares. Son dos brutos ignorantes pero los ampara el Derecho, me consuela saber que hasta para llegar a los ceniceros de peltre deberán pasar por varias capas acumuladas de mierda. Lo más probable es que lo guardado dentro del arcón termine expuesto en una universidad gringa.

-Lo más probable, repitió Claudio, confirmándole que él quería distanciarse del problema de los otros papeles. Nuestra Oriana optó por destinos más modestos.

-Se ve que era una muchacha sencilla, acotó Mautone dejando de lado la avaricia devastadora de sus sobrinos.

-¿Usted sabe algo del personaje que provocó nuestro encuentro esta mañana?

Era verdad. Claudio tenía en propiedad la carpeta de los escritos de Oriana que justificaban la imagen soñada del Argentino Hotel de Piriápolis y le faltaba información elemental sobre la muchacha. Un espectro discreto que permanece a distancia de la actual situación comandada por los gatos.

-¿Qué decir? Me parece suficiente el constatar que alguien la está soñando con cierta periodicidad, dijo Mautone con tino y delicado, haciendo un viraje en sus pensamientos orientados a la agresión.

-Ya es algo.

Claudio debió admitirlo y se resignó a esperar la nueva información que, lo más probable, llegaría en otro sueño.

-Para empezar está bien. Fue mi padre el que la conoció, puede que yo siendo niño la haya cruzado alguna vez en el taller donde solía jugar y si fue así lo olvidé. En el próximo sueño dígame que tuve una actitud generosa, compensando en parte el error familiar en aquellos días cuando nos dejó el cuaderno. Cuénteles que fui diligente tratándose de sus intereses, hasta último momento. Recuérdese.

-Es lo primero que pienso comentarle cuando ella decida regresar a mis sueños, le dijo Claudio, mintiendo, sabiendo que ese poder de interpelarla le estaba negado.

-Busque entre las hojas, seguro que hay allí una ficha de lectura firmada por mi padre, dijo Mautone. Quizá encuentre información que pueda serle útil a sus propósitos, los que sean. Ahora si me perdona...

-Le agradezco que me haya recibido, lo visité en un mal momento y me disculpo. Mañana es 25 de agosto, día feriado, dijo Claudio.

-Un circo patriótico inventado por políticos corruptos y militares sin honor. Yo me guío sólo por el santoral cristiano y el presente. ¿Sabe qué Santo veneramos hoy?

-Lo siento, ninguna idea.

-Lástima por usted, que parece un hombre simpático. La ignorancia termina por pagarse caro, su peor pesadilla es un pálido reflejo de lo que le espera en el infierno, dijo Mautone y avanzó la puerta dando por terminada la entrevista.

La despedida a puerta entornada fue desagradable y consecuente hasta el final. Mautone lo miró a Claudio con renovada desconfianza hasta último momento y luego, con gesto brutal pasó la traba interior que chirrió un conjuro de maldición. Fue recién al salir de la casa engatada, luego de recorrer doscientos metros y de repente que Claudio realizó la verdadera repugnancia que emanaba del lugar.

-Mautone está muerto, Mautone murió me repetía mientras avanzaba al centro, amigo Peralta. Está muerto pudriéndose hace semanas y los gatos son demonios inferiores aguardando el juicio final donde todo arderá, todo menos los pétalos incombustibles de Oriana que yo rescaté de ese pandemonium.

Lo vivido las dos últimas horas fue una alucinación espantosa que debería justificarse por el botín poético, el balance final estaba más próximo a ser pesadilla con felinos parlantes que a la zona del mundo llamada Piriápolis. Claudio se dejó ir por unas calles curvas, avanzando en zig zag, buscando alejarse de la nefasta influencia del castillo de los gatos por temor a que el viejo, arrepentido de tanta generosidad espontánea lo persiguiera, reclamándole la

devolución del cartapacio Oriana usando el adminículo implantado en la glotis a manera de altoparlante.

Claudio quería huir del laberinto balneario concebido por el viejo Piria y donde el monstruo central tiene cabeza de gato, los secretos son escritos que resguardan secretos literarios, reliquias del culto a la lectura, pasiones inconcebibles en los tiempos actuales. Avaricias comprensibles del pasado, cuando los manuscritos se amontonaban en imprentas artesanales del interior del país, modestos talleres anónimos sin nombre familiar en la puerta. Originales a la espera de las casualidades involuntarias que pudieran producirse, hasta ser uno de esos libros pequeños que se exponen en las vidrieras de la librería Linardi y Risso en la ciudad de Montevideo, cerca del sótano ácrata de Eliseo Peralta. Objetos de papel con errores ortográficos, sin guillotinar ni referencia alguna en las solapas testimoniando la historia brevísima de nuestra literatura y confirmando la sospecha de que la escritura logra sobrevivir en la clandestinidad.

Otra ingenuidad del año dos mil, en la marea invernal y sucia golpeando contra las escalinatas de Piriápolis había, si Mautone decía la verdad un río subterráneo de escritura por sugerencia de sueño. Claudio volvió a la escenografía con una perla natural de la bahía Oriana. Valió la pena, quizá los nuevos textos dieran el carácter inconcluso de la obra, el avistado final de la relación de sueño entre Claudio y Oriana. Salían a la superficie después de décadas de

quedar al abrigo del desgaste de las apariencias y la vanidad, eran palabras escondidas tiritando de frío, aguardando entre gatos satánicos su merecida primavera y estaba la paciencia de Claudio, hartándose del vaivén llevándolo de responsabilidades absurdas a la interpretación de los sueños dignas de revistas del corazón.



**Era** inconcebible deducir una relación natural entre ambos episodios y ello a pesar del orden en que se sucedieron. Claudio tuvo el deseo imperioso de alcanzar el fondo oculto del lugar, la región olvidada del mundo que nunca merecerá una transmisión por satélite para atraer curiosos. Necesitaba hurgar la basura amontonada detrás de las primeras escenas que ensayó con editores locos, bibliotecarias miopes, hoteleros indiscretos: ir hacia ese allá oculto hasta asegurarse que nunca más regresaría a Pirlápolis y que el asco fuera redoblado. Las ganas de vivir de cualquier manera deberían ser más poderosas que la escritura de ultratumba y el asedio retenido de los gatos. Lejos de la campaña publicitaria retro del Banco Comercial, ese universo recobrado y al que la lectura le restituyó el aliento, le tendió la trampa asignándole una insólita misión de rescate.

Reclamaba una tregua de manuscritos meados por los gatos castrados y sacudirse del cuerpo escorias de poesía olvidada. Un tiempo suyo para pelearse por teléfono con Aquel que miente en forma descarada, salir a toparse con un desconocido que reaccionara mal descifrando su mirada de amoral capitalino en el último de los boliches abiertos en agosto, buscar la lamparita marginal en la noche cerrada, el farol dudoso anunciando la oscuridad del campo y la frontera difusa de los empujados al margen por el crepúsculo ventoso. Llegar boqueando hasta el desangradero de la ciudad de paso, donde vagan perros

vagabundos que ni ladran y rondan sombras dispuestas a partirle la cara. Sería una buena manera de pagar esa madrugada el llanto sucedido durante la lectura de los materiales de la carpeta que fuera tirada con desprecio por Mautone unas horas atrás.

La variante de humildad vapuleada y la belleza que estaba reservada a otros se volvió insoportable después de la lectura. Claudio lloró imaginando a Oriana como alguien esperando el tiempo que fuera necesario para ser leída, una muchacha a la que ve reflejada en un cristal empañado y de pronto lo mira para saber si él es el otro de la cita pactada a ciegas. Los datos acumulados hasta la crisis, por otra parte carentes de hegemonía comenzaban a formar una silueta delicada de ella, que se complementaba con escenas imaginadas y Claudio consideró pertinentes para completar el retrato. Pensó movimientos de titiritero en el contraluz del teatro representando entremeses con aparecidos, el avance lento de cabezudos con cabeza de gato enormes que asustan a los niños en los desfiles de carnaval, imaginó una dama miope deshonrada con engaños en el Argentino Hotel atrapada en su desgracia por el daguerrotipo, una estrellita de segunda línea del cine mexicano pionero que termina bailando mambos lúbricos, desnudándose en escena para ganar la vida. Personajes y cuadros que pudo ver alguien como Oriana siendo niña. El milagro consistía en salvar la distancia que separa el cuerpo de los textos, mientras un poema sobreviviera ella sería

asociada a la cara inexpresiva de una muñeca de porcelana, vestida con encajes verdaderos de Brujas y un párpado averiado; vinculada al aliento de niñas que chupan pastillas de alquitrán en cuya cabeza proliferan ridículos moños de seda y terciopelo. Podían atribuírsele decenas de manías ocultas e irrisorias, equidistantes a su secreto de saberse escritora entre gente que la frecuentó ignorando su debilidad por las estrofas.

Esa poesía le confesó Claudio a Eliseo, a su entender y aunque pareciera absurdo estaba impregnada de cierta manera de morder el chocolate blanco. Los versos así preservados susurraban rubor de la vergüenza de orinar a cada mañana el efecto de tizanas nocturnas, haciendo ruido íntimo sobre porcelana pintada con motivos rococó. Las imágenes predilectas guardarían el hábito de rascarse entre los dedos del pie al levantarse, cólicos padecidos con estreñimiento de días, su manera de subir a coches de alquiler saliendo del teatro; a las suposiciones de marcas a vida en el cuerpo, lunares de nacimiento, pequeñas cicatrices involuntarias de los primeros juegos infantiles, la extensión del vello pubiano reflejado en espejos de mano.

-Nadie hace el esfuerzo de diferenciar entre el cuerpo y las facciones que de su vida nos legaron los muertos, es así Peralta. Eso pensé después de mi propia lectura del manuscrito Mautone.

-Por eso usted jode con las estatuas de la Biblioteca, dijo Eliseo, aprovechando la ocasión para desquitarse de algunos exabruptos escuchados días atrás.

El horror provocado por la lectura de un texto es marca inconfundible de poesía, bien distinto a la decepción que tarde o temprano termina por llegar. Lo ocasiona la confusión del texto leído, cierta relación entre humillación y sorpresa haciendo que lo adoptemos de inmediato. Se vuelve un doble de palabras que llevamos a cuestas y proporciona el placer incomparable de ver una zona del mundo de manera distinta, evidenciando lo poco que faltó para llegar a ser lo que quisimos haber sido. De ahí la reiterada costumbre, los deseos ardientes de conocer detalles del personaje que escribe hasta detectar la debilidad humana de la literatura que nos cambió la vida. Es paradoja de las biografías; partiendo de la escritura admirada, continuar buscando en la existencia una explicación de lo tenido por sublime, hasta finalizar en el bidé sin creolina y sábanas manchadas de esperma. Cumple una función terapéutica relativizando la desazón de ciertas lecturas, satisface el placer que conlleva asociar una obra poética a la ruindad. Claroscuros como se dice con cierta ligereza y propios de una vida cualquiera.

El manuscrito puede quedar estancado. Oriana dejaba de consubstanciarse en poesía absoluta como lo fue una mañana de enero en la Biblioteca Nacional, para ser la summa de hechos, de actitudes que la hacían ella y sólo se

concretaron sobreviviendo porque escribió versos que hallaron el receptor adecuado. Esa mujer llamada Oriana necesitó la escritura respirada y el auxilio ejemplar de la muerte, requirió la desaparición drástica en el olvido por más de cinco décadas, tomar el riesgo de quedar en las sombras a perpetuidad si alguien, en enero del año pasado no hubiera leído la fórmula secreta –que era el poema- para despertar la doncella de catalepsia ordenada en Florida, en la revista “Patmos”, en talleres de Mautone e hijos y su poesía escapara del estado de osamenta inservible, de páginas nunca más reproducibles.

Claudio llegaría a ver al personaje y los versos leídos en un boliche de lo que será centro de Piriápolis en verano, cuando el sol acaricie la piel de adolescentes sofocadas haciendo su poesía epidérmica pedaleando en bicicleta al calor de la tarde. A pesar de esa detestable circunstancia de lectura, la ausencia del verano y la risa de muchachas en flor, el manuscrito Mautone estaba protegido por los años transcurridos desde que Oriana lo entregó al abuelo de los gatos. El tiempo una vez más exageró la escoria de la vida. Si bien los versos eran algo, parte de ella como el pelo y la forma de las orejas, estaban dispensados de la memoria consciente de la muchacha secreta que los escribió, puede que insufrible en la vida social. Claudio lloró al sospechar que su tarea desbordaba el rescate de un personaje secundario del Parnaso criollo. Le imponía la obligación de asesinarla con violencia; cortarle la manía de

regresar, enfrentarla a su verdadera estatura, hacerle ver que su voluntad espectral era injustificada. Al ingresar en esa navegación por el pasado con falta de pericia, entrando en arrecifes de rubíes y esmeraldas, manos delgadas haciendo pensar la blancura del mármol, tocadas con anillos florentinos, de zapatos de gamuza azul y discretos sombreros con tul ocultando rasgos de ojos inquisidores Claudio cobraba el salario de una aniquilación.

-Esa tarde me pregunté si mi tarea no era liquidarla, hundirla por fin en el olvido en lugar de rescatarla. Como ve Peralta, a veces me equivoco.

-Ni falta que lo diga, y lo va a seguir haciendo cuando se enfrente a la duda más terrible, dijo Eliseo.

-Ahora que nos encaminamos al final de la historia usted me sale con la duda terrible. Vamos Eliseo, anímese a largar lo que tiene atravesado en el buche.

-Mejor lo dejamos para otro día.

-Usted sospecha que Orquídea Salvaje era anarca, adelantó Claudio socarrón y conociendo la tozudez del editor ante el silencio.

-A veces creo que usted me toma por un viejo pelotudo, dijo el editor.

Era manifiesto que Claudio llegaría en un día futuro a redactar la ficha de entrada sobre la desconocida del próximo diccionario uruguayo de literatura. La fecha y datos sueltos, con suerte una fotografía inexplicable al cotejarla con la obra dejando correr la incertidumbre sobre

la veracidad de imagen y lo escrito, como si la historia que por fin las unía presentara errores de correspondencia desde el inicio.

-Ello se facilitaba porque la historia de la poesía está ilustrada, plagada de groseros errores amigo Peralta. Las caras salvo casos excepcionales nunca corresponden con lecturas, las fotografías son una impostura, mire si Carlitos Baudelaire podía tener esa cara de carpintero alucinado, cautivo perpetuo de la absentia.

-Y hablando de fotos, dijo Peralta.

**Fue** breve el tiempo que insumió recorrer el cuaderno, sería enorme la distancia que se iniciaba entre lectura y despedida de la presencia persistente. Algún día la historia debería terminarse y cada uno por su lado, ese momento estaba lejano, las fuerzas invisibles del lugar poco hacían para facilitarlos. El procedimiento original era el mismo, un grupo de poemas sin referencia de autoría, faltaba la primera página donde debería figurar el título, la hipotética ficha había desaparecido y una mano que pudo haber sido la del padre de Mautone, escribió "O. Servetto" de lado, en una de las páginas iniciales. Puede que fuera cierta la importancia del coloquio de los gatos avanzando en la investigación me contó Peralta, que las cuadrúpedas antenas egipcias reguladas por la voz de victrola de Mautone, hubieran conseguido evocar el nombre de la mujer que alguna vez osó firmar Orquídea Salvaje. El espectro se resolvía en un nombre: Oriana Servetto, la doble misión que trajo a Claudio a Piriápolis llegaba a su fin, la imagen inicial del Argentino Hotel pudo revelar dos secretos: nombre y escritura inscriptos en la cinta de Moebius montevideana.

Afuera a pocos centímetros de Claudio había el clima apropiado para el invierno que el año merecía. En una mesa de café junto al ventanal empañado por el agua salada, confundido en la tranquilidad recuperada de otros parroquianos –ellos sin asomo de duda sobre la evidencia del cosmos o porque hallaron la respuesta adecuada- él



dejaba pasar los minutos repensando lo sucedido desde el encuentro de enero, sospechando estar ante un descubrimiento comenzando a desbordar sus cualidades. La poesía de Oriana Servetto dejaba de pertenecerle y debería ajustar ciertos detalles antes de la separación. Ella terminaba de usarlo, ensayaba la despedida y continuaba adelante sin desesperar; hasta estar segura de que la misión retorno pasaba a manos más competentes. Claudio leía palabras que podían asimilarse a secretos de familia, cartas obscenas de abuelas apacibles en apariencia, confesiones de envenenamiento entre primos envidiosos; asuntos así de perturbadores, como si durante el viaje emprendido días atrás Claudio hubiera marchado al año 1941. El tiempo era la meta primordial y él habituado a una vida privada agitada desafiante, comprendió la nostalgia que otros tienen por el recato melancólico.

-Yo que vivía conectado al instante con amistades dispersas por el mundo, estaba allí sentado fuera de la nada, deletreando palabras escritas con instrumentos que están en los museos. Paladín del discurso inflamado de la juventud intensa y búsqueda de estados segundos con el auxilio de drogas, aprendía a dialogar con los muertos.

-Me hago cargo, dijo el editor. Pasé hace tiempo por una etapa parecida, pero luego se cura como el mal de ojo.

-Eliseo, usted me debe una explicación sobre una terrible duda.

-Lo tengo presente, pero hoy tampoco es el día.

El viejo Claudio, que en el pasado se batió con criaturas repugnantes trepando paredes en noches interminables de insomnio sin somníferos, escuchando adentro del cráneo voz y guitarras furiosas de Frank Zappa, como si las ratas calientes tuvieran su madriguera entre las cervicales, estaba alucinado al ver, afuera, gente montada a caballo recortando silueta contra el horizonte marino, creando paisajes destilando destellos de locura campesina. Las voces saliendo de la radio encendida en el café eran las de Montevideo y no.

Ciertas fórmulas recientes de Oriana Servetto estaban al servicio diligente de niñas bailarinas, con cuerpiños que se verían tiempo después en el equipo de gimnasia olímpico rumano. Las de Servetto eran muchachas con tímidas tuberculosis y anemias latentes, bailando el penúltimo minué bajo la mirada atenta de gobernantas trilingües y atormentadas por sórdidos secretos. Era el universo de la danza añorada leída como empresa inalcanzable estando destinadas a incitar la inminencia. Las ropas cubriéndolas de tan transparentes disolvían su existencia entre palabras, los pasos que daban recordaban un código rígido de articulaciones en lenguas de orígenes eslavos, resultaba intrigante el contacto imperfecto entre gestos corporales y órdenes dictadas con palabras precisas incitando la perfección. Los objetos imprescindibles estaban diseminados en un desorden arbitrario, enormes superficies de pisos de madera lavada, barras de mástiles horizontales

para adiestrar en rigor extremidades menudas, zapatillas con cintitas larguísimas de cuento de hadas saturado por encantos. Los espejos eran sin trazos de hostilidad, delatores apenas restituyendo en la exaltación del arte perseguido pasos únicos y que jamás reproducidos sobre escenario alguno; repetían poses de púberes muchachas con vulvitas rosadas humectantes anunciando deseo del sexo masculino, desnudos involuntarias obsesionadas en tareas de ensayo y entrenamiento. Oriana apalabró instantes oscuros de acuarelas, el movimiento invisible que vuela de una escena a otra captada por Degas, la tierra de nadie entre fotografía y tela sobre bastidor, mundo cerrado en movimiento, concentración dialogando con el cuerpo, salto interrumpido indicado por la música marcada del piano vertical.

En un boliche tan resignado de su suerte que estaba abierto en ese invierno de la epifanía, Claudio descubría el prodigio en la armonía sugerida por el sonido de cada palabra. La interrupción calculada que hizo Oriana de los versos aislados, su disposición maniática de consonantes sobre cada hoja le llegaban al alma y él le dio la razón por haberlo interrumpido en enero. Esa proliferación informaba de una coreografía prioritaria, la de Oriana Servetto haciendo el pas de deux con la escritura poética, sin reclamar el protagonismo, insinuando la propuesta de una historia de la poesía y sensibilidad que pudo ser distinta entre nosotros. El cuaderno era apoteosis del movimiento

en el tiempo, soporte de vida que tiene punto de sostén en el extremo del pie quebrado y suficiente para hacer palanca sobre el mundo del lector; apoyo previo a proponer el aire como metáfora original y que a la manera de Mileto, recupera el carácter inestable de la equidistancia. Equilibrio entre vida y muerte, bochorno del fracaso y diferencia, apoyo metamorfoseado de ejercicio misterioso huyendo de la indiferencia. Caminar con ambos pies, insinuaba la poesía de Oriana, supone la persistencia de la animalidad entre los hombres, dice de una evolución inacabada. El despertar a las posibilidades del alma está en el secreto custodiado por muchachitas pequeñas y delgadas, doblegando sus cuerpos al borde de lo soportable para dar el paso faltante. La poesía de Oriana contrariaba la alegoría carnavalesca del funámbulo, haciendo de los espejos distribuidos en el salón de baile la demostración de dios: la oportunidad de contemplarse viviendo, captación concentrada en una superficie de la luz infinita. Dios dejaba de ser en la poesía de Oriana una esfera para manifestarse en la superficie lisa y espejada. El espejo demostraba, intraducible a ninguna de las otras artes que quieren hacer visible apenas el reflejo, el horizonte puntilloso de nuestra carencia y la corporeidad.

El espejo era terrible porque a la gran pregunta de la especie siempre responde "dios es tu cuerpo". Lo inaccesible del espejo impenetrable dice de lo estéril de nuestras muecas, como si dios se alcanzara no mediante

una ascesis mental de monjes tibetanos y ayunos castigando la carne dorsal en celdas castellanas, sino que fuera accesible por un movimiento del cuerpo, un pretendido ajuste entre cuerpo y música. Dios niega la ficción del alma reiterando la imperfección del cuerpo. La criatura humana y su reproducción es asunto de cuerpos, como lo son nacimiento, muerte, felicidad en secreto y la historia de pasiones, la locura, el suicidio. El amor es el elegido del cuerpo. Dios, se hacía evidente al final del librito, es coincidencia en movimiento que la humanidad persigue desde el fiero desgarramiento de las bacantes, el flamenco ensangrentado de cuevas al sur de Granada, Kabuki con fondo de Kodo fugando de la isla de Sado, en la locura panteísta de Nijinsky. Las religiones dignas del dios espejo son la danza y esa es su única liturgia tolerada.

-Tal vez porque había leído el libro de Oriana sobre el cuerpo y recordando lo hecho con el mío, pude imaginar que a dios lo hallaron dos hombres abrazados bailando un tango de Génesis a finales del siglo pasado, en un callejón turbio orinado por Maldoror en el puerto del otro en Montevideo, dijo Claudio. Esa sola posibilidad de dios también para los maricones, esa alegría hereje para todos era la felicidad que daba la poesía Servetto. Sensual y tolerante, implacable sin exclusiones. No hay más nada Peralta, dios murió porque alguien dio el paso correcto. El presente es una discoteca llamada Disco 2000, pero eso lo pensaba yo. El cuaderno de Oriana finalizaba en el

movimiento previo al de la revelación. Dios era el silencio de lo dejado de escribir y a la vez la celebración de esa poesía regresada del Purgatorio, proclamando que la muerte es desmemoria.

-A veces da gusto escucharlo, dijo Peralta. Dan ganas de creer en algo.

-Usted sólo cree en la libertad si es que me dijo la verdad, y además se está volviendo viejo.

-Estos últimos tiempos estoy inclinado a creer en la memoria, dijo Peralta. Tiene razón, estoy envejeciendo.

La rabia de Claudio en el boliche de Piriápolis comenzó al aceptar que entró en la celada Oriana con los ojos abiertos, era de los que para protegerse se prometieron sacar de su vida emociones que distraen, aunque cayera en contradicciones luego de escuchar patrañas al estilo del publicitario junior. Estaba confrontado a una variante rara del amor responsable del pequeño milagro de resurrección y era detentador de la buena nueva. Callándolo, los poemas de Oriana que logró reunir en sonambulismo marchaban contra la disciplina de rechazo, llegaban sin interferencias a su jerarquía íntima y que así interpelada parecía afectada de poliomielitis, lo desafiaban a cambiar siendo como tener un poder absoluto. Oriana era espejo poniéndolo a prueba e intermediario entre descontroles activos, situaciones del cuerpo prescindiendo de deseos evitando la voluntad.

Pura encerrona la obediencia oscilaba entre instrucciones del sueño y llanto lento catártico suicida en

Pirlápolis, desarmado por la lectura del código Mautone: salir de lágrimas filtrándose por la fuerza testigo de los ojos, que perdían la forma barroca al llegar a los labios para ser agua desabrida, goteando sobre la superficie de cármica sudada a tres centímetros a la izquierda del pocillo de café. ¿Cómo expresar la agresión plural concentrada en los límites de su cuerpo sin danza? La nueva situación era confusa teniendo como antecedente inmediato la entrevista matinal entre gatos hostiles y el cuaderno de Oriana. Ello sucedió cuando las novedades proponían otra etapa de su relación con los otros y absorbían la fuerza de fragilidad. Si Claudio hallaba su espacio de salvación sería al costo de rajar pedazos de voluntad; observando con objetividad ello era nada y no obstante sentía la carga del secreto hasta ignorar qué hacer con la privacidad.

Equilibrando emociones Claudio pensaba tener de su lado el convincente argumento del fuego, olvido súbito fulgurante, silencio de acallar a los próximos lo sucedido y que afectaba por el momento sólo a su vida privada. Sería cruel después de lo vivido creer que Oriana lo eligió a él para una revelación destinada al silencio. Había el segundo poder de destrucción de los materiales y el repudio a admitir su relevancia, puede que con lágrimas vertidas en soledad hubiera llegado el momento de destruir, llorar porque estaba en la noche previa a la fogata entre las rocas. Entonces si, bien lejos de Piriápolis hacer desaparecer los

protocolos de Oriana, las huellas escritas de su discreto pasaje por el mundo.

-Curiosa e inoperante concepción del poder amigo Peralta. Entendí que las potencias poéticas me dejaban especular hasta ahí... no más. Las fuerzas a las que había puesto mi vida en servicio me designaron como mensajero y vampirizaban. Destruían mi pequeña existencia, necesitaban que estuviera débil y decepcionado del valor del presente para escapar del naufragio del olvido.

-Naufragio del olvido es verso de bolero. Usted empieza a hablar como ella.

-Será de tanto leer a la Servetto, dijo Claudio.

-Cuando digo ella estoy pensando en la venezolana.

-Así que al final se dio una vuelta por allá, dijo Claudio y Peralta se hizo el distraído, se puso a revisar boletas como si hubiese llegado al sótano un inspector de impositiva.

Lejos de Flor de Maracaibo ganado por el silencio y la destrucción, llorar por causa de poesía en soledad a finales del último agosto del milenio lograron saturarlo, el llanto despejaba limpiando el camino para la reacción a la rebeldía. Claudio estaba hastiado de aceptar una tras otra sin oponer resistencia las órdenes del sueño; accedía al punto final del asombro y una vez salidas las lágrimas pudo, sintió el derecho a odiar las veleidades de señorita modosa. Ella, tan segura de sí misma, orando temas prohibidos bajo forma de adivinanza que le adelantara esa guacha de Oriana, insinuándole lo miserable de su actual condición y



la partida del tren de la redención. Pasó del café con gusto desagradable y rancio al coñac nacional servido en copa caliente, de lágrimas lentas a la rabia por haber llorado y le vinieron ganas de buscar bronca. Quería que estando ella cerca lo viera como nunca lo hizo antes, sacudirle esa compasión de tía perdonando una travesura al sobrino, escupirle el instinto maternal que a veces asomaba, dándole asco, probarle al espectro gentil que confió en él como testafarro improvisado, heredero designado de papeles de porquería, que podía mostrarle su verdadera manera de ser y que ella llegara a pensar que era un individuo despreciable.

Con vahos del tercer coñac decidió inmerecer el manuscrito Mautone que a fuerza de emoción y contundencia lo agotaba, despacharse con una actuación de las buenas contra el chantaje de melodramas de ultratumba, oponerle a la delicadeza de cuellos frágiles de niñas y piernas de niñas convergentes en vaginas entrevistas por Balthus el rigor de otros aductores. Se despertó muerto de frío en la parte trasera de una Ford y a su lado estaba el bolso de viaje, la camioneta rodaba en una ruta desierta que debería ser la interbalnearia vieja, preferida por contrabandistas y quienes se niegan a la estafa de los peajes. En esa hora desconocida el cielo adquiría el color de aurora invernal que hace recordar un incendio lejano o lo anticipa, a los costados pasaban luces salpicadas anunciando la pesadilla suburbana de las

grandes aglomeraciones, esa sensación de proximidad sin que nunca se concrete el minuto de llegar a la ciudad.

Era absurdo revisar los bolsillos, estaría sin un peso, le dolían las costillas del lado que se dan las patadas una vez en el suelo. Cuando se tocó la ceja izquierda ardida había aparecido un apelmazamiento de pelos y sangre seca, la paliza fue relativamente suave, el tipo o los tipos estarían tan borrachos como él cuando empezaron los insultos. Claudio contó que creía poder describir, en un recuerdo sin hora que lo fije el mostrador del lugar y la facha del que atendía, eso hasta la última caña pagada por adelantado, antes de seguir a uno cualquiera hasta las letrinas al descampado. Con el paso de los años se fue volviendo cauto, logró ir hasta el hotel: sí, eso fue antes, a buscar el bolso al que seguía aferrado. Lo de buscar el bolso fue cuando renunció a tomar el camino que lleva a la terminal de ómnibus. Seguía, dijo, teniendo el viejo olfato de cuando jovencito para encontrar antros alejados del bullicio, donde hay gente a la espera y a veces se da con la mirada adecuada. Esta vez se interpusieron las chiquilinas de Oriana y el hijo de puta de Mautone dirigido telepáticamente por el conjunto de los gatos. Le fue imposible recordar cómo había dado con los huesos en la camioneta, lo tiraron de lástima y asco o se trepó sin que el dueño de la Ford se diera cuenta, hasta puede que el tipo se haya apiadado observando la escena en el boliche.

-Si la capacidad de control alcohólico tenía fallas, el piloto automático venía de salvarme en otro aterrizaje de emergencia. Bonito final de aventura playera, dijo Claudio. Tirado entre montones de paja y escarcha, llevado de meados de gatos a una sospecha de chanchos cagados rumbo al matadero. Recuerdo que metí la mano en el bolsillo grande del gabán, allí estaban igual que dentro de una ánfora de aceite los papiros Oriana. Me odié por sentir esa tranquilidad de propiedad y pertenencia. Qué mierda todo, Peralta.

Resultaba que los afanes poéticos de esa yegua de Oriana le importaban me comentó Peralta y la estaba queriendo. Ella lo condujo sin precauciones al círculo del infierno Mautone, él luego llegó como pudo arriba de la Ford y dolorido a distinguir el lucero de la madrugada cerrando una noche infernal. Estaban a mano. Si ella pretendía continuar asomándose a su vida sabía a quién atenerse, ella y sus bailarinas; pero si ni la muerte había conseguido disuadirla, seguro regresaría otra noche de estas. La expedición tuvo la virtud de concretarse en un objeto y poner las cosas en claro entre ellos dos, marcó la paulatina desaparición de los secretos y tocándose la ceja partida Claudio aceptó que valió la pena.

El precio a pagar había sido justo y sin estafas, quería llegar pronto a la calle Muñoz, tomarse dos días para reparar los daños y regresar a la rutina; retomar el trabajo atrasado que se habría acumulado, evaluar si quedaba algo

a rescatar en su historia amorosa y contarle a los amigos pormenores de su aventura. Una escapada insólita entre trabajo y diversión que lo llevó al indescriptible clima de Florianópolis en Brasil, del otro lado de la frontera. El encuentro con el arquitecto que tenía el Balthus en el estudio y un gato persa que parecía mágico; todo era verdad, hasta el resbalón en el jacuzzi que le abrió la ceja y la secretaria miope pero elegante del arquitecto, que le trajo una copa de licor sagrado egipcio mientras esperaba en la antesala.

La camioneta cruzó el puente sobre el arroyo Carrasco que marca el límite de Montevideo, la entrada por la vuelta. Oriana nunca exigió nada ni quiso que las cosas sucedieran así, él debió colocar en la balanza las situaciones por las que era responsable y las reacciones del Claudio anterior a ella. Tenía que llegar pronto a casa; ahora que recobraba la lucidez era imperativo darse un largo baño con agua caliente, arreglarse la ceja golpeada como un peso welter de combate preliminar en el Canillitas Boxing Club, luego de la derrota por puntos a causa de la ceja. Después, enfundado en la bata reservada para las grandes ocasiones, como si llegara de su congreso de diseñadores gráficos en Milán cargado de novedades, repasar remitentes de la correspondencia tirando a la papelería sobres prescindibles, consultar hojas del fax, liberar lo grabado en el respondedor midiendo el peso aproximado de su ausencia. La curita en la ceja le quedaba paqueta y el ardor comenzaba a

disminuir, escuchó mensajes de amigos que marcharon a California, Montreal y Perpignan. De Piriápolis nada.

Claudio dispuso los papeles de Oriana Servetto sobre un estante, dejaría que pasara por lo menos una semana antes de intentar una segunda lectura. Amanecía de verdad sobre la ciudad con ese atraso del tiempo real que se produce en Montevideo. Ella le perdonó unas horas de sueño reparador luego del arriesgado rescate de su obra in extremis de las afiladas garras del olvido. Está convencido de que ningún sueño llegará a interrumpirlo, se dormirá pensando que Mautone estaría a esa hora en la cocina del caserón, hirviendo enormes corvinas sin ojos y lejos de estar frescas, trozadas para alimentar a los miembros del comité editorial aguardando impacientes en el salón del baúl y que son la casa, hambrientos y rabiosos contra el canceroso por haber entregado sin dar batalla –gritando ¡un gato, mi reino por un gato!- uno entre los más preciosos manuscritos custodiados.

**Al** despertar el entusiasmo de la víspera había desaparecido, Claudio estaba molido por las secuelas de la pateadura y las razones que la provocaron, en el cuerpo enfriado arreciaban punzadas movedizas y dolores musculares, la sandez de haber pasado por experiencias que debieron haber sido para otro. La bibliotecaria miope y Mautone prisionero de los gatos eran imágenes montadas en otra película. Los rollos se mezclaron de mala manera en la distribución con el consabido final, meses de preparación espiritual para finalizar en la absurda batalla de Piriápolis, donde la intuición de los sueños terminó en escenas de dibujo animado. En los próximos días y frente a los otros haría la resistencia con la ficción Florianópolis, resultaba más soportable que la idea de aceptar una vida de fidelidad dependiendo de cuchicheos del espectro poético.

Renunciar sería posible si él accediera a un estado de insomnio absoluto pudiendo matar el sueño. Había los cambios y la imagen de Orquídea Salvaje asimilable a patraña de vieja espiritista, convertida en personaje con rasgos humanos de Oriana Servetto compartiendo el tiempo distinto que tienen las ciudades; más bien el tiempo disonante que envuelve a Montevideo, con la complicidad de los paraísos plantados en las veredas cuando se acerca el viento de noviembre. Tampoco creaba objetos inflamables de la nada, los textos confiscados se negaban a ser el negativo del Claudio que quiso ser Oriana ni una

Servetto sublimada con el cuerpo de Aquel; para esas compensaciones epidérmicas tenía el cabaret de la calle Andes y la llegada oportuna del corpacho de Maracaibo, era a esa majestad duradera que debía regresar, ahí empezó todo y allí terminaría. La anomalía brutal y la sospecha del sentido oculto en "Puerta trasera" desbordando la coincidencia de la lectura Claudio la halló al ver bailando y desnudarse a la muchacha venida de Maracaibo, la enigmática Flor y tan diferente al resto de la gente que siempre conoció.

Lo que detestaba del vínculo con Oriana acentuado por los días en Pirlápolis, era la pasividad controlada a la que estaba sometido; esa manera involuntaria de recibir mensajes en clave, como un gato antena dormido con cloroformo sin responder a otro estímulo que el de Orquídea Salvaje y a condición de despertar siendo hombre torpe cumpliendo oscuras instrucciones. Hasta ahora resultaron más activas las incomodidades que las satisfacciones siendo comprensible su reacción. Claudio renegó de Oriana y por ese procedimiento la destinaba al más doloroso de los desdenes. ¿Podía actuar de otra manera después de las humillaciones vividas?

Decidió oponerse por sistema a los sueños hasta provocar el conflicto alejándola de sus días, sacudirla a fuerza de indiferencia para que ella se manifestara en términos humanos. Si una noche futura la poetisa volvía sabiendo y aceptando el desdén, él estaba dispuesto a

repudiarla por ser presencia de mal augurio; ello sin piedad, como a cabaretera debutante, que por estupidez de recato nunca se quita el slip bermellón final, la tirita en el tajo del culo untado con cremas fluorescentes, antes de llevarse el índice a los labios en torpe mueca de Lolita quemada mientras, pretendiendo encender la calentura visual en primer plano, inocular en tipos ansiosos recuerdos de hermanitas enfermas, sentimiento inconcebible en tales antros.

Eso llamado Oriana Servetto era cuestión mental. Le faltó coraje para deshacerse de materiales acumulados en los últimos meses que dura la relación irregular, como si él hubiera roto la pareja y guardado las cartas recibidas por si acaso; era tarde para la escena final y nunca habría reconciliación posible. Los materiales al sumarse, estando cerca por primera vez e interactuaban de manera imprevisible, en sinergia imparable disponiendo otra naturaleza; estado previo a la poesía y posterior a la literatura, desagradable a manipular por su indefinición. Tenía en su poder lo inconcluso sin antes mientras su autoría se reconstruía en algún lugar del tiempo, la escritura flotaba en aislamiento padeciendo el vacío por falta de conocimiento, comentario y juicios. Vivía una sensación dual: la aventura terminaría de una buena vez si él renunciaba y debería continuar pagando bonos al portador de su existencia si pretendía conocer el final que lo estaba aguardando.



**Durante** la ausencia de Montevideo el amigo lo había engañado de manera ostensible, si es que todavía el verbo engañar tenía algún sentido entre ellos; lo mostró sin asomo no ya de arrepentimiento sino de respeto por la historia compartida los últimos meses. La única reconciliación posible de Claudio era consigo mismo, cualquier actitud distinta a la separación haría de él un personaje que detestaba, alguien que nunca hubiera ido a pactar con Mautone.

-Lo supe desde nuestro primer encuentro después de mi aventura playera. Al escuchar mi poco creíble versión Florianópolis, que lo único que pretendía era llegar pronto a la verdad y comenzar una nueva etapa sin asperezas, Aquel la aceptó sin pestañear sin siquiera formular un pequeño reproche. Al contrario, me escuchaba manteniendo una sonrisa irónica, queriendo decir a mí que me importa tu aventura y ya te vas a enterar.

-Póngase en su lugar, le dijo Peralta.

El puente Florianópolis fue fallo de estrategia y en el momento que lo contaba Claudio decidió sacarlo de su vida con elegancia cruel; elegir la soledad por unas semanas, purgarse de sentimientos y cerrar las secuelas del asunto Oriana, la reacción de Aquel y la memoria de Mautone fueron modelo de corolario perseverante en el recuerdo de la señorita Oriana. Era recomendable marcar distancia; tomada la decisión de la ruptura, se propuso montar una puesta en escena sin respiración para el arrepentimiento,

dar un golpe de efecto definitivo que fuera imperdonable. Los detalles planeados violentaron su concepción del entendimiento entre la gente y era lo mejor para poner las cosas en su sitio. Su nuevo habitat era la soledad hasta llegar al final de Oriana y el lugar de Aquel era el mundo en su grandeza infinita, excepto la cama de la calle Muñoz.

A los pocos días del regreso Claudio le hizo pagar toda la basura amontonada en la casa Mautone, el frío del hotel fantasma calando hasta los huesos y las copas en el boliche de las afueras del balneario. El día señalado empezó por amarlo con tal ardor que Aquel olvidó caprichos artificiales, las veleidades de pasearse por centros comerciales en disponibilidad y celo perpetuo; se propuso recuperar la intensidad pasional de las primeras noches que pasaron juntos, madrugadas irrepetibles de felicidad, noches inflamables que jamás regresarían. La diferencia de edad debería serle de alguna utilidad ya que experiencia y cinismo marchan del brazo. Aquel, cuerpo embriagado por su belleza intensa circunstancial que suponía eterna, estaba en falta de recibir la educación sentimental y oyéndolo hablar sin convenciones podía hasta decirse educación a secas.

En premeditados días de vino y rosas Claudio procuró halagarlo hasta hacerlo sentir único, la diosa Nélide Lobato mito en lentejuelas con plumas descendiendo del pedestal de la pura Beauté, por la escalera Andrea Palladio al servicio del teatro de revistas sobre la avenida Corrientes del centro

de Buenos Aires. Lo decepcionaba por adelantado sospechar que Aquel no sabría quién fue la Lobato y se conformaría con parecerse a una modesta top model mercosureña. Dominándose, le quiso hacer durar unos días el poder de pasearse intocado entre la fea humanidad, envuelto en tapado de visón sin nada debajo, ni siquiera unas gotas de Chanel N° 5, halagado hasta el delirio desdeñando avances insistentes de cualquier peluquera amoral.

-Esas que disfrutan más robándole el macho a un puto que a otra hembra, le decía Claudio a Peralta quien, al escuchar un lenguaje alejado al de asambleas del gremio gráfico se acomodaba los lentes.

-¿Por qué habrá vuelto ahora precisamente? preguntó Peralta, como si confundiera las historias.

-Usted entrevera todo, dijo Claudio. Fui yo que volví de Florianópolis y vía Piriópolis.

-Pensaba en Oriana. ¿Usted se preguntó alguna vez por qué ahora y no antes? Es muy raro.

Cuando el día señalado se acercaba advirtió que Aquel era sensible a la apoteosis de halagos, Claudio exageró las actuaciones de sumisión y fingió arrastrarse a sus caprichos repetidos, le regaló una camisa de seda y dejaba mensajes en el respondedor hasta darle la ilusión del poder absoluto. Al verlo danzar el vals de la doncella sin cuestionarse en lo más mínimo, comprobando que aceptaba gestos de humillación del amigo con pasmosa naturalidad, al

escucharlo cantar frente al espejo como Mina en su época solar en la RAI, Claudio aunó fuerza suficiente para recordar que jugaba y despreciarlo sin remordimientos. Lo hacía durar porque verlo vivir era espectáculo sublime y quería preparar la bajada del telón a lo grande. Una despedida con martirio plural como el padecido por San Bartolomé, santo varón que agonizó con su propia piel entre las manos crucificado cabeza abajo.

La tarde del sábado que sería fatal Claudio llenó la bañera de espuma perfumada, puso al costado un toallón enorme y suavísimo bordado con iniciales entrelazadas de hilos dorados; mientras cuidaba la temperatura del agua buscando el grado irrefutable le dijo a Aquel con tono ensayado: "esto es para vos, que sos de rancho". Aquel si acaso escuchó la frase no captó la ironía, cuando quiso reaccionar tenía en las manos un vaso largo lleno de whisky levemente ahumado con bastante hielo y creyó que se lo merecía. La del baño fue la misma tarde que lo enloqueció con el repertorio sensual que años y otros cuerpos le habían enseñado, despliegue que esa tarde dio un resultado mejor de lo esperado. Lo amó hasta que Aquel en derroche incauto, irreflexivo desbordamiento de confianza y seguridad, con cierta condescendencia de la reina al eunuco le dijo: "te amo". Fue el momento señalado, Claudio reaccionó y sólo faltaron aplausos para rematar la actuación, la espera de esa brecha confidencial definía la última vez. Ahí mismo, como si tuviera problemas de

audición y en el espasmo la comprensión hubiera disminuido dejó caer la pregunta.

-¿Qué dijiste?

Para Aquel era dramáticamente tarde.

-Sos peor de lo que pensaba, repitió Claudio varias veces antes de continuar con el edicto: "En la próxima hora te vas de esta casa y de mi vida. Te vas."

Le previno que se abstuviera de hacer escenas de histeria desacordada siendo vox populi que la vida es una herida absurda. Tal como lo había previsto, rabioso sin terminar de comprender y comenzando a entender Aquel desbordado por la situación se puso a lagrimear.

Claudio le ordenó que se callara.

-Si te viera tu madre, agregó con un gesto que resultó efectivo y teatral.

Estando Aquel en el baño intentando comprender y buscando con desesperación la línea de contraataque, Claudio se sirvió ya sentado en el living un vaso de Absolut digno de general victorioso. La faena le había dado sed de algo fuerte antes de dar la estocada final.

-Ya conocés el camino de salida, le dijo elevando la voz sin mirarlo, réplica que pudo ser del Clint Eastwood en la serie de Dirty Harry.

En menos de cinco minutos -de tres- se escuchó el portazo sellando la separación, él se sentía estupendo y esa noche durmió de un tirón. Antes de acostarse descolgó el

teléfono para evitar la llamada azucarada de piedad o catarsis con insultos elaborados.

-Creo que a veces usted me inventa cosas, le comentó Peralta cuando Claudio finalizó el cuento del último encuentro.

-Oriana se divertía con las estratagemas que intentaba el Caballero de la Orquídea para rechazarla. Esa misma noche de fiebre y sábado ella llegó para decirme que estaba dispuesta a retenerme, así como lo oye Peralta, para reconfortarme haciéndome saber que había actuado correctamente.

-Muchacha educada, dijo Peralta.

-Me hizo soñar con Flor de Maracaibo y en la escena ella bailaba sólo para mi, con cada prenda que dejaba caer yo incorporaba visiones de su vida pasada. Recuerdo que a un costado estaban los negros Miles y John tocando "Round Midnight", comprendí cuáles eran las danzas y la naturaleza de mis dioses particulares. Fue en eso cuando una muchachita sin rostro se acercó y preguntó si quería un ramito de violetas.

-¿Violetas imperiales? preguntó Peralta, recordando los hombros al aire, pechos y labios carnosos de Carmen Sevilla veinteañera.

**Por** sugestión de mensaje olvidado, tal vez grabado en el pensamiento durante el regreso de Piriápolis, estando él sobre la camioneta golpeado, muerto de frío, a la mañana subsiguiente al portazo de Aquel, con gusto de vodka en el paladar, ojeras de jugador empedernido en noche de mala racha y tranco de uno recién salido de una hepatitis B, Claudio se halló recorriendo senderos sin secretos en el cementerio Central de Montevideo; el paseo duró algo más de dos horas. Como en episodios anteriores los datos fueron imprecisos y sin mostrar, ella insinuaba pistas a seguir, exigiendo al Caballero mejor dispuesto al diálogo luego de la ruptura un esfuerzo adicional de interpretación; hasta ayer se acercó a las peripecias de Claudio sin la intención de ser un estorbo, hoy lo reclamaba para que fuera a su terreno y la acompañara a salir de la muerte.

La sola idea de tener que vérselas de nuevo con gatos lo desalentó y Claudio comprobó en la entrada del cementerio que los perros vagabundos habían hecho un buen trabajo. ¿Qué argumento podía él oponer a ese recinto después de lo vivido anteanoche en la calle Muñoz? ¿Qué otra cosa hacer que dejarse llevar por lo inconcebible sin mostrarse impaciente? Permitir que la situación se aclarara por sí misma eligiendo un orden aleatorio hasta hallar el criterio óptimo. Empezar indagando por cualquier lado sería atribuirse un método que terminaría por ser eficaz: deambular entre piedras rectangulares numeradas y nombres grabados, miles de

apellidos alineados interpelando al caminante, páginas amarillas de la central ultratumba y números internos de la necrópolis Central siempre ocupados. La muerte sigue siendo metódica, los muertos ostentan nombres más visibles que el padecido en el anonimato de la vida.

El paisaje, aquello que Claudio descubría era el entierro en la más estricta intimidad de la relación con el encargado de Cuentas Periféricas de JWT, lo sabía por zorro viejo: extrañaría corbatas Hermés, mocasines Sebago y el sobretodo color caramelo en cuyas solapas el perdido amor dejaba caer unas gotas de Contradiction by KC. Claudio estaba cansado por el esfuerzo físico y espiritual que le insumió planificar la ruptura, fatigado por la duda de si lo hecho fue correcto y la necesidad de seguir adelante con el llamado de Oriana se justificaba. Ella resultó una mujer celosa, le permitía llegarse cada tanto a ver el espectáculo de mujeres desnudándose en escena sentado en taburete giratorio y tomando una copa; eso era claro y hasta que finalizara la tarea le impediría comprometerse en otra historia. Era probable que entendiendo el mal momento vivido por su caballero en asuntos de amor, ella deseaba mostrarle evidencias de su verdad, constancias tangibles sobre la realidad de su existencia, confiarle que era más que el recuerdo del sueño, darle la prueba de afecto digna de una mujer muerta y verdadera.

Fue un árbol de hojas perennes, recuerdo meteórico del gato tuerto en la segunda línea del batallón Mautone,



información que omitió pedir en la entrada del cementerio Central, el relámpago bordó estallando en el ombligo de Flor de Maracaibo cuando termina un número, cualquiera de otras casualidades que Claudio olvidó catalogar. Cerca del mediodía mientras el sol se concentraba en ese lugar, dejándole a las nubes sucias cubrir el resto de la ciudad, dio con la sepultura que lo estaba esperando; hallaba y lo hallaban a él el nombre oculto con cifras exactas de ecuación secreta. Territorio de intersección, puerta de paso entre textos rescatados, los muertos y el sentido de la expedición a Piriápolis, la separación de hace unas horas. Se inventaba un mundo de sustitución, la comedia de una sola mujer que le dijo al futuro ya nos veremos las caras.

Tenía números y nombres dando la apariencia de una vida, en la calle Muñoz había transcripciones a la espera, originales y notas sueltas que armonizaban esa mañana con otros signos grabados en piedra. La nada de hace unos meses y antes de que la lectura chocara en el archipiélago "Patmos", convergía en alguien que podía comenzar a buscarse, como si fuera la hermana perdida en la tormenta del desierto que legó a los sobrevivientes rollos de papiro cifrados, cuya lectura alteraba juicios inamovibles. Oriana debió ser una de las mujeres que trabajaron escoltadas por el temor de ser descubiertas, viviendo la incertidumbre sobre el valor real de lo escrito cada día, aceptando el desdén en vida y consideraba con seriedad dictámenes de

la posteridad, muchacha testaruda regresando para poner las cosas en orden.

Claudio le dijo a Peralta que, sin entrar en consideraciones sobre la calidad de la poesía de Oriana – que faltaba probarse- puede que su discreción y paciencia merecían el trabajo de cuestionar certezas repetidas, darle la oportunidad al menos de cotejarse con la biblioteca vigente.

-Las musas detestan a quienes sin rubor ni ocultar la soberbia, olvidando que la poesía ama la ironía, asumen un tratamiento de semidiosas en vida. Usted lo sabe mejor que yo Peralta, la obra y en ello incluyo lo mejor del pensamiento anarquista, exige la totalidad del esfuerzo. Se saben indignos de ese nombre los poetas preocupados por erigirse la prematura inmortalidad y con endeble herramientas de la vida, intento absurdo justamente condenado al fracaso. Envejecer con tino supongo que llevará tiempo, requiere un talento especial y nadie estará de este lado para verificar el resultado de tantos renunciamentos e intrigas. La muerte es crítica severa e inapelable, por eso la Servetto viene de tan lejos.

En esa ponderación Oriana también era distinta, ella llegó de la muerte dispensando a sus contemporáneos el lamentable espectáculo de la senilidad. Nacía a la eternidad en la tierra del cementerio y el Caballero que la representaba no requería un pasado ejemplar, como era el caso. Parado frente a la tumba que lo aguardaba, Claudio

se descubrió responsable de una delicada misión de ajuste milimétrico entre un pasado excluyéndolo y el presente que lo maltrataba, la tarea requería en él una cualidad concreta que luego del reciente fracaso podía despreñar o dispensar sin cálculo: la fidelidad.

-Era tiempo de que nos conociéramos mejor, dijo en un murmullo y por fortuna ninguna voz le contestó.

Sin preocuparse por la coloración ritual que adquiriría la situación miró hacia los costados asegurándose que nadie lo observaba, inclinándose lo necesario dejó sobre una tumba con nombre el ramito de clavelinas que traía en la mano. Nunca le había enviado flores a ninguna mujer, ni siquiera a la muchacha enigmática venida de Maracaibo, la tentación desnudándose algunas noches entre penumbras cabareteras al fondo del local en la calle Andes. Aceptó sentirse ridículo suponiendo vivir esa mañana un momento grave en soledad.

Lo curioso fue comprobar que Oriana murió el mismo año de su nacimiento y hasta puede que hayan compartido signo zodiacal. Ninguna coincidencia con la vida de ella lograría de aquí en más sorprenderlo; por rápidos cálculos era claro que había vivido hasta viejita, olvidada una punta de años sin que nadie supiera ni se preocupara de su existencia literaria. La verdad que asomaba era que ella lo decidió así, interponiendo un largo silencio premeditado contempló con distinta intensidad el curso de su vida pasando y los cuidados pequeños que la modifican. Supo el

sucederse de las estaciones hasta cerrar el círculo vital, esperó la muerte sabiendo lo relativo de la cuestión con fe irracional en una cita posterior. Le daba a conocer ahora a su caballero que en algunos rincones de Montevideo estaban escondidas cartas que decían de ella, fotos de juventud y negativos sin revelar; había alguien que la escuchó hablar del tiempo inestable los días que escribía poesía, recuerdos fugaces de existencia, testimonios desprendidos, cuadernillos amarillos dormitando en el fondo perfumado de los cajones.

-Yo me dije Peralta: habrá baúles sin abrir y polleras de muselina con olor a naftalina, polveras de nácar con sedimento grana resquebrajado y una edición ilustrada de "Alicia en el país de las maravillas" editada en Barcelona a principio de siglo, mechones de bucles quinceañeros en el interior, postales firmadas con la silueta del Argentino Hotel de Piriápolis y cucharitas de plata con su nombre grabado. Debería haber por ahí las señales de la vida de Oriana que faltaban por rehacer.

-Hasta puede que un verano haya visitado Punta del Diablo, dijo Peralta socarrón y lo miró por encima de los lentes.

-Usted es muy guacho Peralta, le gusta jugar con fuego.

-Eso fue antes.

Claudio en algunos diálogos de compleja naturaleza, se dejaba llevar por la imaginación y el excesivo optimismo de coleccionista improvisado.

Ese mediodía del cementerio comenzaba otra tarea, el final ficticio era comienzo desmesurado para sus calidades, requerido una dedicación para la cual se sabía incapacitado mientras ella insistía en conformarlo. Tampoco estaba seguro de querer intentarlo, decidió ser adelantado y cabecera de puente apuntando hacia la orilla de la ignorancia, para alcanzar a Oriana le quedaba por llevar adelante una serie de trabajos fatigantes y el tiempo faltaba. Debía avanzar tras la búsqueda de mayor información, localizarla y traducirla, en ese rincón interior del cementerio Central finalizaba la complicidad con intermediación de los sueños. Tal como sucedió esa mañana, la historia de Oriana dejaba de ser fraude y podía escribirse otra de las tantas vidas imaginarias infiltrando las narrativas.

Debió convencerse él mismo de la veracidad de lo registrado por los sentidos, como en los shows tardíos de la noche desnuda podía ser encuentro frustrante con datos correspondiendo a mujeres diferentes; que su voluntad, confundida y en fase de vida necesitando creer en algo había forzado conciliando lo plural en una sola anatomía. Flor de Maracaibo estaba ahí y no sólo en la calle Andes para demostrar que la excepción es posible. La armazón de la trama comenzada en el sueño de agosto lo llevó a lo de Mautone, que era la muerte y al cementerio urbano que le propuso el reconocimiento. De dibujar logotipos para ganarse la vida, Claudio estaba al presente negociando

situaciones y poderes que había ridiculizado; podía soportar el chantaje del azar durante la lectura y la casualidad consecuente, pero era absurdo argumentar a las amistades mediante la retórica de los sueños. Con la bibliotecaria el vínculo terminó en fracaso y con Aquel fue preferible echarlo antes siquiera de intentarlo.

Teniendo en su poder el nombre al origen de Orquídea Salvaje, el paso siguiente era ordenar documentos dispersos urdiendo una herencia, llevar el caso a la opinión del escribano y legalizar lo sucedido durante las jornadas anteriores. La tarde esa de la única visita al camposanto, Claudio regresó caminando al centro de la ciudad, armado de paciencia gestora recorrió oficinas del Municipio, del Registro Civil y archivos de la Corte Electoral; horas más tarde tenía en su poder el juego elemental de las siete partidas, papeles oficiales mediante los cuales el Estado Oriental borraba dudas nocturnas instalándolo en la cadencia burocrática. Su dificultad para dormir los últimos meses tenía una historia propia y con sellos legitimantes probándolo como cualquier fantasma que se precie. Una de las interpretaciones se confirmaba en el papeleo legal, como si en la ciudad llamada Montevideo los sueños terminaran en colas inmutables y ventanillas insalubres de los poderes públicos.

El antiguo aspecto de la niña Oriana despertado una soleada mañana de enero en la sala de lectura de la BN, comenzaba a trabarse en una historia montevideana de

memoria en ruinas, que para el bien de Claudio haría creíbles argumentos venideros. Algo pasado se tomaba revancha agrídulce sobre la indiferencia de otros muertos coetáneos a los versos, distracción lógica frente a episodios literarios de verdad relevantes habría dicho Oriana. Los documentos públicos certificaban el desencuentro entre la escritura manual de la muchacha y cierta apatía del tiempo contemporáneo. Con los certificados originales en su poder, Claudio tampoco terminaba de entender las razones de haber sido el elegido para el susurro y revelación, habiendo por ahí personas con mejores capacidades; el destinado pudo haber dicho, si se atenía a desbarajustes de los últimos tiempos, así como a la estrafalaria manera que ella eligió para la demanda. Quedaba en suspenso la pregunta de Eliseo de por qué ahora.

Siendo sus fuerzas limitadas sólo así pudo haberlo hecho, debía considerar en la intromisión onírica y pistas confusas menos un alarde póstumo de diva de ultratumba que el dolor de muchacha inexperimentada, retornada de súbito al mundo otro ajeno por completo al conocido en vida; entorno agresivo y menos solidario con quienes estaban vivos, enemistado con el presente y para el cual la historia en tanto sucesos pasados era superflua, carente de ilusiones sobre el futuro cuando los prodigios están reservados al presente. La voluntad inicial podía descartarse, Claudio reaccionó en el pasado habituado a sentimientos encontrados y estaba lejos del cielo para

montar una operación sistemática dentro de la literatura. Esto es: organizar con datos que tenía en su poder y la debilidad del lector por la novelaría los anaqueles de la BN; reordenándolos de acuerdo a una nueva valoración y habiendo incorporado un nombre desconocido al fichero alfabético. Tampoco podía confiarse demasiado navegando entre sueños y personajes delirantes, despertar la relación con la verdad de lo vivido lo ponía a las puertas de la certitud aterradora, aceptar la existencia de los espíritus y del resto que de tan sencillo axioma se deducía.

Si lo contado por Peralta resultaba verdad, al menos de una intervención de la Gracia a último momento el alma de Claudio estaba condenada. Le quedaba la liviana esperanza de que el cristianismo no fuera el argumento que El único o Los dioses sindicados eligieron para manifestarse en la historia de los hombres, y una segunda más utilitaria: que dios existiera sólo en la especulación lúdica. De resultar cierto lo transmitido por las sagradas escrituras, con el apoyo de iconografías crueles en lo relativo a geografía, sistema de justicia y castigos del otro lado de la inmortalidad, la suya era el alma de un hombre perdido. Aunque llegara neta la evidencia, Claudio se negaría a la conversión con sacerdote especialista en artículo mortis, confesión apresurada y arrepentimiento por conveniencia timorata de último momento. En su comercio personal se decidió por la inicial y más delicada de las explicaciones manejadas, el desarrollo ingobernable de la intuición comenzada en la BN.



El personaje identificado que tenía su vida resumida en siete papeles oficiales resultó de la casualidad, un viaje al interior de revistas testificando un siglo y sumándose a hechos banales encadenados de manera fortuita. El verano en la ciudad, un logotipo a modernizar para una marca de cigarrillos, el detestable año dos mil, los problemas de pareja finalizados de manera algo ridícula y la llegada a Montevideo de Flor de Maracaibo. Pensando en ello la vigilia desde ahora le merecía otra confianza y prestaría mayor atención a hechos sorprendentes durante el día, con siete fotocopias selladas por funcionarios públicos, podía relativizar la incidencia del sueño sin atribuirle la entera responsabilidad. Tenía pruebas, los hilos melódicos de la famosa madeja de las Parcas que con autonomía recobrada tejían el chal de Oriana Servetto. La trama final a proponer era similar a la intriga secreta de una red de palabras para atrapar náyades ingenuas, como si ella hubiera sabido que la vida para la escritura poética llega después de muerto el responsable.

Cuando las siete partidas circularon en libertad, recuperaron para el presente noticias de una familia de la llamada clase media montevideana de antaño, carente de historia particular y nada especial para destacar antes o después de la llegada de Oriana al mundo, ni durante la mudanza a tierras de Florida. Sin locos violentos ni raros por decreto exceptuando la muchacha de los versos, sin tragedias que hubieran persistido en la memoria de los

vecinos. El medio social anunciaba para la niña Oriana una vida sana, sin prolongadas estadías en colegios religiosos con retiro, tampoco internaciones en sanatorios para mejorar dificultades respiratorias. Resultó natural la formación en la institución magisterial que culminó en una vida de maestra de barrio popular, distante de la ambición por progresar en el escalafón administrativo antes de diluirse en la temprana jubilación. Ninguna noticia de casamiento en los papeles manejados ni de maternidad escondida, lo único sobresaliente era la espera paciente de su hora que ella sabía llegaría después de muerta. Oriana respetó en silencio los tiempos estipulados por esa ley no sancionada, aceptó el ritmo asignado a su vida cuando se aceleró el pulso anunciando la pendiente. La soledad tenía menos resignación que elección, pasó por la vida sin excesos coléricos ni reproches, transitó escribiendo a la búsqueda de algo que sólo ella conoció y acaso desdeñó; si es que alguna vez lo pensó, olvidó perjurar el destino opaco que le tocó en suerte estando viva y que ella eligió.

-En el ocaso, lo supe después en deducción que se acomoda a su existencia, Oriana alquiló una habitación a cierta familia conocida desde la juventud. Un cuarto que tenía al menos una ventana a la calle, algo que le falta a este sótano siniestro.

-Ahora que lo dice, respondió el editor. Con lo que gane vendiendo su libro pienso comprarme una casona en el Parque Rodó. Con muchas ventanas.

Claudio le contó a Peralta que, luego de la muerte de Oriana la familia que le alquilaba decidió instalarse en Buenos Aires, siguiendo a una hija que se casó con un argentino. Los gastos del sepelio fueron pagados por adelantado en mensualidades, una empresa privada se hizo cargo y la depositó en la sepultura donde él la había encontrado. En la prensa del día que ella falleció Claudio encontró dos avisos de condolencias, uno firmado por las antiguas compañeras de estudios, un segundo anónimo y eso fue todo en aquella primera semana.

**Eso** fue todo y hasta parecía excesivo, Oriana Servetto se marchitó sin llamar la atención conforme a la reserva que parecía haber gobernado su vida, dejando a un costado la escritura secreta para cuando sólo el lenguaje tuviera la palabra. Era probable que Claudio hubiera reunido la totalidad de la producción poética de la muchacha, que un bien día cesó de versificar como si el deseo hubiera caído enfermo y la obra estuviera cerrado. Lo hecho, cuando fuera leído con interés previsto en la escritura era suficiente, la poesía era asunto de mujeres jóvenes y semejante al impulso de desnudarse en público. Para considerar una obra lograda dicho amago de escritura, esa friolera limitada de riesgo controlado modificando la tradición y evitando la moda alcanzaba. En relación al albacea Oriana dejó de manifestarse en los sueños perseverando en el silencio y los papeles; él dudó sobre si ello significaba que su responsabilidad, el vínculo accidental que los unía y romance cauteloso iniciado en enero llegaba a su término.

¿Era prescindible desde ahora intentar un gesto de resistencia? ¿Conocía la verdadera naturaleza de la tarea encomendada, un accidente de circulación localizado en su vida afectiva? ¿Era así que el año dos mil se vengaba en su persona por renegar de la imbecilidad colectiva que continuaba tirando papel picado por las calles? La única certeza explícita era que estaba metido en el asunto desde hace meses y seguía dudando sobre quiénes eran los

auténticos protagonistas de la obra. Vivió los días siguientes buscando un pasado verosímil para la muchacha, quería convencerse de que no siempre fue así como en el presente eso de pasearse por el alambre de la historia en nuestro país. La búsqueda le llevó casi un mes y la historia exigía sus propios tiempos de reconstitución.

Claudio sonreía al saberse en situación anómala, le preocupaba vivir una etapa de castidad después de la separación y advertía en el cuerpo el hormigueo que lo cotejaba a otro terror: tener que comenzar a escribir él alguna cosa para salir del bloqueo. Oriana lo fomentaba a hacerlo sin intervenir de manera insistente, aguardándolo y la cosa sucedió un domingo.

-Recuerdo que me levanté tarde y parecía encaminado hacia el lugar común del tedio dominguero. Lo clásico, aburrimiento y angustia en el paladar por el comienzo de la semana, dispuesto a no responder el teléfono para dar explicaciones sobre mi mal humor. Fue entonces que me dio por mentalizarme y recordar la infancia en la casona familiar. ¿A usted le pasa eso de recordar la niñez?

-A veces. Poco, contestó Peralta.

-Dudo que un tipo como Mautone alguna vez haya sido niño. Como le decía, en imágenes me llegaba el alboroto de la cocina, la organización del almuerzo, lo absurdo que era preocuparse por la impuntualidad de una invitada, lejana prima de mamá que vivía sola y sobre quién se decía que había tenido una juventud agitada. A ello se agregaba el

escándalo por un tío, que salía rápido de la mesa para irse al hipódromo y apostar a diez caballos perdedores la quincena recién cobrada en la inmobiliaria donde trabajaba; papá decía que su hermano tarde o temprano terminaría saliendo en los diarios. Aquello era una fiesta.

-Por cuatro días locos que vamos a vivir, dijo Peralta.

La tristeza de este domingo tan lejano de aquellos, tampoco se originaba en lo inevitable del lunes, para el que faltaban pocas horas. Recordar era haberlos vivido y perdido por decisión propia de alejamiento. La vida está en otro lado. ¿Por qué justo hoy llegaba la calesita familiar de aquellos años? Claudio, de niño, le confesó a Peralta, miraba en la televisión actores que simulaban formar parte de la misma familia de orígenes italianos; se gritaban entre ellos, comían enormes fuentes de tallarines con tuco y bebían vino tinto embotellado de marcas patrocinadoras. Escuchaba conjuntos folklóricos imitando a Los Chalchaleros y admiraba bailarines de rock acrobático homenajando a Enrique Guzmán. Tampoco se perdía luchadores enmascarado que se tiraban aparatosamente afuera del ring para caer sobre las primeras sillas de la platea y a todo eso Oriana ya estaba muerta.

Lo sorprendente exclusivo que el nuevo milenio le prometía a Claudio era la experiencia de la muerte, la obligación de morir, el imperativo de ponerse a filosofar con el recuerdo; a allí en la pista pesada de la memoria, alcanzaría al tío calavera con prisa y que murió creyendo

que la vida era una carrera de caballos donde Vilmar Sanguinetti fue un avatar divino.

-En una de esas el hombre tenía razón, le comentó Peralta.

Era domingo y temprano para tomarse dos somníferos con un vaso de vodka. Claudio hubiera dado lo que fuera por tener en algún lugar de la casa una botella de vermú Cinzano, un bollón de aceitunas verdes con carozo y la grabación en video del combate de El Enmascarado Justiciero contra la Criatura Venida del Espacio. Salir a caminar por la costa esa tarde hubiera terminado de deprimirlo, recordó entonces que los adultos que poblaron la infancia estaban muertos y era tiempo de ocuparse de tía Oriana como corresponde. Ella comienza a tener achaques, problemas de salud del alma y justo aquel día le impidieron morir como es debido.

-Así fue Peralta. Preparé un té apropiado a la súbita crisis de evocación y me acomodé en el escritorio a la espera de un fax de las musas. Un cuervo que entrara por la ventana, se posara en el busto de yeso de Tom Jones y me dijera nunca más, nunca más, nunca más Claudito. Recordé la razón por la cual huí sin meditarlo durante unas horas hacia el pasado y era clarísimo, pensar en el futuro equivalía a tener que ponerme a escribir. Eso me acojonó Peralta, era jodido aceptar que no tenía nada para decir. Nada de nada Peralta.

**Sentado** y frente a lo sin decir, durante la primera hora Claudio consideró la idea de largar todo e irse a caminar a la costa como debió hacer más temprano. Meditaba intentando capturar el momento sin ideas y terminando la segunda taza de té que estaba tibio, de una manera se creyó cronista y fue entonces. Agitado como en domingos de la infancia que vinieron así, cuando él iba a buscar pan y boniatos de último momento, sobre lo que nunca escribirá porque a nadie le importa su infancia y tampoco su muerte. En esa actitud de la mente que era un lavavajillas vacío, llegó en bloque la noticia inicial sobre la poesía de Orquídea Salvaje y la obra de Oriana Servetto, un golpe para tener fe en la real existencia de las Musas. Había que hacerla la nota, tarea menos evidente para alguien formado en la gráfica.

Claudio la tenía íntegra en la cabeza, redonda, perfecta, hasta podía leerla y sólo faltaba escribirla. Empezó a trabajar sobre el teclado del ordenador abandonando en un costado el ratón de diseño para concentrarse en la pantalla con palabras y que él nunca utilizaba seguido más de diez minutos. Las manos se movían y Claudio estuvo concentrado cerca de cinco horas sin detenerse para refrescarse la cara, sacar la Absolut del congelador ni preparar otra tetera. Estaba ansioso por leerse como si fuera otro quien escribió la nota y Oriana Servetto hubiera muerto esa misma tarde de septicemia –no el año de su nacimiento- para contemplarse en un espejo nunca



intentado hasta entonces. Del otro lado estaba el reino intacto de Orquídea Salvaje. Claudio retornó sobre los caracteres iniciales y comenzó la lectura de los primeros párrafos.

*" Vivimos en las cercanías de Atenas, supongamos por unos minutos librados a la imaginación que cerca de la Polis, una mañana del S V a.c.*

*La noche anterior hubo entre los participantes un ancestro de vino en abundancia y conversación hasta tarde. Nos despertamos convencidos de que fuimos visitados mientras duró el sueño por alguna de las divinidades en que creemos. Durante la noche nos fueron revelados secretos terribles sobre misterios del ritmo de la palabra y en consecuencia, los conocimientos sobre las certitudes de la poesía están en la inminencia de modificarse. En cualquier cultura con tradición ello sería interpretado como buen augurio. El sueño, sin razón ni silogismos retóricos es la revelación de Aquello que hasta ayer ignorábamos. La explicación de ciertos procesos que acaecen en la realidad, sin que la razón del hombre haya llegado a explicarlos.*

*La poesía de Oriana Servetto, para quien esto escribe, parece llegar de un sueño similar y un largo viaje en la máquina inconcebible de la literatura. A falta de rosas intemporales trasmutadas en metal, de gatos parlantes capaces de dar testimonio oral, la prueba es un poema breve que podría confundirse con un fragmento de los*

*maestros antiguos, que lo único que aspira a probar es su existencia. Es más: ese poema existe sin pretender probar nada, el fragmento (que puede ser poema) es irrefutable testimonio del paso del tiempo –no siendo historia lineal ni vida humana-, incursiones de inspiración paralela por donde evolucionan criaturas como Oriana Servetto.”*

Lo que leía era producto de otro, él nunca pudo haberlo escrito se repetía Claudio. Redactar una nota con esas características tenía algo de viaje hacia sí mismo e involuntaria prolongación de pesadilla; recordaba un vuelo espiritual chamánico entre nubes bajas sin alucinógenos, experiencia soterradamente mágica y sólo posible luego de haber superado varias pruebas decisivas. Claudio estaba cansado, hambriento, podía estar seguro de la vía elegida y conforme con lo hecho, tenía la esperanza de que una vez ello conocido sería inapelable. A su lado como prueba del tiempo perdido y luego recobrado quedó una taza de té frío. Esa misma noche, llevado por el empuje entusiasta de la primera iniciativa que creía hecha por él desde hace meses, sabiendo que si eso escrito en catalepsia incomprensible quedaba encerrada en el disco duro era lo mismo que la nada llevó adelante la gestión.

Una antigua amistad fue sorprendida por la llamada cargada de entusiasmo interesado, ella dirigía la vaga sección Culturales de una revista de gran circulación por entonces en Montevideo. Algo a regañadientes la mujer

aceptó en principio publicar la nota referida, lo admitió con pruritos por tratarse de una escritora desconocida, poeta, mujer y para colmo muerta. Es cierto que fue poco sensible al argumento del feminismo pionero de aquellas mujeres, a las que calificó con desdén de "guachas pelotudas", pero había en algún lugar del pasado ciertos favores a pagar sobre ideas de diagramación, lo indecible de confidencias mutuas propiciadas por cigarrillo armado y alcohol evocadas apenas, acompañadas del deseo de ser olvidadas.

El "agente cultural" como ella se autodefinía, para matizar la probable sequedad del artículo escrito por un reportero novato exigió fotos inexistentes, insinuó la necesidad de título con fórmula "vendedora y punch" dijo y le pidió a Claudio que recortara la redacción hasta encontrar el indefinible estilo periodístico, pieza clave para acceder a la aceptación del mercado. Desde la primera objeción, Claudio comprendió que se trataba de ponerle obstáculos groseros para minar su desaliento. Se negó a ofenderse por el grosero intento de su antigua amistad y trabajó una semana siguiendo las sugerencias del "agente cultural". Perseveró hasta rebatir lo mejor que pudo aspectos débiles de la negativa esgrimida y con la contundencia que faltó – lo supo de manera retrospectiva- durante su brevísima coincidencia.

La versión definitiva salió publicada un jueves a principio de octubre escondida en la vertiginosa diagramación de la revista, sofocada por la crónica minuciosa de hechos de la

última semana que resultaron decisivos para la historia de la humanidad. Si bien la presentación de OS en sociedad no despertó el entusiasmo del relato inédito de un adolescente, que según un crítico veterano y profesional de la trasgresión dejaba "Naked Lunch" de William Burroughs a nivel de menú de cervecería, tampoco recogió la indiferencia absoluta. Fue así que Claudio en los días siguientes recibió tres llamadas. La primera provenía de alguien que pasaba varias horas diarias en los archivos de la BN a la que él faltaba desde hace semanas, una muchacha empecinada que dijo conocerlo. Estudiante de Letras en Humanidades preparando una memoria, se afanaba a la búsqueda de lo "específico femenino" en la poesía y para lo cual el sexo tampoco era criterio fiable a tener en cuenta. En pocos minutos, con desparpajo natural ella pidió datos y detalles del trabajo de Claudio obviando los capítulos callados en el artículo. Lo propuso, sin maldad aparente y prometiendo citar en abundancia las fuentes legítimas, muchas notas sobre el principio de la información, pero pronto, pues ella no podía detener su aceleración que la llevaría a grandes revelaciones sobre el tema.

La segunda llamada provenía de una pequeña editorial de las que siempre están al borde de la bancarrota, dirigida, es una manera de decir, por un tal Eliseo Peralta que luego resultó de esos amigos que escasean en años de festejo que pretendía, le dijo Peralta a Claudio la primera vez que

hablaron, rearmar la memoria de la ciudad literaria bombardeada en los últimos tiempos. Ellos sabían, es decir la conciencia de la editorial que se limitaba al tal Eliseo Peralta y un par de ayudantes silenciosos que debían considerar cientos de problemas cotidianos, incluso para una edición de tiraje modesto recogiendo poemas desconocidos de esa muchachita ignorada.

-¿Cómo es que se llama o se hace llamar? preguntó Peralta en la primera charla telefónica con Claudio.

Su actitud profesional era -lo explicitó en la misma conversación- una forma de hacer guerrilla de retaguardia en la vida cultural uruguaya.

-Somos los perros cimarrones de la edición, agregó Peralta sensible a imágenes telúricas y que decían bastante de sus escasas posibilidades de sobrevivir en el negocio.

-Sin ser especialista en esas cuestiones, amigo Peralta, ni querer meterme en tales asuntos para salvar mi pellejo, creo, me parece, que lo que aquí hace falta más que perros cimarrones es un Rottweiler y de preferencia con instinto carnicero, le dijo Claudio.

Vaya uno a saber las verdaderas razones, lo cierto es que Peralta le cayó bien. Claudio se dijo que alguien así que continúa con esa absurda misión editorial y se interesa por escritos de una desconocida debería ser una buena persona. Le prometió, me dijo Peralta, que la semana entrante lo llamaría para fijar una entrevista, como sucedió.

El tercer mensaje proveniente del mundo resultó sorprendente, con mejores y saludables consecuencias en relación a lo sucedido, a la suerte futura de Orquídea Salvaje, el humor de Claudio y la decisión espontánea de acercarse a Eliseo Peralta.

-Yo conocí a Oriana Servetto, dijo el desconocido.

Pasada la sorpresa inicial luego de escucharlo, a lo que Claudio puso atención fue que se trataba de la voz de un hombre mayor. Desde las primeras palabras que pronunció el desconocido, tan reveladoras, se lo advertía emocionado: el hombre confrontado por propia voluntad a su afirmación, parecía dispuesto a revelar el secreto de la juventud. Necesitaba compartir con alguien una historia que él mismo creía terminada.

Luego de la publicación del artículo y como si estuviera programado por Oriana, las argucias del sueño utilizadas hasta la escritura de la nota fueron suplantadas por el teléfono. La escasa cantidad de retorno previsible considerando lo original de la propuesta, comenzaba con reacciones paradigmáticas innovando la trama secreta y un capitulado de reconstrucción. Lo más conmovedor fue que la nota, sin alcanzar el "punch" ideal que le fuera exigido por la "agente cultural", logró descongelar un silencio de años rodeando la poesía de Oriana y provocar reacciones dispares. Como si la niña impaciente de la BN fuera variante adolescente de la bibliotecaria miope de Pirlápolis y Eliseo

Peralta, perro cimarrón de la edición, versión retocada de Mautone que prefirió gatos intrigantes a perros con collar.

Por primera vez la historia se desprendía del silencio confabulado impuesto voluntariamente. Ninguno de los documentos rescatados y entregados en custodia circunstancial, traslucía malhumor ante la vida ni dolor retrospectivo por la indiferencia del medio ante lo creado. Claudio adivinaba la perseverancia de la muchacha por continuar adelante, apostando el resto sobre cartas tapadas y que quedaron sobre el paño verde sin distribuir, considerando la muerte otro rechazo editorial. Casi preparando las niñas bailarinas menudas, en la respiración de la escritura había que elegir con cuidado el momento justo de salir a escena. Conociendo de antes la distracción del lector, sabiendo que lo confuso del año singular la condenaba a una apoyada indiferencia, ella optó por la variante lenta del retorno. Lo raro hubiera sido lo contrario. Calculó el momento para reaparecer con eficacia de verso final, mecanismo vital de una bomba de tiempo futurista y poética. Claudio resultó ser el primer detonador imaginable no para poner en circulación la obra dispersa y postergada, sino explayando la ignorancia que la definía. La primera reacción de todo interesado olvidaría la eventual calidad de la obra para preguntar: ¿cómo fue posible que se hubiera escapado y justo a mí el conocimiento de la Servetto?

La elección de Claudio comenzaba a mostrar huellas de ironía y la historia de Oriana a cada día que pasaba era más

luminosa. Escapaba de sus manos, él se consolaría con la satisfacción de incorporar la figura de Oriana al circuito visible, tendría la ventaja que brinda poseer los primeros documentos de la desconocida. Luego, como sucede en tales casos llegarían perfeccionistas tardíos de ceño fruncido a señalar errores en lo hecho, indicar con suficiencia las carencias; adelantando así el adiós y la desapasionada aceptación de otro fracaso, equivalente a las dos horas diarias que él dedicaba a estar en contacto con los papeles de Oriana, exilio excepcional, disfrutando de su compañía y el aroma del té de jazmín formando un improbable epitalamio. Mientras intentaba evaluar el precio que debería pagar por el abandono de lecturas periódicas en la BN, que luego del encuentro con OS perdieron el encanto original, Claudio se decretó en actitud de espera, algo terminaría llegando en la vigilia traído por nuevas casualidades de los encuentros.

La ciudad secreta y perdida incrustada en Montevideo, una de las ciudades enterradas por la polvareda de nuestra autodestrucción, esa falsa Nueva Troya como fuera definida alguna vez con exceso de fantasía folletinesca, que pasó sin resistencia a ser capital virtual del reino financiero en bancarrota, tenía lo necesario para promover el inicio de una incipiente primavera optimista. En alguna de las Montevideo enterradas por la estulticia había tipos como Peralta editando libros de circulación confidencial y ninguneo; en otra ciudad el hombre que afirmó haberla



conocido cuando ella escribía a solas y circulan seres tipo Claudio, que alumbran la sinrazón de delirantes destinados al margen.

**Por** fortuna para la memoria de la ciudad cada tanto aparecen adictos al culto desplazado de la nostalgia, tipos carentes de historia personal que sin estropear del todo lo que fuera, buscando preservar un mínimo patrimonio ambiental montevideano, abren restaurantes con el mismo nombre de algunos locales que cerraron hace años. El hombre responsable de la tercera llamada telefónica lo citó en el restaurante Viejo Sorrento y le comentó queriendo orientarlo, que estaba cerca del emplazamiento del local original. Claudio respondió que obvio y recurrió a la guía urbana; nunca tuvo la menor noticia de la existencia del restaurante original, menos del nuevo que se proclamaba viejo. Con esos datos preliminares se temía lo peor cuando llegara el encuentro, hasta que le diera nostalgia vengativa por el caserón Mautone y la dieta estricta de corvinas hervidas.

Al llegar a la puerta del restaurante convenido se sorprendió gratamente, esa fachada reconstruida era un prodigio de sugerencia relativa a la acumulación de los años. El arquitecto responsable había guardado sobre el muro letreros de la sastrería que funcionó allí antes del restaurante, la puerta de entrada giratoria –de las que antes identificaban a las sucursales bancarias- cumplía la función del levísimo mareo de los sentidos, más que la sensación de dar ingreso a un espacio privado la puerta sugería el traslado mágico a otro ambiente del tiempo. La decoración interna del Viejo Sorrento recordaba, con

melancolía reivindicada el pasado esparcido de la ciudad, su médula transplantada a otro cuerpo. Había en los muros antiguas fotografías enmarcadas de la plaza Independencia, desde cuando era un potrero bárbaro y luego el cráter dejado allí por un meteorito cúbico, hasta los años cuando llegaron los tranvías. En una imagen podía verse la ceremonia inaugural de la estatua ecuestre de Artigas moldeada por un italiano, en otra serie la evolución de la construcción del Palacio Salvo así como escenas del festejo conmemorando el primer centenario de la nación.

El aviso publicitario que ayudó a Claudio en la búsqueda comentaba que la cocina del Viejo Sorrento era excelente, de marcada inspiración italiana sin que se olvidaran especialidades originales como hígado a la veneciana. Allí se escuchaba sólo música de ópera y parecía que el salón comedor del restaurante estaba separado apenas por un tabique del escenario del Teatro Colón de Buenos Aires, del foso tantas veces carbonizado de La Fenice. Se recibía en sortilegio de fondo arias famosas identificables para los aficionados, cantadas por voces que estaban en su apogeo cuando los orígenes de grabaciones en vinílico, coros sobre historias de regresos a Egipto, oberturas desafiando la fuerza del Destino, recuerdo imperecedero de manos frías de tuberculosas en París. Ningún registro era posterior al año 1950 y el repertorio parecía elegido por Oriana, al menos la selección del día.

El resto de lo visto tampoco avanzaba mucho en los años contemporáneos, los camareros eran réplica convincente de una estampa de cafés europeos de principio de siglo, estaban uniformados con chalecos negros, moñita voladora y un immaculado delantal blanco enterizo. Vajilla y cubiertos provenían de los depósitos de antiguas líneas transatlánticas, fueron probablemente utilizados para los banquetes en enormes paquebotes luego desguazados hasta ser convertidos en chatarra. El año excepcional sólo se advertía en titulares de la prensa leída por los comensales y los vestidos de algunas mujeres. En el Viejo Sorrento se servía en platos y con cubiertos tocados del monograma del legendario Giulio Césare, trasatlántico que aseguraba la travesía entre muelles de Génova y los puertos de América.

Mientras duró el medio círculo de la entrada al restaurante, el giro suave de la puerta, Claudio pensó estar cometiendo un error y una vez adentro parecía ser tarde para el arrepentimiento. La suspicacia inicial duró hasta que se contempló en el espejo del fondo del salón, disimulando la entrada a los fogones del Viejo Sorrento emulando forjas de gitanos y trastos de cocina de origen bohemio. Habida cuenta de lo excepcional de la entrevista Claudio se empilchó para las grandes y contadas ocasiones de compromiso obligatorio; hacía tiempo que nadie lo invitaba a casamientos y bautismos, de preferencia donde el padre de la criatura beneficiaba de la condena eterna; igual él

conservaba un pantalón gris oscuro neutro, un saco cruzado de un casimir liviano con botones plateados, camisa blanca a rayitas celestes y corbata discreta con toque de rojo llamativo. El espejo distante con el que topó apenas salió de la puerta giratoria, por esa pátina propia de lunas antiguas, que viran hacia un herrumbre material recordando los inicios de la fotografía lo emboscó. Vio o al menos lo creyó la estampa del padre que murió cuando él tenía diez años.

-Entonces me dije que durante algunos años del siglo finado, haciendo suponer que el milenio reciente lo había suplantado dispuesto a resistir los días que le quedaban para evocar la fundación, Montevideo debió ser linda ciudad para vivir y enamorarse. En secreto, le agradecí al desconocido que me llamó haber elegido ese lugar para encontrarnos.

-En efecto, dijo Peralta. Montevideo era una ciudad muy linda.

Fue sencillo identificarlo entre el bullicio de los presentes, un ambiente imitando el cierre de la Bolsa y ansiosos por reconocerse hombres del presente con teléfonos celulares encendidos, algunos chapuceando en inglés con agendas abiertas sobre las servilletas y gesto de estar implicados en asuntos definitivos; Aquel podía ser uno de esos personajes. El hombre que unos días antes se había presentado como conocido de Oriana, era el único entre los comensales que sin violencia se adecuaba a la textura

lograda por el decorador del restaurante, sin apariencia de intruso ni que algo grave lo estuviera aguardando luego del descafeinado con sacarina, podía pasar por el médico de a bordo del Giulio Césare después de jubilado.

-Era donde nos encontrábamos con Oriana, dijo a manera de disculpa. Bueno, en el Sorrento original. Por eso me permití la impertinencia de citarlo aquí. Le adelanto que usted es mi invitado, ella lo hubiera aprobado y será más fácil para mí.

-Considerando la situación, estamos en el mejor de los lugares, dijo Claudio.

El hombre miró el local haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, en eso se escuchó girar la puerta y entonces él fijó la vista en la entrada del restaurante, aguardaba que Oriana también llegara a la cita y sorprendido por su reacción sonrió antes de decidirse a contestar.

-Le agradezco la gentileza de su comprensión. Me llamo Julián Monteverde, dijo y continuó con su historia, concentrado en la conversación, presuroso por quitarse de encima el peso del recuerdo y olvidar lo que había venido dispuesto a contar. Mire usted joven, soy un hombre que vive la vejez en soledad, salgo poco porque esta ciudad tan próspera para unos pocos dejó de ser la ciudad mía. Es la de ellos, dijo y señaló con un gesto de la mano al resto de los clientes. Montevideo va más de prisa que la vida de sus habitantes, son los intrusos quienes marcan el ritmo de vida

y las calles tienen más automóviles de los que puedo soportar a mis años. Ideas de viejo, si quiere...

-Nada de eso... pero siga, por favor, le dijo Claudio.

-Tengo un hijo único y vive lejos, en España, cerca de Teruel. Como ve, más lo que usted pueda intuir tengo razones para esperar el final con curiosidad y querer en consecuencia disfrutar un buen almuerzo.

Claudio escuchaba con interés creciente, el planteo inicial del desconocido sobre la ciudad perdida y sin memoria, la misma que él conoció en viejas revistas le pareció legítimo y sin sorpresa; trataba de hallar una relación verosímil entre ese hombre digno en retirada de locura menos furiosa que la Mautone y los poemas de Oriana rescatados durante los últimos meses.

-Por eso estamos aquí, aseguró Claudio, aceptando la opinión del hombre que comenzaba a confesarse, temiendo que cualquier acotación discutible al razonamiento ensayado, que traducía la eficacia de ideas meditadas en meses de soledad tuviera derivaciones enfermizas, terquedad de viejo empecinado queriendo disimular el derrumbe.

-No, por eso no, se apresuró a replicar. Si, perdón, para esto también quiero decir. Vayamos al grano. Usted y yo somos hombres con algo en común e interesados. Es decir egoístas, aunque sin llegar a los excesos de esos fulanos. Ambos sabemos que estamos aquí por un trueque de complicada definición. Hace años yo habría estado celoso

de usted, llegando al odio. Ella lo eligió, eso lo supe en cuanto leí la miscelánea en la revista. Estoy tan solo, que para matar el tiempo leo cualquier papel que me cae entre las manos, sin ofenderlo claro. Supuse que había una razón especial para que después de tantos años de silencio, usted evocara su nombre, presentara esa parte oscura de su personalidad y firmara al pie de página. Entonces me dije: Julián, ese hombre debe de ser una buena persona.

-Desconfíe de las apariencias Julián, puede que se haya equivocado feo en sus suposiciones.

Claudio mantenía la sonrisa por cortesía sincera. El hombre le cayó bien y mejor de lo que esperaba, pero se hallaba allí sin saber la razón por la que estaba a punto de almorzar con un desconocido, al que la soledad instalada podía llevar a la sabiduría relativa de la edad madura y a la locura senil.

-Si supiera que hablo de otros celos, dijo trasluciendo nostalgia y resignación. Ese es mi problema, hoy sólo quiero agradecerle que la haya devuelto a mis pensamientos con tanta fuerza y presencia. Desde la lectura de su gacetilla me carcome el corazón una duda difícil de formular. Usted cree que...

-Por supuesto que sí, se adelantó Claudio antes siquiera de escuchar la pregunta. Se trata de una obra poética llamada a despertar un interés creciente. Otra gente estudiosa y más capacitada que yo le dará la importancia



que merece. Para Oriana, estoy convencido, el tiempo de la justa valoración recién empieza.

-Gracias al cielo, se tranquilizó el hombre. Estoy muy contento por ella.

-Yo también, acotó Claudio y decía la verdad.

-Le adelanté que quiero disfrutar del almuerzo y más ahora, que parece tratarse de un festejo privado. Aquí tiene, dijo el hombre y le entregó un envoltorio mediano en papel. Estoy seguro que estarán en las mejores manos.

Claudio observó el paquete en cuestión, que quedó al costado de un cuchillo que había viajado en el Giulio Césare, luego regresó la mirada a la cara del hombre, de Julián Monteverde viejo amigo de Oriana Servetto. Su mente comenzó a activarse como programa de diseño, dato uno: por el formato del sobre era un manojito de cartas personales de su querida Orquídea Salvaje; dos: seguro constituían lo que suele llamarse epistolario de amor juvenil. Tres: por lo poco que se sabía de Oriana, allí estaban las últimas cartas que ella escribiera a un hombre en su juventud y que así le devolvía; cuarto: la señorita Servetto se las hacía llegar por el destinatario de antaño, hombre marchito, legitimando con ese procedimiento del tiempo la autenticidad de los documentos. Último dato: dejaba una brecha reveladora de su vida íntima, para que esos escritos trabajaran en conjunto con la obra poética y así comenzar a tejer su leyenda.

-¿Está seguro Monteverde? preguntó Claudio, sabiendo lo capital que podía ser para Julián ese minuto de transferencia y desprendimiento.

-Sí, respondió Julián. Esperé cuarenta años escondiéndolas en cajones bajo llave, años sin saber qué hacer con ellas además de leerlas cada tanto, temeroso de que cuando muera terminen en la basura. Cuando leí por tercera vez su artículo fue como si ella me hubiera susurrado: anda Julián, olvida tus temores y prejuicios, llama a ese muchacho que escribió con tanto cariño sobre mis flaquezas de escritura. Anda, entrégale nuestras cartas, él es una buena persona y estos últimos meses me trató con mucho cariño. Esa fue la palabra, me trató con cariño. Julián, me dijo, nuestra historia dejó de pertenecernos. Por eso estamos aquí usted y yo. Hay en esos papeles algún que otro secreto, leídos a la distancia resultan inocentes, puede que ridículos para la moral de nuestro tiempo. Mi esposa murió hace diez años y si como creo ella me está viendo entenderá. Por el nombre despreocúpese, hay decenas de Julián en la guía telefónica. Más interesante que las anécdotas que cuentan esas cartas es que Oriana las escribió.

-Una linda historia de amor, fue lo único que pudo agregar Claudio luego de lo escuchado, cuando Julián se detuvo para respirar, reponerse y tragar saliva sabiendo que Oriana estaba allí con ellos.

-Me gustaría poder decir lo mismo. La distancia y el tiempo que ha pasado ayudan a contemplar lo sucedido, sin alterar la realidad de aquellos hechos. Es arduo afirmar que se vivió una historia de amor sin evocar las interferencias. Prefiero quedar de lado, son cartas de ella y es para mi suficiente. Usted, que conoce su escritura mejor que nadie aguarde hasta leerlas. Le aseguro que se sorprenderá, y aprovechando que llega el camarero le propongo dar por finalizado el trámite de la herencia donación, dijo Julián.

Como si hubiera hablado de asuntos sin mayor importancia retiró con elegancia la servilleta y la desplegó a un costado, colocándola luego sobre la falda imaginándose en el almuerzo de la primera clase a bordo del Giulio Césare, después que el trasatlántico zarpó trabajosamente de Montevideo. Fue algo así como una orden y Claudio lo imitó, un mozo de pelo ondulado engominado con bigote, salido de una instantánea de Doisneau se acercó hasta ellos y colocó dos vasos sobre la mesa.

-Me permití pedir Cinzano con hielo y soda para el aperitivo, dijo Julián. A usted el vermú le parecerá bebida de viejo.

-De niño, más bien me parece bebida de niño, le dijo Claudio y se acordó del padre que le ponía soda de sifón al vermú de toda la familia. Es la mejor elección para el aperitivo, seguro que alguien eligió la marca por nosotros. A su salud, don Julián.

-Si es que resulta verdadera su intuición, a la memoria de nuestra Oriana, don Claudio, dijo Julián y se quedó pensado dos segundos concentrando semanas de juventud. Cambiando de tema, ¿usted entiende algo del correo electrónico? Mi hijo que vive en Teruel insiste en que lo utilice, dice que así podemos comunicarnos más seguido.

-Ese invento del correo electrónico es una maravilla, le respondió Claudio aceptando el cambio de rumbo de la charla, queriendo sacarlo del nudo de los encuentros pasados con Oriana, evitando ser proselitista. Es práctico como la ducha, instantáneo como el café soluble, barato como las medias en Si-Si. Tiene todas las ventajas y pocos inconvenientes, pero definitivos.

-¿Por ejemplo?

-Faltan imágenes entrecortadas de los sueños, cartas perfumadas que se custodian cuarenta años a la espera de ser leídas por un intruso. Falta el gusto incomparable del Cinzano con hielo y el olor de esa salsa que viene de algún lado...

-¡Pesto! replicó Julián con alegría propia de conocedor en la materia. Ese olorcito que lo interpela es de pesto casero recién hecho, aquí son careros pero saben lo que hacen. El pesto, tras su aparente modestia, es la prueba de fuego para los que creen dominar la cocina italiana, se trata de un combate contra el tiempo.

-Entonces, como supongo que usted conoce los misterios de la cocina de la casa ¿qué me recomienda?

Julián lo pensó unos segundos, la irrupción del perfume del pesto seguro le acercó la belleza de Oriana y sus cartas, le alejó la soledad del E mail del hijo en Teruel.

-Enorme responsabilidad la que me adjudica este mediodía. Yo conocía la cocina del Sorrento original en otros tiempos... déjeme ver... creo que podemos arriesgarnos atacando un carpaccio macerado en hierbas y jugo de limones, embebido apenas en aceite de oliva. Luego tengo un recuerdo imborrable de los canelones a la Rossini, dijo Julián, llevado por un entusiasmo juvenil que habría inflamado el corazón de Oriana. En otro tiempo importaban un Bardolino correcto y hasta aquí me atrevo.

-¿Qué agregar? dijo Claudio. Dos de lo mismo me parece una excelente decisión, lo que me hace dudar, se lo confieso y sin cuestionar la opción Rossini es el olorcito del pesto.

-El pesto es eterno como los pinos de Roma. Lo podemos dejar para otro día, dijo Julián sin perder el entusiasmo, dejando abierta la posibilidad de una segunda vez, revancha con toque genovés de los canelones. Usted se llevaría muy bien con mi hijo, lástima que él viva tan lejos.

-Oriana comería poco, acotó Claudio para sacarlo de la soledad y traerlo al presente confuso concentrado en la cocina del Viejo Sorrento, en las cartas tanto tiempo retenidas en su proximidad y que cambiaron de destinatario porque ella así lo decidió.

-Cállese, que va, dijo Julián. Eso mismo pensé cuando la conocí y la supuse tan delicada... Ahora que lo dice recuerdo que un mediodía soleado del mes de mayo, cuando el Sorrento, el primero y original estaba en la plaza Independencia, del lado del café Antequera, Oriana me sorprendió con su apetito.

-Cuenta don Julián, cuenta, dijo Claudio y se llevó el vaso de vermú Cinzano a los labios.

**Las** cartas en cuestión eran pocas y suficientes para activar las energías de Claudio. La tarde del almuerzo en el Viejo Sorrento una llamada hizo temblar el sitio social de Ediciones Ciudadela, conmovió hasta los cimientos la precaria cuenta corriente que Eliseo Peralta tenía en el Banco Pan de Azúcar. Claudio le propuso integrar a la edición de Oriana parte de la correspondencia encontrada, establecer una "edición de referencia".

-Lo que faltaba, éramos pocos y parió la abuela, reaccionó Peralta. Así que una edición de referencia para una desconocida, ya que estamos la hacemos de tapa dura. ¿Qué le parece?

-Está bueno de ironía. Usted decide Peralta, lo único que me permito recordarle es que se trata de buena mercadería.

-El autor que más vendía y me permitía meterme en pelotudeces como su Orquídea Salvaje, me acaba de informar que firma con otra gente. Ya puede imaginarse con quienes... Firmar, me dijo como cuatro veces. Dice que ellos lo tratarán a la manera internacional, que pondrán cuidado profesional en la puesta a punto de los originales y estarán atentos a la comercialización. Otra manera de insinuar que yo trabajo como la mierda, y se viene a enterar recién ahora... Hasta le prometieron giras de promoción por todo el continente. ¿Qué me cuenta?

-Hay que entender a la gente Eliseo, yo por una sesión de firmas en las librerías de Maracaibo dejo todo.

-Claro, por Maracaibo claro que usted deja todo, pero antes me llama para joderme el día y hacerme gastar más plata.

-Muy triste la noticia de la reciente deserción y me hago cargo. En algún lugar de la ciudad un novelista festeja sus nupcias con la eternidad. Usted está en otra Peralta, recuerde al maestro Pessoa: nunca he deseado sino lo que no podía imaginar. ¿Lo hace o no? preguntó Claudio y Peralta me contó que había algo demasiado convincente en su propuesta suicida.

-Ya va, dijo Peralta. Déme al menos un minuto.

Manteniendo la comunicación, sobre una hoja cualquiera Eliseo calculó signos y aumentó el número de páginas, las dividió por resmas de papel brasilero de mediana calidad en promoción, hizo un calendario somero de cheques diferidos sin riesgo de terminar encarcelado, proyectó en el aire un estimado de ejemplares vendidos los primeros seis meses. Por más vueltas que le daba los números daban equivocados, cerraban mal. Aquello era un desastre.

-Usted y su Oriana vienen de arruinarme las vacaciones de verano que pensaba pasar en Punta del Diablo. Esto será el tiro de gracia para Ediciones Ciudadela pero la empresa sigue adelante, hasta enterrarlos en el mar. ¿Pensó algo para la tapa? Una foto de la susodicha vendría bien y mucho más de sus años mozos.

-Yo me encargo, respondió Claudio sin admitir la segura derrota en la batalla iconográfica. Lo llamo en unos días.



Ese fin de semana Claudio se quedó en el departamento de la calle Muñoz leyendo, ordenando la correspondencia dirigida a Julián, descubriendo la curiosa relación entre dos escrituras con finalidades diferentes. En su juventud Julián fue hombre afortunado que estuvo en la cercanía de aquella muchacha de doble vida, tuvo acceso a la intimidad y conversación de una mujer segura de lo hecho y escrito, paciente: "luchamos contra tantos obstáculos de la sociedad y de nosotros mismos para mantener nuestra relación, mi querido, y además siento que me acorrala el desgarramiento secreto de la escritura. Tu quisieras que yo gane la lucha contra el tiempo, batalla perdida de antemano. Me atrevo casi con la vida en esta ciudad y me inclino ante el enemigo más poderoso. El presente somos nosotros. Para mi otro secreto llegará su día, será cuando haya dejado el mundo y como en leyendas celtas con bosques y lagos encantados, un caballero desinteresado salga en mi defensa."

Eso lo escribía la Oriana que estaba en Montevideo, impartiendo clases de aritmética y caligrafía a niños en edad escolar, viviendo su amor furtivo con Julián mientras otra Oriana permanecía protegida del pasaje del tiempo, a resguardo de la muerte escribiendo poesía lejos de la circunstancia. Al avanzar en la lectura tenía la extraña sensación de sentirse programado desde mucho antes, aunque esa manera leve de argumentar por escrito de Oriana hubiera tenido como finalidad calmar la ansiedad de

Julián; quien medio siglo después, recordando la pasión por el cuerpo de la muchacha, intuyendo el secreto de la obra que le estuvo vedado, se convenció, al leer el artículo y conocerlo, que Claudio era supervivencia de algo suyo; entonces decidió entregarle las cartas. Había pasado demasiado tiempo de silencio y suficiente para que el amante del oscuro Bardolino fuera consciente de su muerte lejos de Teruel, comprendiera que las cartas esas que alguna vez le fueran dirigidas con pasión urgente para aliviar separaciones bruscas, oraciones tantas veces releídas al amanecer, buscaban un segundo destinatario. Con otra tarea que la de asegurar el amor de Oriana mediante las palabras mientras ella vivió entre los habitantes de la ciudad. Al leer la nota Monteverde debió entender que había sido mensajero, envejecido guardián del templo erigido al culto de la reina Orquídea y aceptó la verdad de su misión sin sublevarse. Lo hizo por la memoria de los meses compartidos con ella y fidelidad a causas secretas que decretaron la separación de los amantes. Debió sentirse satisfecho de participar de un plan superior relegándolo a un segundo plano anónimo y dejando intacto el amor, la persistencia de la ciudad apacible que había sido testigo.

Claudio estaba feliz, en el caos festivo de la gente logró hallar un sentido a lo vivido con Oriana, la zona donde lo íntimo se volvía intemporal. Ello hizo que se instalara en el almuerzo la corriente solidaria entre los hombres que

enfrentaron el reflejo del tiempo artero y revelador, como otro espejo colgado al fondo del salón comedor en el Viejo Sorrento. Era la cabeza de Claudio que a fuerza de frotarse con tanta tontería circulando en el mundo se volvió milenarista. El problema central dejó de ser los meses perdidos sin Aquel y otra vez la realidad se burlaba de los proyectos. Las despedidas de Claudio resultaban más fastuosas que las perspectivas de las nuevas etapas, pero tampoco tenía fuerza para plantearse un cambio de vida radical. Se desplazaba en un tiempo antigregoriano donde las ideas de medida, separación, pasado y simultaneidad fueron relegadas por el imperativo de publicar un libro. Claudio se repetía que cuando, pronto, terminara esa historia digna de antes e incrustada en el presente de su vida anodina, cuando hubiera pasado el accidente consumiendo todas las horas podría recuperar la normalidad, el ritmo simple del pasado antes; hacerlo como si nada hubiera sucedido y Oriana regresara al otro lado para nunca más regresar.

Algo misterioso sucedió que lo decidió a marcharse a Maracaibo de un día para otro, sin dejar señas como si el fuerte de avanzada fundado por Alonso de Ojeda fuera territorio del sueño. Destino que parecía esperarlo quizá desde antes, de cuando el tío se escapaba durante el almuerzo en familia los domingos aquellos, siguiendo la pista falsa de caballadas numeradas y galopando cabeza a cabeza hacia el disco final.

**Proyectándose** en el futuro inminente sin Oriana, Claudio comenzaba a extrañarla con insistencia y eso que les faltaba todavía el triste episodio de la despedida, el momento cuando se percataran de que no se verían más, lo que era una manera de hablar. A la gente de la BN que lo llamó luego de publicado el artículo, el equipo de investigación del que quería formar parte la muchachita ansiosa, Claudio le pasó el dato de la casa Mautone; avanzó asimismo la promesa de entregar materiales que él conservaba en su poder, sin guardarse ninguna pista secreta con intenciones egoístas, pero ello recién una vez editado el libro. Los estudiosos ávidos del verso sabrían, se supone, hacer lo más conveniente con la novedad incluyendo los "jardines". Puede que Claudio se guardara una carta de Oriana para volver a ella en su propia vejez, duplicarle así la vida a Julián Monteverde y en los delirios del final imaginar que Oriana se la había dirigido a él, releerla para acompañar circunvalaciones de la caligrafía inconfundible de la muchacha muerta con perfume de orquídea salvaje, vivir la experiencia de descifrarla en otro territorio desconocido. Estaba convencido de que fueron escritas en otro tiempo y lugar, desde la zona incertidumbre borrando los contornos de Montevideo. Las muchachitas levísimas queriendo bailar a la sombra de jardines soñados no estaban destinadas a la resignación de ser señoras de bridge semanal, sino hembras prometidas a ritos tribales y

experiencias del cuerpo en trance con movimientos pélvicos dignos de Flor de Maracaibo.

Después que la historia pasara, cuando el año Oriana fuera otro recuerdo melancólico apenas comparable a las notas de un Nocturno romántico para piano, él regresaría a la rutina de lector desprejuiciado si ello fuera posible, si existiera el olvido; entonces, abandonando sin remordimiento arrecifes corales de revistas del pasado se abismaría en novelones de piratas con parche negro, aventureros sin ley buscando el merecido descanso luego del salvaje abordaje y saqueo de galeones españoles en puertos calientes del Caribe, con mulatas de hombros al aire, ron a destajo en cada esquina, el cordaje del cuatro como sonido de fondo y cantos de pilón cargados de miseria. Quería evitar otro encuentro decisivo como el del verano pasado, imaginaba el orgullo de haber robado un tesoro fabuloso cerca del puerto en aguas marrones del Río de la Plata, antes de que el barco ganara el océano, impidiendo así que la renombrada Colección Servetto llegara al Archivo de Indias y fuera perdida para siempre; él raptó a la bella del Virreinato negociado un importante rescate con el pérfido Mautone, la ennoblecó en las prensas Eliseo P. y adelantándose a las autoridades coloniales, que juraron hacerlo caminar por la plancha destinándolo a los tiburones.

Si alguna de esas noches tenía otro sueño premonitorio, sobre cuentos y autores a la espera del juicio literario en la

duda del Purgatorio, Claudio se guardaría bien de seguir ese canto de sirenas salidas del mar dormido; resistiría, le confesó a Peralta, para aplicarse a seguirle la pista a bailarinas mulatas que se desnudaran en público, de preferencia llegadas de tierras calientes del norte americano que aseguró lo estaban esperando.

-Aunque dudo que alguna de las artistas futuras alcance la belleza inaccesible de Flor de Maracaibo que, me consta para mi desgracia, está de paso por Montevideo consolándome de otra tarea devastadora. De la pérdida definitiva de mi infancia, la despedida brutal de la breve juventud que me estaba destinada.

-Una misa de réquiem con música de negros y mulata despelotándose despacito. Me gusta, dijo Peralta.

Para cerrar el expediente OS y cortar la dependencia del sueño faltaba un capítulo, le fueron suficiente algunas semanas de paciencia y perseverancia para concebirlo. Claudio estaba decidido a encontrar una fotografía de Oriana joven, darle la mirada adecuada a los jardines que lo atraparon y una sonrisa a los ensayos rigurosos de muchachitas de los últimos meses. Quería dar -a como diera lugar- con el medallón de la bella justificando tanta expedición al desagrado y más: la pérdida de una mano en el sangriento asalto al Viejo Sorrento, la oreja cortada en almenas felinas del castillo Mautone, el ojo dejado en el duelo apasionado con el querido de la JWT. Sólo las radas calientes de Maracaibo podrían depararle una parte de la

paz interior que estaba necesitando, el aliento para llevar adelante la última misión, sólo allá encontraría la respuesta cierta de la pregunta terrible.

-¿Por qué habrá dejado de escribir?, preguntó Peralta y luego que entre ambos eligieron el tipo de letra para el título.

-Así que era eso Peralta, dijo Claudio.

-Fue lo que me intrigó desde el primer momento. Cuando usted se marchaba del sótano los primeros días que trabajamos juntos yo me quedaba leyendo los poemas hasta tarde. Entonces descubrí muchos aspectos interesantes y me emocioné como un muchachito, pero nunca pude dar con la respuesta.

Claudio volvió con distancia e interés sobre las revistas que dieron los primeros síntomas del síndrome Oriana, nunca apareció un boceto de la autora ni un grabado falsamente atribuido. Lo que pudo conocer de la familia de ella, datos vaporosos por intangibles, decía que se secó igual que un rosal descuidado cuando remataban jardines en el Prado, con caserones del siglo pasado que por cuestiones de sucesión permanecieron cerradas, abandonados también por fatigados espectros familiares.

La vez que Claudio lo llamó por teléfono buscando información, el viejo Julián admitió con dolor que con las cartas aquellas nunca guardó un retrato de su amada. Había, dijo, una imagen de ellos dos tomados del brazo, captada por un fotógrafo ambulante en una rinconada,

cuando la Plaza Independencia tenía arcadas, pero creía que se extravió en alguna mudanza y entonces, aturdido por esa especie de falta que consideró un error grave de su historia sentimental, imperdonable olvido causado por la felicidad, le salió una voz de viejo desconcertado. No obstante, Julián intentó describirla por teléfono; el resultado fue decepcionante, retazos, detalles inconexos, fragmentos discordantes que guardaba en el recuerdo y se desintegraban al salir a la palabra acompasando el deterioro de su memoria.

La premeditación de Oriana por pasar como una bacante niña por el jardín de la vida, la elección del atraso previo al fulgor que encandila y desaparece tenía parte de obstinación. Apenas si ella dejó tendidos puentes endebles por necesidad de relacionarse en términos normales con la vida social; sin que trasuntara en sus apariciones la intensidad de noches clandestinas con Julián, el vértigo incommunicable de amaneceres con poesía. Una vez pasado el tiempo en la facilidad que da la perspectiva que esconde el no haber estado ahí, hechos y actitudes relativos a la vida de Oriana parecían coherentes y simples en su armado. Las vicisitudes de la intuición debían ser ayudadas con paciencia de escribano, reconstruyendo el patrimonio disperso de un potentado analfabeto.

Claudio pasó varias tardes buscando en archivos de Magisterio reconstruyendo a tientas saltos cronológicos de documentos, marcados por cambios de programa y cursos,



la mudanza de locales donde se formaba a las aspirantes, eras administrativas de sucesivos directores de la institución y hasta la jubilación de archiveras. Buscó y llegó hasta localizar la ficha de la señorita Servetto Oriana, leyó el año de matriculación en estudios magisteriales y la lista de muchachas que con ella recibieron su diploma el mismo año, durante la misma ceremonia oficial. Entonces retornó al comienzo del juego, las siguió en exámenes finales de Gramática Castellana y de Historia Patria, en ejercicios de solfeo e informes de prácticas didácticas ordenando la segunda lista, más reducida, de muchachas que coincidían en semestres de formación y peregrinaje por escuelas públicas, que estuvieron juntas la tarde de la promoción insuflada de patriótica tarea. Las aspirantes a maestras en la Montevideo de entonces eran variantes notorias de conductas comunes. Otras muchachas entraban y salían de las aulas movidas por resultados de exámenes rigurosos, amores incendiarios arrasando sólidas reputaciones familiares, por oponerse sin vislumbrar salida a padres tiránicos e incestuosos; por el antagonismo de crisis vocacionales y que en la flor de la edad las arrastraban a optar por el llamado de la noche, descartando raquílicas vocaciones pedagógicas, por innumbrables enfermedades de la sangre minando el porvenir y otros males contagiosos incrustados en pulmones vírgenes, dolencias comunes en mujeres jóvenes de entonces.

Al final del cotejo en los archivos magisteriales se halló con seis nombres, entre los que estaba el de la muchacha que tembló en brazos de Julián Monteverde.

-Yo, cuyo trato con las mujeres consistía en mi vicio melancólico de contemplarlas desnudarse en público, que algún día merecerá unos años de diván cuando esa pasividad resulte insuficiente, tendría que vérmelas con mujeres viejas, la ironía de completar el tríptico de las edades. Así vería la vida como una unidad, la totalidad del único camino iniciado en muchachas bailarinas de Oriana, pasaba por la mulata venida de Maracaibo y terminaba en mi madre postrada; sin que el pastor Méndez pudiera salvarla y eso sería también para los hombres que amé, para mi mismo.

-Montevideo es la ciudad de las mujeres que a uno le pierden la vida, dijo Peralta.

-Yo con mi querida Orquídea y usted con la variante criolla de Rosa Luxemburgo, para conmoverlo a usted su novia oriental debía ser una mujer de pelo en pecho.

-Aquí el único interesado por los pelos en el pecho es usted, dijo Peralta.

Lo entristecía a Claudio la manera como las bailarinas de clubes nocturnos se abismaban en su propia vida, derrochando una sexualidad que terminaba por devorarlas. Completo catálogo de cierta condición femenina incluyendo incitación sobre escena y prostitución permanente, el conjunto era un cuadro de ostentoso tráfico desagradable

hasta que la descubrió a ella. Desde la primera noche que conoció a Flor de Maracaibo la fascinación instalada arrasó el pasado denigrante, ella llegó en el momento adecuado para ser contrapeso corpóreo y sensual, necesario y misterioso que le venía faltando a la historia de Oriana. El perfume distinto y cautivante distraendo de una intriga saturada de olvido con desprecio, tan propia de nuestra ciudad.

Con la lista definitiva de las muchachas que fueron maestras, Claudio asistiría el espectáculo de strip-tease final de bellezas marchitas aguardando a la muerte. Mujeres viejas más reclamadas por mortajas que por compresas, sabiendo que la del camposanto es la única puerta que les queda por pasar. Le intrigaba observar en las otras mujeres, que no en su madre, el momento cuando un cuerpo dedicado a la vida resulta derrotado, el inequívoco temblor cercano al espasmo. Lo que él consideraba realidad resultó la superficie resbaladiza de una capa de hielo; reflejos inconscientes, imposición del presente obturando la salida de cualquier trato con sucedidos pasados e inminentes. La dictadura del hoy, la soberbia de horas que pasan según indican relojes con segundero, agendas anunciando un cambio de intereses laborales cada treinta minutos.

-Me preguntaba Eliseo ¿se acordará Aquel de nuestro sábado de noviembre de 1999, el día cuando a la salida del gimnasio nos besamos y decidimos ir hasta Punta del Diablo

a comer langostinos, beber vino blanco helado mirando el océano? Ese mediodía nosotros creíamos inaugurar la eternidad de la felicidad y aquí estamos Peralta, resignados, con la ilusión de estar viviendo a fondo el día que nos estaba reservado, corrigiendo erratas.

-Son cosas que pasan, dijo Eliseo. ¿Terminó con esa plancha? ¿Hay muchos errores?

La iluminación de Oriana consistió en acoplar a la escritura el presentimiento, puede que la certeza de que su hora llegaría años después de la muerte. Ella decidió que su día estaba lejos y adelante, intuyó que el sentido de una vida carente de valor se vinculaba con menor intensidad y la persistencia del desdén circunstancial. En pocas semanas algunos escasos lectores sabrían de los jardines y las muchachas en puntas mientras el año se vaciaba humillado en una retirada triste. Un día y dentro de un siglo puede que algo de esta historia nuestra persista, que Claudio tenga la misma suerte de Julián con el propietario del Viejo Sorrento, y a un hombre de negocios se le ocurra la idea de reinventar en Montevideo el nombre de los lugares donde él se paseaba, algo evocando la Nueva Confitería del León. Sitios de su juventud y en cuya decrepitud él debería contemplar el triunfo de lo negado, el tiempo que pasó, la historia olvidada desde la tarde la de sábado que preparó un baño caliente con sales y ofreció una toalla con monograma.

-Usted, yo, todos invertimos tanta vida en digerir el caracú del hoy metido en el caldo del presente, que nadie desea pensar en asuntos tan peregrinos como el tiempo que pasa. Desertar del tiempo es la consigna, como cristianos que abandonan las naves de las iglesias sin caer en el error de muchos hombres secos, que cambian cabarets con mujeres verdaderas por videos donde los protagonistas son sementales disfrazados de bomberos.

-Usted dando lecciones de virilidad es cosa seria.

Claudio evaluó el desacomodo afectivo que imponía la tarea, para contrarrestarlo alternó búsqueda de maestras jubiladas con escalas sensuales de su propio pasado. La primera dupla resultante según ese criterio azaroso fue de mal augurio considerando la continuidad, la anciana había muerto hacía más de cinco años y el encuentro con el viejo amigo –según la versión que llegó hasta Peralta- resultó una catástrofe.

-Por esas tonterías de la nostalgia nos citamos en la confitería La Liguria. Escuchando por teléfono la voz me pareció que algo había cambiado en el muchacho y mucho. Llegué antes a la cita, una mesa junto a los ventanales estaba libre y me senté a esperarlo. La primera visión fue a través de los cristales y me deparó la pesadilla confirmada cuando él entró al local. Llevaba un peinado avanzando esplendores de la camisa Kenzo, tenía aspecto de personaje negligé escapado de film gore aficionado; se suponía que

era el mismo personaje que, cinco años atrás, me llevó hasta la traición por su hermosura.

-Cinco años es una punta de años, dijo Peralta.

-Por fortuna, antes que yo montara una mentira infame para zafar de la situación él, renegando del pasado y sin pestañear dijo su conversión a la abstinencia, dieta vegetariana y budismo. Era un ser tocado por las diversas biografías del Dalai Lama que se filmaron en los últimos años.

-Usted me está jodiendo.

-Se lo juro por Oriana. Fue así Eliseo, tal vez ello explicaba la camisa Kenzo color salmón con detalles de Mandala. Estupefacto yo escuché peripecias del cuerpo carnal purgado, avatares del espíritu en meditación, meandros de su monólogo estilo new age. Confrontado al genio de la transfiguración opté por el silencio contemplativo y me guardé un mantra interior.

-Aquel hombre era un santo y usted lo tomó para la chacota. Es poco serio, dijo Peralta.

-¡Un santo las pelotas! Tuve el dudoso privilegio de escuchar, durante una hora, los beneficios para la existencia de haber encontrado el camino correcto y reconstruir su Tao en la casa reciclada del cuerpo. Litros de agua ingeridos por día para limpiar. Más que una confesión o doctrina había en esa voz algo de proselitismo. Le aseguro Eliseo, temí que allí mismo sacara unos cromos refiriendo las salidas de Gautama y me deslizara la dirección de un

centro de iniciación a la plegaria tibetana. La táctica ensayada para acercarme a la estampita de Oriana mostraba sus inconvenientes.

-Me hace acordar a Kung- Fu, dijo Peralta.

A la segunda anciana maestra de la serie que había fallecido, Claudio temió replicar con otro nombre de su pasado sentimental. Entendió en carne propia y ajena lo espantoso que resultaban los trastornos del tiempo, que acercándose al final ella saboteara toda iniciativa que la excluyera, dándole a las imágenes del pasado sin Oriana apariencia depresiva.

Recordando el desgraciado epílogo de Piriápolis lo aconsejable era incinerar la libretita, comenzar de cero, ensayar relaciones sin consecuencias y cambiar de aire. Luego de los meses conviviendo con Oriana, Claudio tenía dificultades para recuperar antiguas referencias amistosas y acomodarse a códigos mutantes de la ciudad. Pensó en llamar a Julián para ir uno de esos días a probar el pesto prometido en el Viejo Sorrento, escuchando la escena de la locura cantada por Lily Pons mientras esperaban los profiteroles con chocolate caliente.

La tercera maestra de la lista estaba internada en una residencia para ancianos, la mujer tenía ese mal difícil de pronunciar que le cortaba todo contacto con la realidad y la empapaba cada pocas horas en sus excrementos. Al salir del asilo Claudio lloró por el cuerpo entregado de esa que fuera muchacha y por la canallada del tiempo miserable,

que retarda la muerte sin que se advierta la razón, lloró por la persistencia de la escritura. Si Oriana viviera sería algo parecido a ese organismo agonizando en un lecho alquilado, sin nadie que le tuviera entre las suyas la mano que escribió en las horas que separan las inyecciones. En algún sitio de la ciudad debería perdurar la memoria de algo de la hermosura de ese cuerpo. Negando el presente en carpetas que él conservaba en su departamento y en la mujer que fantaseaba cada vez que releía un poema, Oriana era una muchachita, un espíritu joven y risueño conservado en el glaciar del tiempo. A pesar de la contundencia de la sepultura testimoniando en el cementerio Central, a contracorriente de pareceres que llegarían de quienes pudieron estar con ella en los últimos meses, Oriana continuaría siendo la muchacha tímida y que, seguro que con intermediación de una prima mayor y emprendedora le llevó su cuadernos de versos al padre de Mautone. La mujer seductora que almorzaba con apetito canelones a la Rossini con el señor Julián en el primer Sorrento original de plaza Independencia, y así sería hasta la eternidad si es que somos capaces de llevar nuestra memoria hasta allí.

Servetto había muerto, Oriana nunca envejecería para continuar su avance por las puertas del tiempo, ella quedó fijada con el aspecto que tenía cuando dio por finalizado el poemario sobre niñas que soñaban ballet. La misma altura, una manera única de sonreír y recogerse el pelo, aquel gesto inconfundible con la mano y su forma del cuello, un



modo de mirar las puestas de sol y la sonrisa cuando una compañera de clase contaba un disparate zafado. La verdadera máquina del tiempo no es un viaje, se parecía a la inmovilidad de la fotografía primitiva, tiene la modestia que le permite suspender instantes y escamotearlos al porvenir; un instante único que después de mucho trato Claudio continuaba ignorando y estaba ansioso por conocer. Entonces decidió acelerar la búsqueda de la imagen que le estaba reservada, descartar encuentros con su pasado demasiado cercano y tapizado de ruinas.

Con la cuarta maestra de la lista continuó la macabra serie de la cosecha roja; muerta también, los desamorados herederos (por lo que sé Claudio conversó con una de las hijas, bastante histérica según recordaba Peralta) junto con la buena señora habían dado a la cremación lo que no pudo venderse, llevados por el rencor de verse privados de presentes sustanciosos. La relación entre el sistema Oriana y la secuela de perfume de maestra alcanzaba el punto culminante a sus afanes; restaba una última anciana por consultar y no obstante Claudio estaba tranquilo. Había asimilado la convicción de que cualquiera que hubiera sido el orden de la búsqueda emprendida era inexorable que la última sería la correcta. Las muertes previas eran preparación para borrarle la ilusión, hacerle conocer la auténtica condición de Oriana hasta que dejara de confundir escritura con vida.

Tuvo un momento de desencanto al ser informado que la última anciana de la lista no vivía allí a donde él había llamado, y recuperó su ánimo cuando agregaron que se había ido a vivir sola a un departamento pequeño en la calle Pagola casi Achiras, en la zona de Pocitos. La otra muchacha que conoció a Oriana en años de formación, durante horas de llama poética que consume y la disuasión de hoteles con Julián, de cuando era una más de las muchachas deslizándose en Montevideo distante de la guerra, sin que nadie advirtiera en ella la responsable de versos que harían sobrevivir fugaces momentos de la ciudad, comprendiendo alguno de los mortales que la frecuentaron.

Al hablar del asunto y a medida que avanzaba en sus argumentaciones, Claudio estaba satisfecho.

-Ni a mi propia madre cuando estuvo internada en el sanatorio la había tratado con esa compasión y me daba algo Eliseo. Le había contado casi todo a la mujer, menos las sucesivas puertas de información que debí abrir y las razones por las cuales me tomé el trabajo de localizarla. De ello hablaría cuando nos viéramos, si es que era posible y ella lo consideraba oportuno.

Cuando terminó el alegato, Claudio creyó haber dado por concluido un planteo convincente y que del otro lado de la línea en algún lugar de Pocitos, en un pequeño departamento de la calle Pagola se entendió que era el final de la conversación, sin que fuera necesario agregar nada a

lo escuchado. En la línea se produjo un brevísimo silencio, suficiente para que Claudio estuviera obligado a agregar cuatro palabras de confirmación.

-¿Usted me escucha, señora?

-Claro que lo oigo joven, respondieron del otro lado de la línea. Sin perderme sílaba de lo dicho, trataba de imaginarme las razones que lo llevaron a demorar nuestra conversación.

-¿Usted quiere decirme que estaba esperándome? preguntó él sorprendido por la réplica de la anciana, abochornado por la satisfacción con que había llevado adelante la entrevista.

-Si, desde hace meses, que para mi es una eternidad. Creo recordar que lo espero desde los primeros días del año. Al fin... venga por casa mañana, a las once, supongo que conoce la dirección correcta. Mañana sin falta, si deja pasar más tiempo puede que sea tarde, dijo la mujer con tranquila convicción desarmando cualquier réplica que Claudio pudiera ensayar. Mire lo sucedido con mis compañeras; tengo preparado desde hace tiempo lo que busca y que es bien poco.

-Debo confesarle que me sorprende, dijo Claudio. Allí estaré mañana, seré puntual pero sigo sin comprender.

-No me extraña, replicó ella y se podía adivinar la sonrisa en su cara apergaminada. Los jóvenes necesitan estar dormidos para soñar, a los mayores ciertos diálogos nos resultan sencillos.

-Quiero suponer que hablamos de lo mismo.

-Claro que sí muchacho. Estoy vieja para jugar a los misterios y mi mente aún funciona. Creo que hablamos de su interés reciente por las estudiantes de Magisterio, por una entre ellas en particular.

-A las once de la mañana, entonces, le dijo.

-Cuento con su puntualidad. La vejez además de arruinar el cuerpo, como usted supo estos últimos días, trastoca el sentido del tiempo fugitivo.

El puente llevando del silencio de Oriana en los poemas a la irrupción de la fotografía hacia el final del peregrinaje se estaba tendiendo con curiosa perfección. Apenas cortó el diálogo con la maestra jubilada Claudio llamó a la redacción, oficinas y talleres de Ediciones Ciudadela. Allí trabajaban hasta tarde y Peralta siempre era el último en irse, si es que el viejo anarquista tiene otra vida además de ese cuchitril.

-Encontré la solución para la carátula del proyecto Servetto. Mañana de tarde paso por ahí sin falta y vemos los detalles. Va a ser una pegada, le dijo a Eliseo, que andaba perturbado en asuntos referidos a un libro de historia sobre la dictadura.

-El que la sigue la consigue, felicitaciones, dijo el editor. Mañana vemos.

Claudio se tranquilizó habiéndose sacado de encima la obsesión fotográfica, sin considerar que podía estar en tratos con una vieja chiflada, que a la mañana siguiente le

daría la imagen coloreada de Carmen Miranda, autografiada por la diva y con sombrero tocado de frutas tropicales. Permitted que la oscuridad invadiera su lugar de trabajo en la que sería la última noche sin conocer la cara de Orquídea Salvaje. El capítulo final de Montevideo sin Oriana estaba cerca, la única luz artificial del lugar era la vercosa saliendo de los controles del aparato de audio, donde se repetía "Round Midnight" en la versión original para piano de Monk. Sobre la pantalla de la computadora en pausa evolucionaban gatos de diseño, animalitos virtuales previos a las bestias salvajes que tenían prisionero a Mautone. Le vinieron ganas de ir a ver desnudarse a Flor de Maracaibo, una desesperación causada por el presentimiento de perderla para siempre a partir de mañana.

¿Y si Claudio hubiera sido víctima propiciatoria de una maquinación bien aceiteada de viejos? Un complot urdido por la señora convincente de la calle Pagola, el solitario Julián tan amable y generoso que decía tener un hijo en Teruel, de Mautone rodeado de gatos adiestrados, viejos que inventaron el juego virtual de Oriana Servetto para entretenerse aguardando la muerte. Al fin de cuentas da lo mismo imaginar un universo inexistente que una metáfora, sacar de la nada un poeta apócrifo que falsificar una fotografía antigua. Si se trataba de una farsa macabra Claudio estaba dispuesto a llegar hasta el final, desde el primer día el entusiasmo estuvo sustentado por un factor exterior que arreciaba en momentos de flaqueza y estados de desesperación. Pensó que el artículo publicado pudo ser resultado de cierta impostura inoculada por otros que terminaría por descubrirse. Nadie lo sabía y era mejor evitar verificarlo, anda suelta demasiada miseria por la ciudad sin que la pueda asociar a ninguna persona concreta; la mayoría de las veces estaba primero la obra y después recién llegaba la biografía a los ojos en cuentagotas, al ritmo espeso de un colirio.

La información manejada hasta el momento era la cantidad apropiada para forjar una pequeña leyenda retro en la ciudad que las anda necesitando, porque en ello le va la supervivencia ficticia antes de que la amnesia con metástasis sea del todo irreversible. Una lectura comenzada al azar y relativa a otro proyecto, revelación

inquietante que activa el presente, obra breve, el amante fiel y discreto que cumplió su cometido de reserva, un puñado de cartas marcando la dualidad de la privacidad, el cuaderno de textos inéditos hallados en la periferia de la historia literaria y ante los cuales un editor asediado por la locura hereditaria pasó de largo. Debía de ser así porque Oriana necesitó del desquicio de Mautone para cumplir sus plazos. Textos de dudosa autoría dispersos en vidas paralelas y poética que los vincula, fechas aleatorias entretejiendo un sentido difuso y estaba él: necesidad de Claudio sin obligación, naturalidad de aportar la mirada faltante y entrañable que disipando el enigma lo confirma.

Cualquiera que fuera la imagen a recuperar, la foto en grupo o en primer plano de retrato, el boceto para un cuadro que nunca se pintó, lo que mostrara la vecina de Pocitos al día siguiente sería la correspondencia perfecta con el pasado; estaba convencido y él seguiría adelante con el plan de publicar el libro de Ediciones Ciudadela con Eliseo Peralta, aunque la vieja de la calle Pagola le entregara una foto de su propia madre embarazada. Lo haría porque deseaba que la imagen prometida fuera el temido final del episodio Oriana de su vida, final del viaje, final de la historia, final; si parecía inmerso en una impostura teatral estaba dispuesto a pasar por la puerta del ridículo, tampoco sería la primera vez. Decidió creer en la autenticidad del sudario turinense de la iglesia secreta de la esquina de Pagola con Achiras, aceptar lo que la madre superiora le

presentara, aunque tuviera la marca impresionista de gato barcino crucificado con una corona de espigas apoyada en las orejitas triangulares.

En sueños anteriores Oriana nunca se manifestó en tanto figura, ella disponía escenas sugerentes y objetos alienados para que un Claudio despierto las interpretara, ella decidió que toda palabra apropiada susurra un enigma, evidencia más densa que mil imágenes sucesivas, perdidas iconografías en un mundo donde la imagen olvidó el sentido sagrado. Es probable que la Servetto temiera decepcionarlo y para sacudirse ese pensamiento Claudio optó por la tarea de hundirse en la lectura. Sin querer ser interrumpido por el peinado de cierto día, ni el sentido de la sonrisa cuando Julián la citaba en plazas recoletas de Montevideo; tampoco por la mirada extenuada por el fuego interior que tendría luego de escribir el séptimo de los "jardines". Ella le susurraba que el texto es superior al autor y la poesía prescinde de huellas dactilares. La imagen de Oriana sería despedida de papeles acumulados durante meses, anunciando los adioses y con ella terminaría la tarea. ¿Qué tarea? La de estar leyendo en el peor momento de la casualidad, provocar el azar del encuentro y haber decidido continuar adelante la absurda empresa. ¿De qué? Sin embargo mañana al mediodía, en menos de quince horas, la imagen de la muchacha llamada Oriana Servetto recobraría derechos de autoría, interrumpiendo el panteón



inamovible de retratos conocidos de la poesía, recuperando atributos pertinentes a lo visual.

Comenzaría entonces otra historia en la cual Claudio quedaría excluido; para ese instante la cuenta regresiva había comenzado, él tuvo la tentación de prolongar el enigma decidiéndose a vivir unos meses con el retrato de Oriana sobre el escritorio, sin mostrárselo a nadie, tejiendo otra clandestinidad y hacer circular la foto recién después de un año. Si actuaba así se volvería el celoso especialista, individuo pronto a reaccionar con resentimiento si alguien osaba escribir sobre Oriana Servetto que hubiera escapado a su control. Viudo literario orgulloso de la poetisa reivindicada, fetichista de papeles viejos que atentaría con avaricia sobre el objetivo apalabrado de sus afanes y emociones. Soltar un pájaro, abrir una puerta, emprender viaje hacia el norte en invierno, ser explorador extraordinario y dispuesto a dar la vida por hallar el secreto de Flor de Maracaibo. No había otra opción.

El inminente encuentro con los ojos de mujer que se cruzó con la mirada apasionada de Julián en paseos de la ciudad, la mirada que conoció a Mautone siendo niño y acariciando un gatito de terciopelo atigrado sería el comienzo de la despedida. Algo de ello ganaba el espíritu de Claudio durante las últimas horas con Oriana y sin ella. Un velorio, vela de armas, verificación del velamen antes de soltar amarras hacia otro Bósforo, cosas que se pierden en una noche de insomnio. La situación lo entristecía, lo

vivido los últimos meses fue una etapa de riesgo controlado y peligro sin definición, la tristeza era la melancolía teniendo a la vista el destino del viaje. Claudio se implicó en episodios pintorescos, emotivos y refractarios, esquirlas de vidas inconclusas, maltrechas, deudas pendientes de amores y lecturas, capítulos tronchados de amores y lecturas. Folletines interrumpidos de otras existencias alterando la suya sin que le pertenecieran y comenzaba a ser un adiós sin lágrimas de la juventud. Adelanto del paisaje donde sufrirá la derrota concluyente y a partir de mañana su vida sería distinta, un detalle visual la haría otra: Retrato de joven mujer escribiendo poesía.

La misma mujer de antes provocaría desconocidas consecuencias. Claudio nunca podría amar a nadie –se lo prohibió– a quien no pudiera confiarle la historia de Oriana sabiendo que la entendería, contarle el día del encuentro en la BN, noches blancas recorriendo jardines, las últimas horas vividas con la desconocida que lo interpeló en sueños y que se hacía llamar Orquídea Salvaje sin temor al ridículo. Aceptar en esa complicidad un amor distinto y difícil de entender por humanos y espectros, romance cursi que dejaría en Claudio residuos eternos, secuelas de lágrimas agridulces y asco de sentimientos teleteatrerros. Incertidumbre de emociones impuras que sólo rozaron unos pocos boleros entre los elegidos, aquellos cantados por la venezolana Soledad Bravo. Mañana, hoy mismo pues las horas se suceden en la historia hostigando mi escritura,

sería el día de verse las caras y ser presentados otra vez, sin la condición inflexible de cruzar la falsa puerta del Paraíso de la BN ni atravesar el pórtico del cementerio Central recostado sobre el mar.

Ellos deberían disimular al encontrarse el pasado común que los unía, Claudio recordó carpetas aguardando en la calle Muñoz y que crecieron desde que transcribió un poema la mañana de enero de la página 51. Tarareó la última noche que pasé contigo quisiera olvidarla pero no he podido; padecía la nostalgia del tiempo durando sin resignarse a ser pasado y la felicidad era argucia de acomodo. Hay una artesanía inusitada de negarse a vivir el presente y la satisfacción de sacudir la imposición de aceptar la convención "éste día", suponer que la vida era estar fijado al hoy en un mismo lugar, y ello cuando con magias inteligentes estamos capacitados para estar en el año 1937, pensar qué música estarán escuchando a esta hora en los jardines del mejor hotel de El Cairo las parejas de turistas ingleses. El carpe diem era la tiranía de vivir el momento con intensidad, cárceles con relojes que atrasan y adelantan sin coincidir con el calendario. Vivir tampoco era comprometerse a fuego y sangre con un fragmento del mundo llamado Montevideo.

Una maestra de maneras atildadas dando clase a niños medio siglo atrás, fallecida sin que nadie conociera el producto de su manía secreta ni hubiera merecido la autopsia le estimuló cólera y ternura; mayor euforia y

depresión que muchos de los amores derrotados de antemano en la batalla contra el tiempo, golpeando con agujas y rubíes farallones del cuerpo. Le hubiera agradado conocer a la señorita Oriana, ser bedel del turno vespertino, contemplarla sin que ella supiera comer el polvorón cubierto de azúcar durante el recreo, junto a la bandera uruguaya en secretaría de la escuela República de Venezuela, descubrirla sacando migas del guardapolvo con movimiento de su mano izquierda. Así había ella conocido a Julián con veinticinco años y estampa de nadador de bahía portuaria, que debió ser amante prodigioso por lo que dejaban entender unas perífrasis osadas de dos cartas intensas, escritas en arrebatado del amor distanciado a unas pocas horas.

Para calmarse le estaba haciendo falta algo diferente y llegar a mañana, unos tragos largos de Absolut tan helada que lo hiciera llorar, cinco Destornilladores al hilo y un par de horas de humo filtrando luces multicolores en el antro de Andes. Escuchar diez veces seguidas "Round Midnight" preguntándose qué misterio le quería contar esa melodía perpetua, contemplar desde la barra del bar el coro de chacareros platudos de paso por la capital, el fanatismo de buscadores de martingalas infalibles para la ruleta, jugadores de Hebraica y Macabi incómodos por sus manos enormes, patronos malasios de barcos de pesca furtiva, mirando desnudos huesudos y siliconados de chicas go go hasta que llegue ella. La bendición venezolana originaria del

puerto de Maracaibo dicen, la ciudad que tiene por patrón a San Bartolomé, la predicadora de la pasión sobre la que se teje el misterio del pasado con navajas apasionadas, inyecciones en clínicas de Cancún cuajando en tetas de milagro, con un color de pezones inconcebible en maestros ancianos de Siena y tratos con cirujanos sin formación en los jesuitas salidos de otro juramento hipocrático.

Esperó en vano, cuando después de dos horas de pedir un Destornillador tras otro Claudio preguntó por Flor supo la verdad.

-La Jauna se volvió al norte, dijo el barman,

Se la podía llamar por el nombre, se marchó de Montevideo hacía unas horas dejando de ser Flor de Maracaibo para llamarse la Jauna. Dijo que puede que volviera algún día a la calle Andes, pero el barman aseguró que había aire de cosa terminada en la manera de despedirse y él sabía de esas cosas. Claudio fue al baño y largó lo que tenía en las tripas. La puerta se cerró detrás de ti y nunca más volviste a aparecer, dejaste abandonada la ilusión que había en mi corazón por ti... recordó el talentoso gráfico haciendo arcadas con la cara cerca del water e hipnotizado por el color anaranjado del vómito.

## XXVIII

*Y no sabemos cuál es la relación entre "arte" y "vida" salvo cuando el pelo de una gata en celo se eriza.*

Roberto Echavarren

-Cualquier historia que pueda contarle estará a años luz de la realidad del pasado, dijo la mujer.

Según lo prometido Claudio fue puntual, a las 11h. 07 estaba instalado frente a la anciana que vivía sola y parecía tener evidentes dificultades motrices. El living del departamento donde tuvo lugar la conversación no presentaba rastro de polvo y estaba ordenado hasta en los pequeños pormenores. Estaba sentada en uno de los sillones, ubicada de tal manera que podía pasar por actriz actuando el personaje de una abuela; detalles circundantes contribuían al efecto visual: elefantitos de porcelana para atraer la fortuna al hogar, jarrones con motivos chinescos, portarretratos narrando su vida en imágenes, carpetitas bordadas con paciencia, objetos adecuados al momento y circunstancia haciendo sospechar la intervención de un decorador teatral.

-Es mejor callarlo, siguió la mujer. Contemplado a la distancia de los años pasados seguro que nosotras, las otras muchachas con ganas de vivir éramos las equivocadas, o estábamos en lo cierto siendo ella la anomalía.

Hablaba lento buscando cada oración precisa, ella repitió la declamación durante años aguardando al desconocido que un día tocaría a su puerta tras noticias de Oriana Servetto; sin embargo, parecía insegura de la continuidad del texto y llegada la representación buscaba en la memoria una escena que se adecuara a sus tiradas.

-Después de pensarlo en soledad, teniéndolo a usted como testigo interesado, recién recupero a mi amiga. Nada advierto en ella de volcán apagado a la espera de la actividad, menos una fuerza de pasión destructora sin salida. Intuyo por el contrario una muchacha de mi edad, tímida con docentes y condiscípulas, sin dotes excepcionales para lo que merecía ser compartido. Quizá actuaba evitando humillarnos con su don y frustrarnos en plena juventud la esperanza ilusoria en el porvenir.

-Todo es posible, le dijo Claudio. Luego de lo sucedido conmigo, la manera como ella se cruzó en mi vida una mañana de enero estoy dispuesto a aceptar cualquier versión sobre esa mujer.

-Por entonces sus pensamientos estarían orientados hacia otros rumbos, lejos de nuestros intereses que eran poca cosa... memorizar poemas románticos y recitar las

fronteras terrestres de nuestro país. Lo que diga podría ser considerado una mezquindad, ajuste de cuentas con la juventud lejana y resultado de la envidia persistente. Siendo la última sobreviviente del grupo en condiciones de remontar la memoria y hablar cinco minutos seguidos, sería indigno caer en tamaña actitud. Está tan cerca mi hora final...

Ella hablaba dejándole a Claudio intervalos para intercalar sus comentarios; cualquier cosa que él pudiera decir cortarían el silencio, desviando el rumbo de la confesión preparada en la soledad de la calle Pagola.

-Es triste. Como persona perdió interés, está muerta desde hace veinte años y se las ingenió para regresar. Las fechas que se hacen bolillero para los exámenes, una fotografía suya que está en mi poder y el secreto de la poesía de mi amiga que viene de conocerse gracias a su insistencia. La verdadera Oriana es la que usted presentó en su artículo y me parece bien que así sea, leí la nota porque Sonia la comentó la otra mañana en la radio. La Servetto que conocí era una maestra del tercer año, guardé un retrato que me regaló cuando, recién egresadas del Instituto nos asignaron destinos diferentes. Era tiempo de separarnos, nuestras escuelas estaban distanciadas por pocas cuadras pero en aquellos años toda lejanía parecía insalvable. Creo que me hizo el presente pensando en este momento, suponiéndolo a usted.



-Es probable, dijo Claudio. Es una actitud que entra en sus costumbres; qué podemos decir sino agradecer el haber sido elegidos, tal vez utilizados.

-Ni antes ni ahora, era parte de mi historia. Ella permanecía callada pero se mantuvo atenta, durante nuestros años compartidos de estudio a mis confesiones. Guardé la foto porque preservaba el perfume de mis primeros días de felicidad. Un viaje a Buenos Aires con mis padres, cabalgatas al atardecer de enero por la costa de Manantiales, mi virginidad deliciosamente robada por un primo segundo, una vida de aprendizaje mientras estudiaba para ser maestra respetable. La foto de Oriana en mi estado claudicante y a mis años, cuya cifra perdió sentido, sintiéndome bien, sabiendo que todo está dispuesto para mi partida, es el último gesto del cuerpo antes que se abra la trampa del sótano. Creo en Dios, el arqueo de lo vivido me permite ser optimista sobre la suerte de mi alma; de las cosas en verdad reprochables que cometí di pruebas de sincera contrición. Lo que menos me place es compadecerme de la belleza que perfumaba mi piel como vestido de fiesta digno de princesa. Una inteligencia superior gobierna nuestros actos y determina el paso por la vida, creyente como soy, estoy segura de que fue el alma de Oriana que me confió la tarea de guardar su reliquia durante estos años y guió sus pasos hasta esta casa.

-Así considerada, la foto tendría aureola de santidad y estamos rondando el milagro, dijo Claudio.

-Su sarcasmo puede ser correcto. Nosotras nunca la entendimos porque ella se daba a pedacitos. Eso del cuaderno que usted encontró y las publicaciones en una revista para mi es chino. Si ella planificó eso de dejar huellas, entonces mi fotografía será la única prueba demostrando su paso por el mundo. Curiosa ironía eso de una vida encerrada por un segundo activado por maquinaria, y que medio siglo después ese segundo sea pasaje al reconocimiento. Le confieso que me tranquiliza que la insensatez del dos mil me encuentre cerca de la otra vida.

A todo esto Claudio tenía en su poder un resultado visible de los trabajos comenzados la mañana de enero. El sobre con la fotografía había cambiado de manos, él debía continuar escuchando a la mujer como si fuera otra carta póstuma de Oriana dictada y leída por su compañera de estudios, la sobreviviente. Después de lo escuchado estaba convencido, las cuatro mujeres que indagó el último mes tendrían la foto que le estaba reservada y con levísimas variaciones ellas hubieran referido la misma historia. Así lo había dispuesto Oriana.

Temió que en cuanto saliera para siempre del departamento de la calle Pagola la anciana muriese de un síncope fulminante una vez cumplida la misión de entregar el documento o se quitara los afeites teatrales para ser la mujer que había actuado, se detuviera en medio de un movimiento brusco de muñeca y autómatas de circo. Lo

emocionó saber que estaba escuchando la última versión de una vida de segunda línea en el plan Oriana; que esa mujer de la que olvidaría el nombre en cuanto cerrara la puerta, dentro de unos días se perdería en la muerte, en cuentos inconclusos de Montevideo que nadie revisita y otros relatos ni siquiera empezados.

Lo más doloroso de la muerte, le decía Claudio a Peralta es haber dejado de escuchar el cuento final.

-Me dio por pensar quién estaría presente en mi agonía, escuchando mi último cuento fruto del delirio y los inyectables. Las perspectivas al respecto eran desalentadoras. ¿Usted piensa en eso Peralta? ¿Ya sabe cuál será su último cuento?

-Usted me está dando buenas ideas.

Hasta el final Oriana medía la distancia insalvable entre persistencia y silencio. Tanto que si afuera en la calle no fuera el declive del año dos mil, se podía tener una tibia esperanza de ser feliz en la ciudad donde escribo, si se pudiera creer de verdad que algo nuevo estaba empezando, distinto. Fue a eso de la una de la tarde que Claudio salió a la calle Pagola.

El día era un accidente ocurrido fuera de la ruta del tiempo, a pesar de estar entre árboles próximos la vereda sufría achicharrada por el sol cayendo a pique recalentando baldosas desparejas. El cordón señalaba un territorio infranqueable y las líneas negras de alquitrán serpenteaban la calle. Caminar se hacía dificultoso, era hacerlo sobre

brasas sagradas de la India y resultaba preferible renunciar a encontrar un sendero entre la sombra. La desafección de vehículos se mantuvo lo que duró la marcha hasta llegar al cruce de Pagola con 26 de Marzo, donde los autos pasan a toda velocidad hacia el centro de la ciudad. La zona era un circuito de carreras, los que manejaban lo hacían con arrogancia de impedir cruzar a peatones con bastones, mujeres reumáticas arrastrando carritos de la compra a medio llenar, perros asustados atados a lazos de cadenas cromadas. La gente de a pie estaba vestida con ropas livianas, polleras amplias, camisetas con logos reconocibles de marcas de refrescos y arrastraba zapatillas con suela de yute. Los vecinos ignoraban lo sucedido hacía unos minutos en el departamento de la calle Pagola. ¿A quién podía interesarle?

El retrato que Claudio llevaba en la mano probaría a los automovilistas insensibles que la muerte prosigue su tarea y eso nadie quiere recordarlo en días previos a Navidad. Un cuerpo sudado en el cuello, enfundado en chancletas gastadas y enceguecido por la luz indirecta llegando de todos los cristales a la redonda es demostración de lo contrario. Claudio decidió resistir las ganas de abrir el sobre en la vereda sub tropical, la luz podía hacerle una mala jugada velando la imagen y había que preservar el contenido precioso. La luz podía traspasar el papel, el soporte acartonado borrando la prueba de que Oriana Servetto había existido.

Como lo había hecho muchos años atrás cuando el 2000 era un enunciado de ciencia ficción avanzó por las veredas irregulares de Pocitos. Ciertas calles conservaban la cicatriz paralela y herrumbrosa de rieles de líneas muertas de tranvías, mal tapadas de alquitrán provisorio desde hace décadas. Caminó hasta alcanzar la pendiente hacia la izquierda que lleva a la calle Benito Blanco, en ese rincón la ciudad parecía haberse detenido muchos años antes, a un lado fugaba la perspectiva de edificios alineados concebidos sin imaginación; hacia el otro perfil podía verse la costa luminosa interrumpiendo el hueco de bocacalles horadando la resolana.

Peralta me dijo que a Claudio le pareció entrever en la claridad casillas de madera para bañistas alineadas en la costa, oír el ruido de frenada metálica, la campana de los tranvías advirtiéndolo cuando el pesado vehículo toma una curva pronunciada y un velero avanzando en diagonal tangente buscaba integrarse a la tramoya improvisada.

-Entonces vi una gaviota Peralta, tal vez otro pájaro enorme cruzando el cielo de izquierda a derecha. Vuelo extraño y desorientado, si hubiera identificado el pájaro descifrando el trazado habría entendido: era solución a un enigma anterior y augurio del enigma siguiente. Algo invisible frenaba la estrategia de las adivinaciones, eran fuerzas invisibles contenidas en la fotografía buscando manifestarse para retocar la realidad. Fue así que Oriana contempló ese paisaje segmentado de la costa, ella me lo

hacía ver a mí empujándome a despedirnos, exigiendo dejarla seguir su camino y que yo hallara el mío propio.

Esa tarde Claudio prometió ir a Ediciones Ciudadela, llevar la imagen que ilustraría la tapa de la primera edición y seguro única de poemas de Oriana Servetto. Luego que ella hizo encuadrar su paisaje preferido sobre la costa él identificó en eco el de su primera juventud mirando hacia la ciudad. Los tiempos de madrugadas insomnes, interminables paseos en enamoramiento por esas veredas, cuando la vida se andaba a patacón por cuadra y paso rápido, apurando decisiones con la mano, palabras brutales yendo a departamentos de amigos o apenas conocidos, habitaciones deshechas sin arreglar por cuerpos amantes de la tarde, con olor a cigarrillos apagados, camas sin tender hace semanas y sábanas sucias, colchones manchados de esperma y coca cola. A cualquier hora porque el tiempo era accesorio, también a las nueve de la mañana cuando las vecinas del barrio comienzan a preparar caldo con verduras cortadas para el mediodía.

El día de curiosidad en solitario y disfrutar una tregua merecida, Claudio se creía a la hora de mediodía solar ser otro de los expedicionarios que van sin escala a la ciudad prohibida, con propósito de contemplar un solo cuadro y la sala del pintor obsesivo. Se fue acercando a la esquina de Benito Blanco con Avenida Brasil donde, como si los bares fueran pirámides de nuestra tradición sigue abierto el monasterio Expreso Pocitos. A cada minuto que se agotaba

el calor iba en aumento, ese rincón de la ciudad –galería sin pintor prestigioso, sala del museo imaginario en que se transfiguró Montevideo en verano brindando lo insensato- estaría atontado un par de horas hasta que el sol cayera detrás de un edificio. La gente obligada a pasar por ahí aceptaba la desorientación habiéndose extraviado en el desierto del año 2000. Le parecía flotar suspendido en el aire de otra ciudad que él desconocía y lo aguardaba, o por subir al paquebote de cemento que zarpa en minutos hacia el norte americano. Haber contribuido a descifrar el caso Oriana lo eximía del derecho de seguir viviendo en Montevideo y las señales inequívocas le fueron dadas. Podía oírse llegando desde lejos el griterío de veraneantes dispersos en la playa, olerse el perfume a coco de islas tropicales en aceites utilizados para mitigar efectos de rayos ultravioleta sobre la piel, creyó escuchar el motor forzado del ómnibus asmático, remontando a duras penas la cuesta de Avenida Brasil rumbo al centro. La hilera de taxis negros alienados frente a la garita pintada de rojo reproducía un cuadro hiperrealista sin título de autor anónimo.

Cuando entró al Expreso Pocitos un mozo estaba recostado al mostrador, la temperatura Fahrenheit al interior, las horas de trabajo acumuladas y la camisa cerrada al cuello le daban aspecto de hombre fatigado. Lo miró a Claudio pasar con desdén moderado y fastidio, a esa hora un cliente es el intruso rompiendo la tregua que llega

luego de servir los últimos almuerzos. El recién llegado buscó la mesa más metida en la sombra al fondo de la pirámide marina y al pasar, sin percatarse del fastidio y desdén moderado del mozo pidió una cerveza tres cuartos bien helada y un vaso con hielo.

Luego se instaló a esperar la cerveza sin sacarse los lentes oscuros, encendió un cigarrillo Craven "A" que tiene un gato negro por isotipo en el paquete y recordó a Mautone que a esa hora estaría encerrado en la casa de los mayores, conspirando con sus bestias contra turistas usurpadores de Piriápolis en verano. Recién al rato le trajeron la botella de Doble Uruguay y él, dejándose puestos los lentes de sol se tomó el primer vaso de cerveza con ganas de sediento, sin respirar. El sobre con la fotografía estaba sobre la mesa a un costado de la botella, Claudio se dijo que está bien eso de primero leer los versos y después si la necesidad es imperiosa y enorme conocer la cara de los poetas. Eso se denomina víspera de decepción, puede que desencanto. Se quitó los lentes ahumados cuando consideró que estaba habituado al interior luminoso del templo, lo hizo con parsimonia de viajero rodando en moto por la Ruta 66, Sacudió la ceniza gris gato del Craven y se llevó el cigarrillo a los labios, inclinó luego el vaso vacío y vertió despacio la cerveza procurando hacer poca espuma.

De la juke box que había cerca de la entrada del Expreso Pocitos salió la sabida melodía inesperada de "Round



Midnight”, como si el espectro de Thelonius Monk hubiera llegado a Montevideo ayer mismo de noche en el último vuelo de American Airlines. Claudio miró en todas direcciones buscando la silueta pesada del músico, en su defecto para descubrir quién había metido la ficha en la máquina luminosa y elegido ese tema preciso. Nadie parecía responsable de esa coincidencia y al pie del artefacto musical había un gato sentado con los ojos cerrados como si estuviera escuchando el tema; pensar en esas asociaciones surrealistas que le llegaban con el sabor de la cerveza sería un disparate mayúsculo.

Era relativamente temprano, Claudio tenía hambre y podía pedir un sándwich mixto de pan negro sin manteca. Estaba melancólico por perder una segunda vez a Flor de Maracaibo, que en la proximidad de la foto de Oriana le dedicaba una despedida en clave de complicidad. La música ambiental de la escena final podría ser –me dijo Peralta- el primer canto para Claudio de ondinas mulatas, anunciándole noches de otra ciudad con nombre de lago que lo estaba esperando, esparciendo el perfume sensual compatible de Flor de Maracaibo y el consuelo con notas improvisadas por la ruptura inminente ese día mismo con Oriana; por la única falta de haberla encontrado hace cerca de un año y el pecado menor de pretender mirarla a través de la muerte.

Absurdo eso de estar con el ánimo por el piso después de todo lo vivido los últimos meses, la cerveza estaba

estupenda y por primera vez en semanas podía perder el tiempo en un boliche, permitirse hacer planes sin amarras para el futuro. En menos de un año la imagen de Orquídea Salvaje había resuelto su enigma y además al sótano de Ediciones Ciudadela -alto lugar resplandeciente de la resistencia cultural uruguaya- mientras dura el verano nadie llega antes de las cinco de la tarde. "A las cinco en punto de la tarde" repetía ese loco entrañable de Eliseo Peralta cuando me citaba para charlar de los amigos lejanos.

-Perro cimarrón, dijo Claudio contemplando al gato melómano que había abierto uno de los ojos.

Luego sonrió y se sirvió el resto de cerveza cuidando de controlar la espuma.

